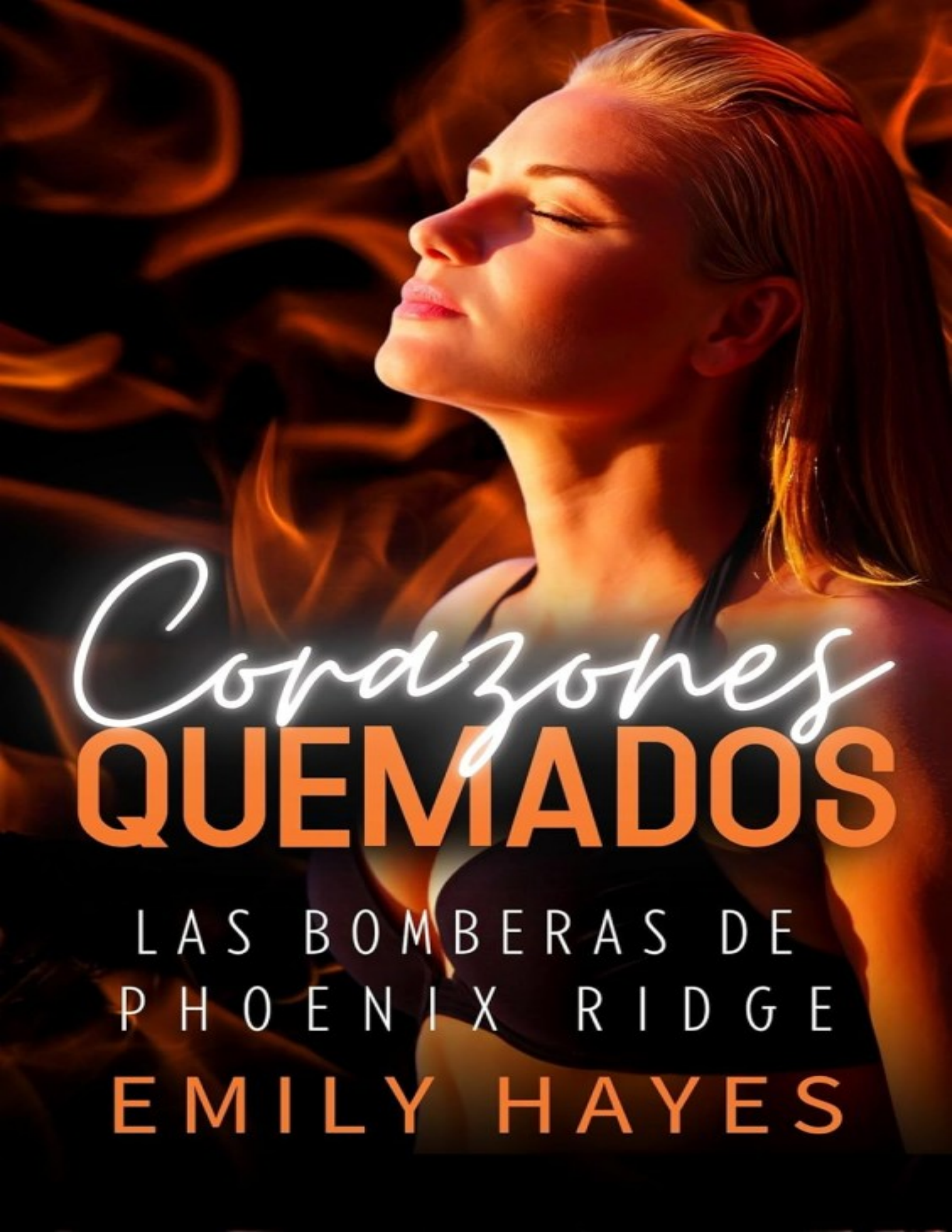

Corazones
QUEMADOS
LAS BOMBERAS DE
PHOENIX RIDGE
EMILY HAYES

CORAZONES QUEMADOS

LAS BOMBERAS DE PHOENIX RIDGE

LIBRO 2

EMILY HAYES

ÍNDICE

1. Elle
2. Maya
3. Elle
4. Maya
5. Elle
6. Maya
7. Elle
8. Maya
9. Elle
10. Maya
11. Elle
12. Maya
13. Elle
14. Maya
15. Elle
16. Maya
17. Elle

Epílogo

Nota de la autora

1

ELLE

El repentino estruendo de las sirenas despertó bruscamente a la bombera Elena Rodríguez de una siesta ligera. Su cuerpo ya sabía dónde correr. Tensa como una armadura de acero, sus músculos se acomodaron en la familiar rutina de urgencia: se deslizó por la barra hasta la planta baja del parque de bomberos, buscando información de alguno de los capitanes.

—Avenida Pearl, fuego en un colegio —gritó el Subjefe Ramírez a través de los altavoces.

La brigada preparó dos camiones de bomberos para ser despachados. Elle se acomodó en su habitual asiento de conductora, un privilegio que se había ganado. En su mente, se preparaba para lo peor. Incluso en una ciudad como Phoenix Ridge, rebosante de vida y arquitectura moderna, las escuelas podían ser un verdadero peligro de incendio. Sus sistemas de calefacción obsoletos y estructuras de madera a menudo le ponían los pelos de punta a Elle.

En cuestión de segundos estaban en la carretera, con las sirenas aullando sobre sus cabezas y el corredor vital extendiéndose ante ellos. Los ciudadanos de esta ciudad nunca podían tener un respiro de las emergencias.

Al llegar a la escuela, una mezcla familiar de alivio e irritación nauseabunda surgió en su interior. Frente a sus camiones se presentaba la imagen de un día perfectamente tranquilo, niños jugando y riendo en los terrenos del colegio, aunque algunos ya levantaban la cabeza para mirar al molesto equipo de bomberos.

Un grupo de profesores alarmados salió del edificio, con las manos moviéndose nerviosamente en el aire. Una mujer al frente del grupo comenzó a disculparse apresuradamente.

—¡Oh, Dios, juro que no tenía ni idea de cómo apagar la alarma! Algún alumno de primero la presionó y antes de que nos diéramos cuenta, vuestros camiones ya estaban aquí.

La falsa alarma transcurrió como todas: con un recordatorio de llamar inmediatamente a la estación si hubiera habido un error, la sugerencia del director de que quizás los bomberos podrían visitar la escuela alguna vez para inculcar *algo de responsabilidad* a los niños, y Ramírez diciendo que consideraría enviar a un grupo de jóvenes bomberos algún día.

Finalmente, todos volvieron a los camiones y regresaron tranquilamente a la estación. Elle no pudo evitar sentir puro alivio durante el trayecto. Por frustrante que fuera una falsa alarma, siempre se sentía aliviada cuando nadie moría.

El resto del turno transcurrió sin incidentes, a menos que se considerara digno de atención el haber aplastado a Kaia Montgomery en interminables rondas de póker con cereales.

—Kaia, tienes la peor mano que he visto jamás —se rio Johnson, mientras deslizaba otra fila de aros de cereales hacia su lado de la mesa. Ligeramente derretidos, se le quedaban pegados a las palmas.

Haley Johnson se había unido al equipo recientemente y no dejaba de sorprender a todos con sus inesperados talentos. Al parecer, uno de ellos era su afición por el póker.

—¿Quieres sentirla? —amenazó Montgomery con el puño.

—No me ilusiones. Estás pillada —replicó Haley Johnson, haciendo que toda la compañía estallara en carcajadas como un trueno. Kaia solo sonrió, resignada, y lamió los aros que le quedaban de la mesa.

~

Mientras conducía a casa con la melodía de su álbum favorito de Nirvana, los pensamientos de Elle giraban en torno a su cita del día siguiente. Por fin había pedido el número a la guapa camarera de un bar de su calle. Lo había estado frecuentando mucho más de lo necesario con la esperanza de averiguar si aquella mujer encantadora podría estar soltera y, además, interesada en mujeres.

Los encantos de Elle habían funcionado claramente, pero tampoco era una sorpresa, realmente, y Mimi —así se llamaba— aceptó la invitación a tomar algo. Elle se preguntó durante un momento si podría ser un *faux pas* invitar a una camarera a un bar, pero siempre había pensado que los lugares clásicos para primeras citas eran los mejores. A Mimi no pareció importarle.

Tras aparcar su coche sin esfuerzo, Elle se quedó de pie a su lado un momento, contemplando la posibilidad de fumarse un cigarrillo. La noche la envolvía con una brisa ligera y húmeda, y cedió. El mechero hizo un delicioso clic, y su primera calada en varios días le supo a gloria. Balanceándose suavemente, se quedó pensativa hasta que el coche del vecino aparcó junto al suyo. Saludó con la mano.

La señora Dumas salió del coche, claramente de mal humor. Ella y Elle no se llevaban muy bien.

—Pensaba que los bomberos debían dar buen ejemplo a los ciudadanos —cerró ruidosamente la puerta de su Mercedes.

Elle dio una larga calada y luego, exhalando humo, dijo:

—Se supone que debemos apagar fuegos.

La señora Dumas resopló, desabrochando a su hijo dormido de la parte trasera.

—Vivo aquí con niños pequeños. Tu forma de fumar perjudica su salud.

—No más que la contaminación que produce tu coche... Además, estoy a cuatro metros de vosotros. Estarán bien.

La señora Dumas ahora conducía al niño soñoliento por sus excesivamente largas escaleras, con los ojos llenos de desdén.

—Y pensar que mis impuestos te pagan por todo... —gesticuló vagamente hacia la casa de Elle— ¡esto! Por estar simplemente sentada y una vez cada mil años apagar algo. Increíble.

Elle esperó hasta que la puerta se cerró tras ellos y se rio. No permita Dios que la gente que trabaja con sus manos merezca un espacio en este barrio. Tras terminar su cigarrillo, tiró la colilla en el jardín de la señora Dumas y entró en casa.



Elle estaba sentada en su coche, comprobando impacientemente su reloj. La correa de cuero le quedaba mal ajustada, o demasiado apretada o demasiado suelta, y Elle, siendo demasiado perezosa para hacer un nuevo agujero intermedio, simplemente lo llevaba de manera que siempre se le caía por la muñeca. Después de comprobar la hora, tenía que volver a subirlo. Una lluvia ligera golpeaba el parabrisas con salpicaduras delicadas, las nubes retumbaban en el cielo. Intentó recordar si había oído algo sobre una tormenta que se acercaba, pero nada le vino a la mente.

Todavía quedaban diez minutos hasta las 6 de la tarde. Elle odiaba llegar temprano. Sentía que la hacía parecer demasiado ansiosa. Su silueta alta y tonificada sugería un carácter estoico, y ella intentaba potenciar más esa imagen, aunque lentamente le estuviera causando agotamiento. Con cada nueva aventura efímera, valoraba más su primer amor sin esfuerzos, cuando no tenía que controlar su comportamiento, cuando simplemente podía *ser*.

Vio a Mimi acercándose a la entrada del bar, caminando sin paraguas. Elle cerró la puerta del coche y la siguió.

—Estás empapada —Elle se inclinó para darle a su cita un abrazo casual. Acarició brevemente la espalda de Mimi antes de sentarse en la barra, con el codo apoyado como lo haría un hombre.

—Bueno, a mí también me alegra verte —Mimi batió sus pestañas—. Nunca me había fijado en lo alta que eres.

—Oh, me encanta cuando te derrites por mí —sonrió Elle, guiñando un ojo al camarero para indicar que estaban listas para

pedir.

Mimi se rio, sonando como campanillas.

—Deja de provocarme —le miró de arriba abajo—. Llevo bastante tiempo esperando a que me invitaras a salir.

—¿Qué te gusta beber, Mimi? —Elle cambió de tema.

—Hmm... Yo diría que un Aviation de lavanda. ¿Y tú?

—Esa es una elección divertida —Elle asintió—. Yo tomaré un simple whisky.

—Bueno, no me sorprende. Recuerdo cada bebida que has pedido, y la mayoría fueron whisky.

—Oh, eso suena como si tuviera un problema. A veces me divierto con un Martini —Elle sonrió. Sabía que bebía demasiado y fumaba con frecuencia, pero supuso que a una camarera no le importaría.

Su conversación fluía bien, al igual que las bebidas. La piel de Mimi brillaba hermosamente bajo la tenue luz del bar, contrastando con su vestido lencero color crema. Su voz se volvía ronca y rica cuanto más bebía, con el líquido lavanda arremolinándose en el vaso sostenido por sus dedos flexibles.

—¿Cómo te llevas con... los bomberos masculinos...? —la pregunta de Mimi salió ligeramente arrastrada.

—¿Es de bomberos masculinos de lo que quieres hablar ahora? —Elle rio un poco—. No hay ninguno en Phoenix Ridge. Es casi todo femenino.

Mimi frunció el ceño, confundida.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo es esta ciudad. Las mujeres tienen todo el poder. No sé por qué, para demostrar que podemos hacerlo solas, luchar contra los prejuicios, todo eso. Y nos llevamos genial.

—¿Tenéis orgías de bomberas lesbianas? —se rio Mimi.

—Muy graciosa —Elle acercó su rostro, inclinándose para un beso —. Ahora vamos a callar esa bonita boquita, ¿hmm?

Con ojos de ciervo, Mimi se lamió los labios y se inclinó obedientemente.

Elle sintió el mismo pavor que había sentido en sus citas anteriores. La boca de Mimi se sentía estupenda contra la suya, y

mirando sus piernas, podía ver sus muslos temblando un poco con anticipación. Pero cualquier placer o emoción que Elle sintiera, era puramente instintivo y no la conexión más profunda que secretamente anhelaba.

Su mano comenzó a juguetear con el borde del vestido de Mimi.

—¿Qué te parece si vamos a mi coche? —preguntó, levantándose para pagar la cuenta.

Mimi asintió, con los ojos húmedos por el alcohol y la promesa de diversión. Se arregló el pintalabios en un pequeño espejo compacto, luego lo arrojó de vuelta a su bolso.

—Vamos —Elle le hizo un gesto.

Salieron del lugar cogidas de la mano, tambaleándose un poco en los escalones exteriores.

—Ese es el coche —Elle señaló hacia su Audi, fielmente aparcado en el extremo más alejado del aparcamiento.

—Oh, es muy bonito —asintió Mimi—. No sabía que los bomberos ganaban tanto.

Elle la miró en silencio, divertida por cómo la gente siempre subestimaba cuánto pagaba lanzarse a incendios y edificios que se desmoronaban. Elle hacía todas las horas extras posibles. Y siempre trabajaba en días festivos, que se pagaban al doble. Le iba bastante bien. Abrió la puerta para Mimi, luego rodeó el coche para sentarse tras el volante.

—Entonces, ¿dónde vives?

—¿Vamos... a mi casa? —desconcertada, Mimi la miró.

Elle acarició suavemente su muslo, haciendo que Mimi se estremeciera.

—¿No te importa? —Elle prefería jugar fuera de casa. Así podía marcharse cuando terminara.

El trayecto transcurrió en relativo silencio, ya que resultó que Mimi vivía muy cerca. Elle aparcó perfectamente junto a la acera, y luego desabrochó el cinturón de Mimi.

—Ya hemos llegado. Es un bonito edificio —asintió.

Mimi sonrió en respuesta, esperando a que Elle saliera. Pero Elle se había prometido algo en el bar. No pasaría por otra noche sin sentido, un tipo de hedonismo que ni siquiera estaba segura de que

contara como tal, ya que no le proporcionaba ningún placer real. Esas noches con mujeres al azar se habían convertido en un analgésico al que se había acostumbrado, y tras un tiempo, el hábito se había arraigado en ella aunque la promesa de alivio hubiera dejado de cumplirse hace tiempo.

—Buenas noches. Ha sido un placer conocerte, Mimi —le dedicó otra sonrisa encantadora.

—¿Qué quieres decir? ¿No vas a entrar? —Mimi agarró su bolso, confundida—. ¿He hecho algo mal?

—No, no —Elle negó con la cabeza—. Eres maravillosa, créeme. Simplemente no creo que esté preparada para esto esta noche. No quiero despertarme por la mañana y ser solo un cuerpo más que ha pasado por tu cama —Mimi arqueó una ceja, así que Elle añadió rápidamente—: O tú por la mía, para el caso. O tú por la mía.

—Vale —Mimi abrió la puerta del coche—. Pero fuiste tú quien pidió mi número.

Entonces cerró la puerta de golpe. La frente de Elle se encontró con el volante mientras su mente luchaba contra oleadas de arrepentimiento.

Nada sería diferente esta vez, se repetía a sí misma. *Nada en absoluto*. Se alejó conduciendo de la casa de Mimi para no volver jamás.

2

MAYA

—¿Sylvia? —Sin respuesta. Los golpes de la doctora Maya Monroe se hicieron más fuertes—. ¡Sylvia, por favor, soy yo!

Se dejó caer al suelo, exhausta. Su bolso desaliñado yacía en medio del pasillo, puesto del revés en busca de sus llaves, sin éxito. Su reloj digital de pulsera mostraba *02:34 a.m.* como un fantasma travieso, burlándose de Maya. Golpeó la puerta de nuevo, y con cada sonido sordo, se hacía más dolorosamente consciente de su intrusión.

Milagrosamente, la puerta chirrió al abrirse, y la maraña de pelo de Sylvia se asomó.

—No quiero ser una cabrona, pero ¿no te estás haciendo demasiado mayor para esto? —bostezó, observando cómo Maya se apresuraba a recoger el contenido de su bolso.

—Ya sabes cómo funciona el hospital —susurró Maya, corriendo para entrar en el piso.

Sylvia cerró la puerta con llave y se dirigió a la cocina.

—Estoy haciendo té. ¿Quieres un poco?

—Eres un ángel —suspiró Maya—. Lo siento mucho. Una vez que me mude, por fin tendrás algo de paz.

—Sí —la voz de Sylvia le llegó a través del sonido del agua hirviendo—. Cualquiera pensaría que de las dos, yo sería la que pediría que la dejaran entrar a las 3 de la madrugada.

Maya se rio para sí misma, masajeándose las sienes. El dolor sordo y palpitante recorría todo su cuerpo. No soñaba con nada más que un baño caliente y sábanas limpias, pero sus huesos parecían pegados a la silla del comedor.

—¿Cómo van tus exámenes finales? —preguntó Maya, queriendo remediar su desastrosa interrupción.

—Sabes, suenas como mi madre —Sylvia entró con dos tazas humeantes de té verde.

Era una estudiante de derecho de Alemania, casi diez años más joven que Maya. Por la noche, arrancada del sueño profundo, el acento de Sylvia se hacía más fuerte, añadiendo una cadencia extranjera a sus palabras.

—Lo siento —Maya dio un sorbo al té, quemándose la lengua y siseando como un gato por el dolor.

Se sentaron a la mesa del comedor bajo la luz de la luna, entre sombras alargadas y tonos azulados. Maya terminó su té y se levantó para llevar las tazas a la cocina. Sus articulaciones protestaron salvajemente de dolor, haciendo sonidos de crujidos por el camino.

—Te mueves como si tuvieras cincuenta años —bostezó Sylvia.

—Vuelve a dormir —gritó Maya desde la cocina—. No quiero que suspendas los exámenes por mi culpa.

—Lo que tú digas —Sylvia se marchó a su dormitorio.

Maya dejó que su rostro se relajara por completo, liberando toda la tensión acumulada durante el día. Sus manos le dolían por las múltiples cirugías, incluso después de dos analgésicos, y sabía que el único remedio sería descansar. Sin embargo, no había tiempo para hacerlo, con todo el asunto de la mudanza. Sus pertenencias estaban medio empaquetadas en el caos particular de cambiar el lugar al que uno llama hogar.

Se dirigió al baño, manteniendo la luz lo más tenue posible para aliviar el escozor tras sus párpados. El baño nunca estaba tan limpio como a ella le gustaría. Por ahora, se convenció de que era debido a

la naturaleza desordenada de Sylvia, pero en ningún mundo posible podría Maya mantener limpio su entorno. En sus días libres, quería o bien descansar o bien una excitación no relacionada con el hogar o el trabajo.

A estas alturas, había ahorrado tanto compartiendo piso que podría permitirse fácilmente contratar a alguien para que limpiara su casa todos los días. Pero el concepto le resultaba extraño. No, estaba ahorrando para adquirir bienes inmuebles. Algo con lo que sus padres nunca podrían soñar pero que ella finalmente lograría.

El baño disolvió sus dolores y, contenta, se quedó rápidamente dormida.



—Creo que he encontrado el piso perfecto para usted —el agente inmobiliario de Maya, Arthur, impregnó cada palabra con la mezcla perfecta de profesionalidad y alegría que enseñan en la escuela de negocios. O eso imaginaba ella.

—Envíeme las fotos y todo lo demás, y hablaremos cuando llegue a la ciudad, ¿de acuerdo? —Maya miró alrededor de su habitación vacía—. Todavía tengo mucho que hacer respecto a la mudanza.

—Sin problema —gorjeó Arthur—. ¡Buena suerte con la mudanza!

Por ahora, Maya se mudaba a un alquiler vacío de una antigua amiga del instituto. No tenía mucho que transportar, ya que no poseía muebles aparte de su espejo con marco plateado, pero tampoco tenía un coche grande, y Phoenix Ridge estaba ubicado básicamente al otro lado del estado.

—¿Necesitas ayuda? —Sylvia asomó la cabeza por el dormitorio de Maya, masticando una zanahoria.

—¿Quieres decir *puedo ayudarte, así puedo procrastinar estudiando*? —Le lanzó a Sylvia una cálida sonrisa—. Claro, no soy tu madre. Necesito llevar las cajas del pasillo abajo.

Sylvia la siguió ansiosamente hasta el pasillo y agarró una caja.

—Joder, ¿qué tienes aquí dentro? —jadeó.

—Libros. ¿Has visto alguna vez libros de texto de medicina?

—¿No terminaste la carrera hace años?

—El derecho y la medicina tienen esto en común: nunca dejamos de aprender —Maya le guiñó un ojo y descendió las escaleras con cajas de cartón apiladas en sus brazos.

El día les dio la bienvenida con un cielo despejado y cálidos rayos de sol bailando a lo largo de la carretera. El camión que Maya había pedido llegaba tarde, y el conductor llamó para disculparse por la hora y media de retraso, a lo que ella solo pudo responder con un *no pasa nada*.

—¿Quieres ir a tomar un café de despedida? —sugirió Maya mientras llevaban la última caja al vestíbulo de abajo.

Sylvia asintió, y se dirigieron hacia la única cafetería cercana, que servía café amargo a adultos exhaustos y helados medio derretidos a niños que lloraban. Adolescentes cotillas se sentaban alrededor sorbiendo batidos de plátano, con las pajitas atascándose en sus aparatos dentales.

—Echaré de menos nuestras noches de cine de una vez al mes —confesó Sylvia, saboreando su café con hielo.

—Yo también —asintió Maya—. Pero podemos hacerlas online.

Por un momento, se quedó en silencio. Todos sus recuerdos formativos estaban contenidos en la ciudad de Phoenix Ridge, y ahora volvería a todo aquello.

—¿Por qué te fuiste en primer lugar? —preguntó Sylvia después de un rato—. ¿No es Phoenix Ridge una ciudad más grande?

—Más grande no siempre significa mejor —suspiró Maya—. Pero en este caso, sí. No conseguí el puesto al que me presenté allí, pero recibí una oferta del Hospital Forest Vale. Después de establecerme en Forest Vale, estaba aprendiendo mucho trabajando bajo la supervisión del Dr. Roman, realmente no veía razón para volver. Pero ahora que ha surgido la oportunidad en el Departamento de Emergencias de Phoenix Ridge, y con un salario mucho mejor... era una decisión obvia.

La otra razón quedó sin decir, emociones dormidas durante años removiéndose perezosamente en el pecho de Maya, preparándose para despertar una vez que regresara.

Disfrutaron de la agradable sombra formada por los árboles del callejón, observando a los niños pequeños gateando por el césped y a los padres persiguiéndolos. Maya pensaba con cariño en su tiempo en Forest Vale, pero no tenía duda de que no miraría atrás. Una parte de ella se arrepentía de no haber tomado medidas para regresar a Phoenix Ridge antes. La oportunidad había llegado a ella como una verdadera bendición. Phoenix Ridge era su hogar.

—¿Echas de menos a tus padres? —preguntó Sylvia.

—Hmm... No diría eso —sonrió Maya—. Creo que funcionamos mejor cuando estamos a distancia. Me gusta llamarles de vez en cuando, pero tenemos nuestros problemas —concluyó.

Sylvia asintió.

—Lo entiendo. Pero también es algo triste de decir.

—No necesariamente. Ellos tienen tensiones entre sí, y eso a veces puede afectar también a los hijos. Sin embargo, estoy muy unida a mi hermano —recordó Maya con cariño las aventuras que ella y su hermano mayor habían vivido juntos—. No puedo esperar a verle.

El camionero llamó, y ellas corrieron rápidamente de vuelta al apartamento. El empaquetado transcurrió sin problemas, el camión resultó ser más que suficientemente grande, y era hora de que Maya se despidiera de su vida en Forest Vale. Abrazó a Sylvia con fuerza, prometiendo mantenerse en contacto incluso si ella volvía a Alemania.

—Aunque no creo que lo haga —rio Sylvia.

—Bueno, nunca se sabe cuándo o dónde podrías volver.

Maya se subió al asiento del conductor de su pequeño Fiat y emprendió el viaje a casa. Mientras conducía por las sinuosas autopistas, casi sentía que retrocedía en el tiempo, desentrañando su vida y trazando los diversos caminos que se extendían como asfalto bajo el sol, derritiéndose y retorciéndose juntos como un montón de carreteras con destinos aún por aclarar.



—Lo quiero —suspiró, de pie en un apartamento magníficamente iluminado escondido en un callejón tranquilo a minutos del centro de la ciudad—. Realmente lo quiero. —Había una preciosa vista sobre la ciudad y el bosque hacia el sur. Incluso podía ver el mar desde la gran ventana del dormitorio.

Arthur, el agente inmobiliario de Maya, juntó las manos.

—Bueno, puede permitírselo fácilmente. Su situación financiera es sólida, y ya ha sido precalificada. ¿Preparo todos los documentos?

Maya asintió, encantada. Esto era real. Estaba a punto de comprar un apartamento completamente por su cuenta, amueblarlo por su cuenta, y hacer lo que quisiera con él. Incluso los rayos de sol que se filtraban por las ventanas tomaban una forma festiva ante sus ojos.

Habiendo tomado los documentos para leerlos más tarde, Maya se dirigió directamente hacia el Hospital Principal de Phoenix Ridge. La sangre bombeaba por sus venas a una velocidad insana. Este era el sueño, el lugar donde había querido trabajar desde el principio.

El apartamento y el hospital juntos le parecían una cima de logros tal que casi eclipsaban una sensación helada que crecía en su pecho mientras pasaba por ciertos rincones de la ciudad.

No hay tiempo para eso. Sacudió la cabeza decididamente. Era hora de ponerse a trabajar.

3

ELLE

—Puede que seas una prodigio del póker, pero desde luego no eres una *prodigio del tesoro* —exclamó Elle con orgullo, extrayendo de Haley Johnson los dos ases que le faltaban para completar su conjunto.

—De alguna manera, *prodigio del tesoro* no suena tan bien —Johnson se encogió de hombros. Hasta ese momento, no había conseguido reunir ni un solo *tesoro*.

Antes de que las mujeres se dieran cuenta, la alarma lanzó su tono bestial por toda la estación. Las cartas cayeron al suelo mientras todas se levantaban apresuradamente y, una a una, se deslizaban por la barra hasta la planta baja de la estación. El timbre adquirió una intensidad desagradable, lo que significaba que era grave.

De manera coreografiada, cada una cogió su equipo y luego ocupó su lugar en el camión. Ni un segundo que perder*. Rapidez. Eficiencia. Alta preparación.*

—Vamos a encontrarnos con los camiones de la Estación 20, Estación 4 y Estación 22. Incendio en un edificio.

Cuatro camiones significaba un gran incendio. Elle tomó el asiento del conductor y esperó las coordenadas.

La capitana Hunter coordinó su salida. Las sirenas rugientes aullaban sobre sus cabezas mientras se dirigían hacia uno de los edificios residenciales más antiguos de la ciudad.

—Sabíamos que acabaría pasando tarde o temprano —suspiró O'Malley.

Nadie supo cómo responder, y Elle estaba demasiado ocupada maniobrando el enorme camión de bomberos por las calles concurridas. De lo contrario, le habría dicho a O'Malley que se callara y bajara de su pedestal. Había gente quizás muriendo quemada. En la supuesta seguridad de sus hogares. El escalofrío que le recorrió la espalda al pensarlo le recordaba cada vez por qué se había comprometido con este camino.

Vieron el humo negro ascendente desde varios kilómetros de distancia. Se hinchaba y se abombaba, arrastrado por el suave viento. La situación parecía desalentadora. Cuando llegaron al lugar, Elle pudo ver a los residentes reunidos fuera. No eran muchos, afortunadamente. Debido a la hora de la tarde, la mayoría de los residentes probablemente aún estaban en el trabajo o desplazándose. Menuda vista para volver a casa.

La capitana Hunter estaba ocupada consultando con el conserje, mientras la capitana Ramírez comprobaba el estado del edificio con su equipo, haciendo un giro de 360 grados y analizando los daños estructurales que había sufrido el edificio.

—Se puede decir que todos están aquí —dijo el conserje, asintiendo—. El fuego se propagó lentamente al principio, así que pudimos verificar la mayoría de las habitaciones. Algunas eran más inflamables y prácticamente explotaron.

Un coche aparcó frenéticamente junto a los camiones de bomberos y un hombre angustiado salió de él, mirando alrededor de la multitud en el aparcamiento.

—¡Mis hijos! —gritó, con lágrimas corriendo por sus mejillas—. ¡Mi madre! ¡Están en el edificio!

Hunter miró bruscamente hacia el conserje.

—¡Dijiste que todos estaban aquí! —Luego gritó por su radio—: Ambulancia urgentemente necesaria. Equipo 2, preparaos para entrar.

Después, llevó rápidamente al hombre a un lado.

—¿En qué parte del edificio? ¿Qué planta?

Elle inmediatamente se puso su máscara y se colocó el pasamontañas ignífugo y el casco, preparándose para ir junto con O'Malley y Montgomery. Intercambiaron miradas significativas, repasando mentalmente los peores escenarios y sus soluciones inmediatas.

—Tercera planta, desde nuestra perspectiva a la izquierda, habitación 34 —recitó el hombre, a punto de desmayarse—. Mi hijo pequeño me llamó. Está allí con su hermano y mi madre.

—PLANTA TRES, OESTE, HABITACIÓN 34 —les gritó Hunter—. Equipo 2 en evacuación. Equipo 1 en agua.

Dos ambulancias llegaron al aparcamiento y los paramédicos salieron apresuradamente de ellas, instalando equipos y examinando a la multitud.

—Este hombre está a punto de desmayarse —les ordenó Hunter al pasar, luego se dirigió al camión de bomberos para instruir al Equipo 2.

Elle y O'Malley mantuvieron a Montgomery en el medio mientras se adentraban en el edificio. El calor produjo en Elle una sensación familiar. Este era el momento. Para esto se entrenaban. Sus músculos gritaban, protestando con cada paso más adentro del infierno ardiente.

—Escalera intacta —comunicó por radio a Hunter.

—Ascended.

Las viejas escaleras talladas en piedra se sentían firmes bajo sus pies, soportando el peso de su equipo. Pasaron el primer piso. Elle tocó el hombro de Montgomery.

—No tan rápido. Permanecemos juntas —Kaia redujo la velocidad de nuevo, al mismo ritmo que las otras dos. La aterradora visión del metal derritiéndose les dio la bienvenida en el segundo piso. Las ventanas se retorcían en formas de pesadilla y las llamas lamían las paredes como una manada de animales hambrientos cazando comida, insectos voraces devorando el edificio.

Las tres bomberas buscaron la escalera, pero una parte de la pared se había caído, obstruyendo el camino. Elle sacó su hacha y

con un esfuerzo monstruoso la levantó para atravesar la pared. Las otras dos retrocedieron con cuidado mientras ella reducía la pieza de madera a pedazos. Se movieron a través, comprobando la integridad del suelo a medida que avanzaban.

Tercera planta.

—Equipo 2 en la tercera planta —ladró Elle por su radio.

—Entendido, Elle. Id hacia el oeste.

La brújula resistente al calor vaciló un poco antes de establecer la dirección. A la derecha.

A la derecha. La frase seguía grabándose en la mente de Elle. Era imposible ver a través del humo. Lo único que importaba: ir a la derecha, rescatar, descender. En ese momento, para ella no existía nada más allá de estas tres tareas. No existiría nada en absoluto si no concentraba toda su fuerza en encontrar a las tres personas y sacarlas.

—¡RODRÍGUEZ, AQUÍ! Apartamento 34 —O'Malley les hizo señas hacia el marco de la puerta.

Elle y Kaia corrieron para evaluar la estructura. Se oía a alguien llorar débilmente dentro. Tenían que abrir la puerta, agarrar a las víctimas y salir. Elle podía oír al Equipo 1 combatiendo el fuego. O'Malley usó un gancho para tirar del metal tambaleante, que cedió después de unos segundos. En el caos abrasador de la habitación, una anciana yacía inconsciente junto a un niño pequeño. Cerca de ellos, un niño apenas despierto lloraba, atrapado en su silla de ruedas. De forma rápida y eficiente, arrastraron a la mujer escaleras abajo. Elle se movía hacia atrás con un agarre firme alrededor del pecho de la mujer. No sentía más que dolor pulsante en sus músculos, un zumbido en los oídos y la determinación de mirar hacia adelante, mirar hacia adelante, mirar hacia adelante. O'Malley y Montgomery llevaban un niño cada una y la guiaron hacia la salida. Al menos las escaleras estaban libres de fuego y había algo de visibilidad. Fue una salida rápida y eficiente. ¿Sobrevivirían la mujer y los niños? Elle esperaba desesperadamente que sí. Este aspecto del trabajo nunca se hacía más fácil.

Llegaron a la salida. El aire frío del exterior abrazó a las tres heroínas, y los médicos se agolparon a su alrededor, asegurando a

las víctimas en las camillas, gritándose cosas que Elle no tenía fuerzas para descifrar. Elle se quitó el casco y la máscara y respiró el fresco aire nocturno. La capitana Hunter se acercó corriendo para felicitarla a ella y a sus otras dos compañeras, pero las palabras le parecían a Elle fuera de sincronía con su boca. Se retorcían y doblaban de forma extraña alrededor de sus oídos. Todos parecían estar detrás de una gruesa barrera de cristal, apagados y borrosos, y cuando abrió la boca para decir algo, su voz sonaba ajena a su cuerpo. Elle no se sentía bien. Necesitaba ayuda.

La capitana Hunter la sujetó justo antes de que se desplomara.

—¿Rodríguez? ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué solo hay dos ambulancias por aquí?

Llamó con un gesto a un paramédico mientras sostenía a Elle por los hombros, retirándole el aparato de respiración, aflojando su chaqueta de bombero y recostándola con suavidad.

—No te preocupes, te ayudarán en un segundo —asintió alentadoramente—. Habéis hecho un gran trabajo salvando a esos tres. Habéis sido rápidas y eficientes. No era una tarea fácil.

Pero las palabras solo se tambaleaban en la mente de Elle como formas abstractas. Pronto, una médico se acercó corriendo con un frasco pulverizador y algo de tela. Su figura le resultaba muy familiar, la forma en que sus caderas se movían con prisa, cómo se arrodilló en la hierba haciéndose cargo de sostener las piernas de Elle. Al acercarse, el aroma terroso de su cuerpo mezclado con el mismo perfume que había usado durante décadas le erizó la piel a Elle. Intentó enfocar más la vista, pero su duda era inútil: era la Dra. Maya Monroe arrodillada justo a su lado, con su cabello rubio pajizo tan pulcramente recogido como siempre.

—Respira profundo, por favor —la voz sonaba tan fría como la compresa que aterrizó en la frente de Elle.

—¿Todavía no has cambiado de perfume? —Elle intentó reírse, pero una oleada de náuseas la invadió.

Maya no reaccionó más allá de desabrochar fríamente la chaqueta de Elle en un movimiento profesional.

—¿Ahora me estás desnudando?

—Tienes agotamiento por calor y necesitamos quitarte la chaqueta para poder refrescarte.

Maya claramente no estaba de humor para un cálido reencuentro, aunque Elle consideró que también podría deberse a las circunstancias. Miró hacia las ambulancias. Una ya había partido, y en otra parecía haber conmoción. El edificio aún estaba siendo apagado, pero no había riesgo de que el fuego se extendiera. Se liberó débilmente de la chaqueta.

—Levántate la camiseta.

Elle lo hizo, esta vez sin comentarios, aunque muchos cruzaron su mente. Inmediatamente, sintió agua fría rociada sobre su piel, provocando escalofríos por todo su cuerpo. Esto la hizo sentir mejor al instante, el fuego de su piel finalmente disminuyendo.

Maya le entregó una botella de agua fría.

—Bébetela. Me quedaré contigo hasta que llegue otra ambulancia y un paramédico pueda realmente atenderte si ocurre algo.

Elle frunció el ceño.

—¿No eres paramédico?

—No, soy cirujana de trauma. Pero enviaron muy pocas ambulancias. He estabilizado al niño. Ahora va camino al hospital, mira —señaló hacia la ambulancia que se preparaba para partir—. Pero no podemos dejaros sin una ambulancia, así que esperaremos hasta que lleguen.

Maya verdaderamente no había cambiado mucho. Su cabello claro permanecía firmemente recogido, el color que una vez le explicó a Elle era *rubio fresa*, pero cuando Elle señaló a otra rubia, Maya insistió en que el pelo de Maya no era *rubio fresa* sino *rubio girasol*. Al final se rieron de ello.

El peso de los recuerdos anidaba en algún lugar del fondo del pecho de Elle.

—¿Por qué has vuelto? —su voz salió mucho más débil de lo que le habría gustado, con pequeñas vibraciones de emoción en el hilo de sus palabras.

Maya se giró para mirar el rostro de Elle, una mirada intensa difícil de soportar. Elle apartó la mirada, arrepintiéndose de la pregunta.

—No creo que sea asunto suyo, Elena —se encogió de hombros, recogiendo el equipo en un solo lugar.

Elle se incorporó sobre sus codos, sintiéndose significativamente mejor bajo el cielo nublado. Se aproximaba la noche, y su piel respiraba el agua fría de las refrescantes compresas. Los bomberos aún estaban en medio de la lucha contra el fuego, y algunos coches se habían detenido en el aparcamiento, residentes desesperanzados del edificio que habían vuelto del trabajo para ver que su hogar había sido destruido. Algunos llevaban niños pequeños en sus brazos, otros venían con adolescentes, algunos no tenían a nadie a quien recurrir y contemplaban su ruina solos.

—¿Dónde te estás quedando? —Elle estaba desesperada por al menos un pequeño intercambio de palabras, si no para reavivar el afecto de Maya, al menos para distraerla de no poder ayudar más. El agotamiento por calor la mantendría fuera del trabajo al menos dos días, y no tendría nada que hacer. El trabajo era su vida.

Ah, y el whisky y las mujeres... Las tres maravillosas W. Pero las había dejado, ¿no? Las mujeres, al menos.

Probablemente la resaca había causado el agotamiento por calor. Tenía que dejar de beber las noches antes de trabajar.

Maya dejó caer las manos con resignación.

—Elena, no quiero que me hables. Ya no tenemos ningún tipo de relación personal. Estoy aquí como médica profesional para vigilarte en caso de que te desmayes. En cuanto lleguen mis colegas, me voy.

La respiración de Elle se volvió más pesada. Había pensado que una vez que se asentaran en sus vidas separadas, podrían estar tranquilas la una con la otra. Que podría tratar a la mujer que había conocido por dentro y por fuera como una amiga, aunque sus caminos se hubieran separado en algún momento.

La mujer que nunca había olvidado.

—¿Se supone que debo fingir que nunca ha pasado nada entre nosotras? —Elle rozó la mano de Maya con la suya, pero esta la apartó rápidamente.

—No, se supone que debes actuar de acuerdo con lo que pasó. —Su voz tembló un poco, pero rápidamente tomó control de ella—.

Asume la responsabilidad de tus actos por una vez en tu vida, Elena. Tus actos realmente deplorables. ¿Los recuerdas?

Elle suspiró. Necesitaba una copa.

Por el amor de Dios.

El ambiente entre ellas se volvió irreversiblemente tenso. Maya estaba tan guapa como siempre, especialmente cuando estaba enfadada. La ambulancia aún no había llegado, y la otra se estaba preparando para marcharse. Maya corrió hacia ella para consultar el plan, dejando a Elle sola por un momento. O'Malley y Montgomery, ya descansadas, estaban ayudando al equipo a extinguir el fuego, y la situación parecía haberse calmado rápidamente.

El estómago de Elle se hinchó con otra oleada de náuseas, palideciendo rápidamente su piel. Gateó hasta la botella de agua, tragando el líquido fresco. El sabor limpio bajó por su lengua, pero las dolorosas náuseas la agotaban. Lentamente, sus párpados se volvieron pesados, y se sumergió en un sueño febril.

—¿Estás bien? ¿Elena?

Alguien le tocaba los hombros. Cuando abrió los ojos, era Maya de nuevo. Sonrió, sintiéndose más fuerte.

—Tan preocupada, qué dulce. —Intentó incorporarse para evitar quedarse dormida otra vez.

—No, túmbate.

Elle obedeció dócilmente la fría orden de Maya, tan contrastante con el calor que le daba vueltas en la cabeza por el fuego y el reencuentro abrupto con un viejo amor. Después de un momento, lo intentó de nuevo.

—¿Podríamos dejar a un lado lo que pasó y estar en términos normales? Maya, ha pasado tanto tiempo...

Escuchar su propio nombre salir de la boca de Elle hizo que Maya se estremeciera sutilmente. Sus brazos se tensaron, y en el sol que se ponía, Elle podía ver las gotas brillantes de sudor crear caminos plateados a lo largo de su piel. La presencia de Maya le hacía algo a Elle que no había experimentado con ninguna otra mujer, ni antes ni después. Sus huesos le picaban de deseo, el calor de su reencuentro latía en su corazón con más intensidad que el fuego ardiendo junto a ellas. Y en el corazón de ese fuego latente de su pecho, algo

venenoso goteaba. Se derretía. Elle comenzó a sentir las venenosas punzadas de culpa.

Maya se volvió para mirarla, una larga y fría mirada destinada a ocultar su corazón tembloroso. Pero Elle vio las comisuras de la boca de Maya contraerse, y supo todo lo que necesitaba saber.

—Me hiciste daño, Elena. Me heriste y me humillaste. Y después de todo este tiempo, esperaba que hubieras madurado lo suficiente para ver que tus acciones tienen consecuencias. Juegas con fuego y te quemas. Quizás se te mezcló esa idea después de tantos años entrando en edificios en llamas.

Elle tragó saliva más fuerte de lo que pretendía, y con voz pequeña dijo:

—Muy ingeniosa.

Maya no había terminado. Ahora que había destapado su dolor, Elle sabía que iría hasta el final.

—Sé que nadie te lo va a decir, pero no eres intocable. Para tener algo real necesitas hacer sacrificios reales, ¡esforzarte de verdad! Esto no solo se aplica a tu trabajo. El amor es trabajo. Convertirse en un ser humano decente es trabajo. Y todas estas chicas, estas chicas que se lanzan sobre ti por tu aspecto, porque eres una heroína... ¿cómo te está funcionando eso?

Elle permaneció callada. No esperaba que Maya tocara un nervio tan sensible para ella. Pero Maya siempre la había conocido mejor. Negó con la cabeza.

—Crees que soy una especie de mujeriego.

—¿No lo eres? Solo creo que tomas la intimidad sin sacrificarte tú misma, una y otra vez. Y no puedo imaginar que hayas cambiado mucho. Usas a las mujeres y luego las descartas. ¿Sabes la mejor parte, Elena? —Su voz se elevó peligrosamente.

Elle negó con la cabeza. Se había olvidado por completo de los mareos o las náuseas que había sentido. Su cuerpo vivía cualquier palabra que Maya le dirigiera, absorbía cada quiebre en su voz, cada contracción de su expresión.

—Todos con los que intenté salir en Phoenix Ridge después de ti, pensaban que yo era solo otro desecho de Elena Rodríguez como

todas las demás. Que era solo un juguete del que te habías aburrido. Y sabes —su voz se quebró—, me resultó difícil refutarlo.

Estas palabras enfurecieron absolutamente a Elle. Maya había sido *diferente*. Maya era... Agarró la mano de Maya, y esta vez no fue inmediatamente rechazada.

—Eso es una tontería, y tú lo sabes. Un error cometido borracha no cambia nada sobre el tipo de conexión profunda que compartimos durante años. Lo siento, sabes que lo siento, pero...

—No, no lo sé, Elena. —Maya retiró su mano y se levantó de la hierba—. Francamente, no me importa. Me mudé. Te superé. Estoy de vuelta ahora, pero me gustaría que mantuviéramos nuestras interacciones al mínimo.

Señaló a un hombre que se acercaba.

—Mi colega se ocupará de ti.

—Me siento bien ahora. —Elle gruñó, dolida por las palabras de Maya.

—No seas una niña —respondió Maya y desapareció en un instante.

La visión de Elle se volvió borrosa por las lágrimas. El paramédico se arrodilló junto a ella, comprobando su temperatura. El edificio estaba casi completamente extinguido, su imagen ahora inundada por las lágrimas en los ojos de Elle.

—¿Cómo se encuentra, señora?

—¿Quién cree que soy? —gimió Elle, harta de sí misma más que de nadie—. Lo he fastidiado todo.

El joven paramédico se sentó junto a ella, confundido.

—No estoy delirando —explicó ella—. Esa doctora es mi ex.

4

MAYA

El quirófano abarrotado comenzó a llenarse con el olor a sudor, eclipsando incluso el habitual aroma sintético de productos químicos y equipamiento quirúrgico. *¿Por qué hay tanta gente aquí?* Maya no podía evitar que ese pensamiento rebotara en su mente incluso en medio de una operación.

Le estaba costando adaptarse al nuevo entorno de trabajo, especialmente después del reciente error en los turnos.

Recordó su encuentro con Elle Rodriguez y suspiró. El leopardo nunca cambia sus manchas. Y a veces, cuando alguien te ha hecho suficiente daño, no puedes simplemente perdonar y olvidar.

Por muy condenadamente atractiva que Elle siguiera estando, sucia y angustiada por el incendio.

De cualquier manera, con la estabilización torácica terminada, Maya estaba desesperada por salir del quirófano y finalmente comer algo. Su estómago rugía sin piedad. Los guantes de goma empapados de sudor aterrizaron sin gracia en la papelera llena de pares idénticos, manchados de sangre y asquerosos.

De camino, Maya se cruzó con una enfermera con la que había entablado amistad. Ambas eran nuevas en el hospital Phoenix Ridge, aunque Fleur venía del extranjero.

—Hola —saludó Maya con la mano—. ¿Te apetece comer juntas?

—Claro —sonrió Fleur—. ¿Cafetería, o traes la tuya?

—Ya sabes que siempre traigo la mía —rio Maya, y se dirigieron a las taquillas.

Otra razón por la que le resultaba difícil socializar era que padecía enfermedad celíaca y nunca podía comer nada de la cafetería del hospital, donde la mayoría de médicos y enfermeras encontraban tiempo para conversar durante sus escasos descansos. Afortunadamente, Fleur también traía sus propios almuerzos veganos.

—¿Qué tal te va? —preguntó Fleur, sacando su recipiente de pasta del microondas del personal.

—¿Quieres saber la verdad? —suspiró Maya. Su salmón no parecía particularmente apetitoso.

Fleur asintió, animándola. Estaba sedienta de cualquier gota de drama, al no tener muchos amigos en la ciudad.

—Hace tres días, tuve un encuentro muy desagradable con una ex —Maya pensó en revelar la identidad de Elle, pero decidió que eso generaría demasiado drama, sabiendo que el hospital a menudo era llamado para asistir al departamento de Elle. Los rumores vuelan rápido en esta ciudad, eso es seguro. Resopló—. Cree que todavía podría tener una oportunidad.

Fleur sonrió. —¿Podría tenerla?

Maya se sonrojó inmediatamente. —No. ¿Qué? Me dejó en ridículo. Puede que me impresionara cuando tenía veinte años, pero ahora soy demasiado mayor y sabia para mujeres como ella.

—¿Qué tipo de persona es?

Maya abrió la boca para responder, pero un médico de urgencias irrumpió en la sala.

—¿Dra. Monroe? Tenemos un incidente grave, necesitamos a todos los cirujanos de trauma disponibles ahora mismo. Te enviamos al lugar de los hechos —y desapareció.

Maya se levantó inmediatamente y corrió hacia las ambulancias que estaban siendo enviadas. Los paramédicos y cirujanos se arremolinaban alrededor de los vehículos, subiendo tan rápido como humanamente era posible.

ACCIDENTE MÚLTIPLE GRAVE EN LA AUTOPISTA 65A, A 15 MILLAS la recibió mientras se preparaba rápidamente para partir. El conductor ajustó su asiento, y de inmediato se pusieron en marcha.

La habitual descarga de adrenalina mientras atravesaban la ciudad a toda velocidad con las sirenas resonando a su alrededor hizo que los pensamientos de Maya corrieran tres veces más rápido de lo normal. Imágenes y fragmentos de conversaciones desfilaban al ritmo acelerado de su corazón, y no podía evitar preguntarse si vería a Elle en el lugar. La idea se volvió tan obsesiva que ni siquiera podía determinar si le agradaba o no. La encantadora sonrisa de Elle y sus seductores ojos verde oscuro como un bosque misterioso aparecieron en su mente. *No me gustaría*, se repetía a sí misma mientras sentía que no era del todo cierto. Su estómago se retorció y ató nudos alrededor de su confianza, sacudiendo la creencia mantenida durante años de que había superado completamente a Elle.

—Oye, Maya —el cirujano a cargo de su equipo le dio una palmada en el hombro—. No sé en qué estás pensando, pero recuerda no llevarlo al lugar del accidente, ¿de acuerdo? Tenemos mucho trabajo que hacer allí —asintió, buscando un *sí*.

—Sí, por supuesto —Maya se enderezó en su asiento, preparada para dejar de lado cualquier sentimiento personal y sumergirse directamente en la acción. Se acercaban al lugar.

Los coches destrozados amontonándose en el asfalto hicieron que la sangre de Maya se helara. Las ambulancias ya en acción no tenían tiempo ni personal que escatimar. Grupos de bomberos levantaban coches y sacaban a personas atrapadas debajo en números aterradores.

El equipo bajó, corriendo hacia el jefe de bomberos más cercano mientras trataban de coordinar esfuerzos. Se posicionaron cerca de un grupo de coches y recibieron a las primeras víctimas.

Maya atendió rápidamente a una víctima de traumatismo contundente y comenzó a trabajar para salvarle la vida. Cada vez que ponía sus manos sobre una persona herida, todo a su alrededor se silenciaba. Se sumergía completamente en la tarea que tenía entre manos, sin importar cuán ruidoso o caótico fuera el entorno.

Cuando la condición de la víctima se estabilizó y fue trasladado al hospital, recibió a otro herido, y en el breve momento intermedio, observó a todos sus colegas haciendo lo mismo: luchando contra la amenaza generalizada de la muerte entre los restos de los coches. Sintió la familiar sensación de flujo y se zambulló de nuevo en el trabajo.

Maya prosperaba en estas situaciones, manteniendo la calma en las crisis, con talento manual, altamente cualificada y con una capacidad natural para resolver problemas.

Era una pena que pareciera incapaz de aplicar ninguno de sus talentos a su vida amorosa.

Después de algunos pacientes más, recibió instrucciones para colaborar más estrechamente con los bomberos que estaban trabajando en liberar a un gran grupo de una furgoneta accidentada. Ella y su colega cogieron sus bolsas médicas y corrieron hacia el equipo.

La bombera que estaba al frente de los esfuerzos para levantar la furgoneta llevaba una chaqueta que claramente ponía RODRIGUEZ, pero Maya no tenía tiempo para pensar en sus rencillas con Elle. Había vidas que salvar debajo de esa furgoneta, y ella estaba preparada para ofrecer la mejor asistencia posible para rescatar a las personas atrapadas. Con un profundo gemido, Elle y sus colegas lograron levantar la furgoneta y sacar a la familia del traicionero abrazo del metal.

El corazón de Maya se encogió al ver a dos niños pequeños cubiertos de sangre. Rápidamente colocaron a todos en camillas y el grupo de médicos corrió de vuelta cerca de la ambulancia, listos para operar. Tuvo que llamar a un cirujano pediátrico para que les apoyara. Los niños no podían tener más de tres años, y la anatomía y fisiología de un niño pequeño estaba completamente fuera del campo de Maya.

Lograron enviar a todos al hospital aún respirando. Maya recorrió las ambulancias para comprobar si necesitaban ayuda, y por supuesto, la necesitaban. Algunas víctimas fallecieron y tuvieron que ser retiradas de las camillas para hacer espacio para los vivos.

Los grupos de bomberos y equipos médicos se movían por el escenario en un esfuerzo armonizado que se asemejaba al de un organismo vivo. Maya conocía su lugar y responsabilidad dentro de él tan bien como Elle, y mantuvieron el rescate funcionando como un par de células sanguíneas viajando dentro de las venas hacia y desde el corazón palpitante. A veces, sus respectivos esfuerzos las acercaban como si estuvieran en una ola de marea, y Maya, al ver la chaqueta RODRIGUEZ en algún lugar de su visión periférica, se sentía más segura. Lo que Elle fuera en su vida romántica no tenía ningún impacto en sus habilidades como bombera. Se mantenía imperturbable bajo cualquier cantidad de presión y se preocupaba por contagiar a todo su equipo con ello, enfrentando cualquier infierno que se les presentara con una mente serena y aguda.

Después de una agotadora lucha contra la muerte, Maya fue reemplazada por otro cirujano al terminar su turno. Había estado en la escena durante más de diez horas, y su mente se sentía como un enjambre zumbante de agujas listas para destrozar su cráneo.

Sus colegas la llevaron a ella y a un montón de otros médicos casi desmayados de vuelta al hospital para que pudieran recoger sus coches y volver a casa. Maya estaba desesperada por una ducha y algo de comida.

En el aparcamiento, Maya se dio cuenta de que no estaba en condiciones de conducir a casa. Se acercó a uno de los taxis que esperaban junto al hospital y solicitó que la llevaran a casa. En el asiento del pasajero, viendo el paisaje de la ciudad difuminarse con la creciente velocidad del coche, su mente derivó hacia el sólido trabajo que había realizado. La presencia de Elle no había afectado a su propio trabajo, al menos, pero su mente seguía sintiéndose tan confundida por el día en general.

Para Maya, llevaba más tiempo acostumbrarse al constante huracán de tragedias. Se había convertido en cirujana porque le importaba profundamente ayudar a las personas, y su memoria precisa junto con su enfoque afilado como una navaja la convertían en una cirujana verdaderamente perfecta. Cada vez que tenía un cuerpo humano bajo su bisturí, dejaba de verlo como un ser humano, y se convertía en cirujana. Era solo el par de manos que

manejaba firmemente las herramientas y su conocimiento de anatomía; aquello sobre lo que operaba era solo eso, un enredo de terminaciones nerviosas, huesos, articulaciones, piel, algo que sabía cómo arreglar, cómo hacer funcionar de nuevo, o al menos evitar que colapsara.

Pero especialmente al principio, en cuanto miraba alrededor, veía el verdadero rostro de la tragedia. Cuerpos arrastrados por el pavimento, pacientes muriendo en sus manos, edificios ardiendo y coches destrozados con familias enteras dentro. Los trabajadores de emergencias se acostumbran a ello, pero nunca por completo. De lo contrario, perderían su humanidad.

Elle estaba hecha para ser una trabajadora de emergencias, y Maya siempre había admirado su fortaleza mental. O al menos, lo que ella veía como fortaleza mental. Desde el instituto, Elle había sido intrépida. Despreocupada y ligeramente distante en su vida cotidiana, durante las emergencias se comportaba como si ninguna carga emocional pudiera disuadirla de ver las cosas con total claridad.

A pesar de eso, nunca trató a Maya con condescendencia por sus emociones al comienzo de sus trayectorias profesionales. Fue la persona más comprensiva en el entorno de Maya. De hecho, en sus días libres, se quedaba despierta hasta altas horas para darle la bienvenida a casa, escuchar sus historias y oír sobre el dolor que había presenciado. La formación de Elle rara vez le exigía presenciar desastres reales. Al principio la habían llamado para incidentes menores y principalmente se quedaba en la estación entrenando. Para Maya, como cirujana, había sido muy diferente. Veía la muerte y su amenaza día tras día, y acercándose al final de su segundo año de práctica, estaba más cerca que nunca de quemarse.

Recordaba particularmente con viveza una noche de ese período—

Una paciente a la que le habían encargado operar la llamó, aparentemente para consultar algo sobre la cirugía. Había entrado sola. La paciente era una mujer mayor, aunque más joven que la abuela de Maya. Maya reconoció rápidamente que la mujer estaba en un estado de delirio que progresaba rápidamente. Llamó a una

enfermera y a otro médico. Antes de que hubiera podido hacer algo ella misma, la mujer comenzó a jadear violentamente en busca de aire y a tratar de agarrarse a algo, con el corazón latiendo como loco. Maya sabía que la mujer estaba sufriendo un ataque cardíaco, pero antes de que hubiera logrado sujetarla, la paciente se había caído de la cama y se había golpeado fuertemente la cabeza contra el borde de su mesita de noche. Había sufrido una hemorragia cerebral fatal.

La experiencia había dejado a Maya en estado de shock. Los compañeros médicos la habían enviado a una consulta con un psicólogo, la primera en su vida. Su familia procedía de un entorno demasiado pobre como para permitirse servicios de salud mental. Sentado en un amplio sillón de cuero, el psicólogo la declaró incapaz de seguir ejerciendo hasta que recibiera ayuda terapéutica adecuada. Volvió a casa destrozada, incapaz siquiera de llorar. No había nada que pudiera ayudarla a pagar una terapia.

Aquella noche, Elle había estado de guardia hasta las dos de la madrugada, y Maya permaneció sentada en el sofá sin poder moverse. La visión de la sangre en el suelo se repetía continuamente en su mente hasta el punto de sentir una completa insensibilidad. Tenía miedo de perder el juicio.

Finalmente Elle llegó a casa, con su camiseta de tirantes empapada en sudor y sus músculos definidos en constante movimiento, trayendo una ola de vida tan intensa a la habitación que los ojos de Maya se llenaron de lágrimas. Elle se acercó a ella con su habitual expresión de *¿qué ocurre?* Siempre había sido una gran compañera en la que apoyarse en esas situaciones porque nunca dramatizaba innecesariamente, ofreciendo un apoyo sobrio y estable.

—¿Qué pasa? —Elle la tomó en sus brazos, envolviéndola en el familiar aroma de su piel, la dulce familiaridad de su sudor y el leve olor a fuego que siempre se aferraba a ella.

Durante mucho tiempo, ninguna respuesta surgió de los labios de Maya. Simplemente permanecieron de pie en medio de su destartalado piso, mientras Elle las mecía suavemente a ambas de un lado a otro. Después de un rato, Maya comenzó a llorar.

—Una mujer ha muerto hoy justo delante de mí —dijo sollozando. Elle se limitó a asentir en respuesta.

Maya hizo un gesto para que se sentaran, agotada tanto mental como físicamente. Durante mucho tiempo permanecieron pegadas la una a la otra mientras Elle seguía acariciando el pelo de Maya. El ritmo constante del pecho de Elle reconfortaba a Maya de una manera sutil pero vital.

—Me derrumbé. Nunca había visto algo tan terrible. No pude hacer nada. No pude salvarla. Había sangre. Muchísima sangre —finalmente encontró las palabras para expresarlo.

El pecho de Elle seguía subiendo y bajando, el eterno ritmo de la vida contra la mejilla de Maya. Ambas sabían que no había mucho que decir ante aquello, ninguna palabra que pudiera remediar algo tan inherentemente humano.

—Han dicho —continuó Maya después de un rato— que necesito apoyo psicológico si quiero seguir ejerciendo. —Miró a Elle—. No puedo permitírmelo.

—¿Pero quieres continuar?

—Por supuesto.

—¿Aunque siga siendo así? Seguirá siendo así, lo sabes.

—Lo sé. —Maya respiró profundamente—. Pero merece la pena. Porque mejoraré en lo que hago. Y salvaré vidas.

En las semanas siguientes a aquella noche, Maya contactó con todos los amigos especializados en salud mental que pudo recordar, solo para descubrir que no podía tener a un conocido como terapeuta. Milagrosamente, resultó que uno de los antiguos amigos de Elle había cambiado de carrera y ejercía como psicólogo. Después de algunas reuniones, no pudo negarse —nadie podía resistirse al carisma de Elle, después de todo, especialmente en aquel entonces.

Maya todavía podía recordar la sonrisa presuntuosa en el rostro de Elle cuando le dio la noticia.

—Tus sesiones de terapia comienzan a las 7 de la tarde el miércoles, a la misma hora cada semana, así que más vale que avises a tus superiores de que tienen que liberarte el horario para ese momento —mencionó casualmente mientras freía huevos en su vieja sartén manchada.

—¿Qué? Eso no tiene gracia, Elle, yo...

—Hablo en serio, Maya. Has conseguido esto —sonrió—. ¿Recuerdas a Albert?

—¿No? —Se cruzó de brazos, segura de que se convertiría en una broma, y además en una nada divertida.

—Claro que sí. Estaba conmigo en las clases de matemáticas del instituto. —Elle hizo unas gafas falsas con sus dedos—. El empollón que estaba enamorado de mí, ¿recuerdas?

Y resultó que, efectivamente, no era una broma. Aquel miércoles, Maya comenzó su terapia obligatoria de forma gratuita, gracias a algún admirador del instituto de Elle hace tiempo olvidado. O eso había creído, hasta que descubrió que Elle lo estaba pagando en secreto (aunque a mitad de precio), y la información enfureció a Maya.

Una mano le tocó suavemente el hombro, y Maya se dio cuenta de que había estado pensando con los ojos cerrados, en un estado de semiinconsciencia. El conductor amablemente señaló hacia su casa.

—Ya hemos llegado, señora.

Se arrastró fuera del coche de baja altura y subió los escalones hacia su apartamento temporal como una persona medio viva. Los vívidos recuerdos todavía aparecían en sus pensamientos de vez en cuando, y casi esperaba abrir la puerta de su antiguo estudio que compartía con Elle en sus veinte años.

Sabía que debería estar llamando a su agente para comprobar el estado del papeleo antes de que su oficina cerrara por el día, pero nada le parecía menos atractivo en ese momento, así que decidió finalmente ducharse, comer algo y simplemente irse a dormir.

Al abrir la nevera, se dio cuenta de que no había ido a comprar. El cartón de media docena de huevos, un calabacín y una botella de kétchup constituían una imagen tan triste que cerró la nevera. En el congelador encontró un paquete de raviolis y dio por resuelto el asunto.

Mientras esperaba a que los raviolis se cocieran, recordó lo buena cocinera que había sido en otro tiempo. En las raras ocasiones en que tanto ella como Elle estaban libres de trabajo, podía pasar horas

en la cocina acompañada de Elle y, a menudo, de algún otro amigo o dos. Había recuperado sus viejas recetas familiares, experimentado y, en general, se había divertido muchísimo.

Después de mudarse a Forest Vale, se había involucrado tanto en el trabajo que apenas podía encontrar tiempo para cualquier tipo de vida social, y mucho menos para sentarse durante horas a remover salsas y ver crecer la repostería en el horno. A veces, Sylvia traía a sus amigos de la universidad para hacer fiestas de repostería, o al menos para intentar hacer pizza desde cero en plena borrachera.

Maya odiaba el desorden que siempre causaban, pero, sin lugar a dudas, también sentía una punzada de celos porque esos días ya habían quedado atrás. Y, junto con la sensación de haber perdido irremediablemente la oportunidad de una vida más tranquila, estaba el incómodo hecho de que no se había enamorado desde Elle. Ningún método de tortura podría hacer que Maya lo admitiera ante nadie, especialmente no ante la propia Elle.

Había salido con otras mujeres, claro, pero nunca había llegado al punto en que pudiera decir que estaban *enamoradas*.

Después de romper con Elle, estaba tan llena de rabia y orgullo herido que rápidamente se sumergió en una "fase de renovación", al menos tanto como su trabajo le permitía. Se hizo un peinado inspirado en Jane Birkin (que, como descubrió, era completamente poco práctico para una cirujana debido al flequillo y tuvo que esperar dolorosamente a que le creciera), un nuevo vestuario y nuevos amigos. Se sentía atractiva, atrevida, como si hubiera desperdiciado toda su juventud saliendo con una sola persona.

Pero esa fase pasó rápidamente. Maya había aprendido que la mayoría de las personas de su edad buscaban encuentros rápidos o relaciones sin compromiso, y ella realmente no estaba hecha para eso. Su entusiasmo se apagó rápidamente y, una vez más, se sumergió por completo en su carrera. Tomó horas adicionales y limitó sus salidas a un pequeño grupo de amigos. En Forest Vale salió con algunas mujeres, pero las relaciones siempre se disolvían rápidamente, y se dio cuenta de lo limitado que era el círculo de citas lésbicas en una ciudad más pequeña.

El sonido del temporizador de la cocina la sacó de su hilo de pensamientos.

Basta de reminiscencias, se dijo, hundiendo un tenedor en los cuadrados cubiertos de salsa.

5

ELLE

El niño simplemente no quería bajar.

Habían llamado al departamento de Elle para rescatar a un pequeño niño atrapado en un árbol alto. Al principio, Elle pensó que era una broma. Nada como esto había ocurrido en toda su carrera. ¿Tejados? Sí. Por supuesto. ¿Un árbol? Eso sonaba como otra historia inventada de bomberos rescatando a un gato.

Cuando llegaron al lugar, sin embargo, Elle entendió el problema. El árbol parecía enorme, y la primera mitad no tenía ramas sobre las que trepar.

—¿Cómo pudo siquiera subir allí? —preguntó, mitad asombrada, mitad completamente sorprendida.

Su madre, temblorosa, se apresuró a dar explicaciones, mientras la Capitana Hunter organizaba la colocación de la escalera contra el árbol. Había algún problema con la ubicación del camión debido a las casas vecinas que estaban muy juntas.

—Él y su hermana encontraron una vieja escalera de madera en nuestro garaje, pero cuando la soltó después de subir al árbol, se cayó y se partió por la mitad —señaló la escalera rota que yacía en la esquina del jardín.

—¿Y qué estaban haciendo sus padres mientras los niños casi sufrían lesiones mortales? —Reprender a padres irresponsables tenía que ser la actividad de ocio favorita de Elle—. ¿Por qué dejaron siquiera el garaje abierto para que pudieran acceder?

La madre frunció el ceño, ofendida. —Bueno, no sé si usted tiene hijos propios, señora —miró a Elle de arriba abajo—. Pero no es tan fácil mantener una vigilancia las 24 horas sobre dos niños menores de cinco años.

—Pero podría cerrar su garaje, ¿no? —Elle señaló que aún seguía abierto—. ¿O quiere que vengamos la próxima vez a apagar su casa en llamas después de que uno de sus hijos juegue con las bombonas de gas de allí?

Negó con la cabeza y se fue para unirse al equipo que intentaba convencer al pequeño de que no se retorciera y les dejara hacer su trabajo. Su rostro estaba retorcido de terrible miedo, y se negaba a hacer otra cosa que no fuera aferrarse al árbol. O'Malley finalmente se acercó lo suficiente para atraparlo, pero el desafío entonces estaba en que el niño no se alejara bruscamente. Elle no tenía idea de por qué Hunter había elegido a O'Malley, ya que no tenía ninguna habilidad con los niños. En el momento en que Elle pensó esto, el niño comenzó a llorar tan fuerte que incluso Hunter estaba claramente cuestionando su elección de bombero para el trabajo.

—Joder —suspiró, mirando a los padres con enfado.

Finalmente, O'Malley consiguió sujetar firmemente al niño. Todos comenzaron a aplaudir, aliviados. El niño, sin otra opción, se aferró a su pecho, y ambos llegaron sanos y salvos al suelo.

El equipo trabajó con fluidez para bajar la escalera y cargarla de nuevo en su lugar en el camión.

—Esta ha sido la peor misión de mi vida —murmuró O'Malley al pasar junto a Elle.

—Buen trabajo —gritó Elle, y subió a su asiento como conductora del camión de bomberos—. ¡Vámonos, todos!

A Elle siempre le gustaba conducir el camión. Se necesitaba verdadera habilidad para conducir un camión grande a velocidad y evitar a otros en la carretera, y Elle se enorgullecía de hacerlo bien.

Las cuatro volvían rápidamente, aparentemente con muchas ganas de charlar. La Capitana Hunter, la Jefa Ramirez, O'Malley y Elle. El día tenía una sensación perezosa, y el cielo despejado ponía a todos de buen humor. Elle reía con ganas, aunque en el fondo de su mente nadaba algo más oscuro.

—Nunca deberías tener hijos, O'Malley —la Jefa Ramirez negó con la cabeza—. Son peores que mil incendios.

Ramirez tenía dos propios, ya bien entrados en la edad adulta. A veces su hija traía pasteles a la estación. Trabajaba como repostera en una panadería local. Fácil de decir, era el deleite de toda la estación.

—Sí, Jefa, la próxima vez intenta agarrar a un mocoso lloroso, que se retuerce y está cubierto de mocos desde un árbol, veremos cómo te va.

—Oh, cariño, lo he hecho muchas, muchas veces —la Jefa se rio, haciendo callar efectivamente a O'Malley. Todo el intercambio no dejó de hacer reír a Elle de nuevo.

—Y tú, mantén los ojos en la carretera, ¿eh? —espetó Ramirez, y Elle apagó su risa inmediatamente.



Elle puso dos cucharaditas de azúcar en la humeante taza de café, luego se sentó de nuevo, frente a la Jefa Ramirez. Las dos compartían relaciones particularmente amistosas, siendo las únicas dos latinas en su departamento. Desde el primer día, Ramirez había cuidado especialmente de Elle, actuando como figura mentora a lo largo de la carrera de Elle. Sabía que la madre de Elle había estado bastante ausente, así que nunca dudaba en animar a la joven bombera.

—Oye, ¿qué te pasa? —Ramirez dejó el periódico que había estado fingiendo leer.

—¿Qué? Nada —Elle se encogió de hombros, dando un sorbo a su café.

—Oh, no te hagas la dura conmigo, Rodriguez.

Los labios de Elle se estiraron en una pequeña sonrisa disimulada por la taza. Cada vez que Ramirez usaba su apellido, podía sentir lo cercanas que se habían vuelto. Podía percibir ese tono particular que las personas familiares utilizan cuando usan palabras formales, la palpitante carne del afecto oculta por el atuendo formal con el que la vestían.

—Te juro que no lo hago —protestó Elle, pero en el fondo sabía que Ramirez la entendía.

Su Jefa solo levantó una ceja, esperando.

—Sí, algo me pasa —Elle exhaló el aire que no sabía que había estado atrapando en sus pulmones.

—Continúa —asintió Rodriguez.

—Alguien que solía conocer ha vuelto a la ciudad —comenzó, insegura de cómo expresar con palabras lo que pesaba en su pecho, pero dispuesta a intentarlo—. Alguien que me importaba profundamente. Es médica. La sigo viendo en los incidentes.

Rodriguez asintió pacientemente. —Entonces, ¿dónde está el problema?

—No nos separamos en los mejores... términos. En realidad, nos separamos en términos horribles. Habíamos roto antes de que se mudara. Ahora ha vuelto —Elle levantó la mirada hacia Rodriguez.

—¿Y no quieres estar cerca de ella ahora?

—¡No! En realidad sí quiero. Mira, me di cuenta de que ella es la única que quiero.

Ramirez estalló en una risa incontrolable, agitando los brazos en lo que parecía ser una disculpa simultánea. —¡Lo siento! Lo siento, ¡pero me resulta muy difícil creerlo, Elle!

La expresión de Elle se volvió amarga. —¿Y eso por qué?

—¿Que por qué? Pasas por las mujeres como por pajitas de plástico en un bar de Malibú, a veces tres a la vez —Ramirez se calmó—. ¿Hablas en serio? ¿Qué tiene de especial esta?

—Verás, ella estuvo conmigo antes de todo eso —la expresión de Elle seguía seria—. Ha sido la única por la que realmente me he enamorado. De verdad. Crecimos juntas. Estuvimos juntas durante años. El primer amor y todo eso.

Ramirez miró a Elle con incredulidad. —Chica, deberías haberte casado con ella. Nunca te había visto así.

Elle suspiró. —Si lo supieras. Es todo lo que quiero.

—¿Entonces cuál es el problema? ¿Por qué rompisteis?

—Yo... —Elle se preparó para la inevitable reacción de Ramirez—. Le fui infiel.

Ramirez se quedó en silencio, asintiendo. —Ya veo. Bueno, eso es un error, sin duda.

—Tengo la sensación de que debido a mi... reputación, puede que le haya complicado las cosas más adelante —Elle asintió con pesar.

—Es muy posible.

—Así que no sé qué hacer. No me quiere de vuelta —Elle miró a su superior, indefensa.

—Chica, yo tampoco te querría de vuelta, sin ánimo de ofender.

—Me ofende.

—Déjame preguntarte algo: ¿has hecho realmente el duelo por vuestra relación? —Ramirez planteó la pregunta con una expresión seria en su rostro.

—¿Qué quieres decir? —Elle parecía confundida.

—¿Te has permitido sentir realmente la devastación? Por lo que veo, nunca te has permitido sentir la pérdida. Y si no has sentido la pérdida, no has tenido la oportunidad de sentirte verdaderamente arrepentida por lo que hiciste. Durante todo el tiempo que te conozco, solo has estado pasando de una mujer a otra. Ah, y bebiendo. También deberías echarle un vistazo a lo de beber. Piénsalo. ¿Qué fue lo primero que hiciste después de que rompierais?

Elle lo pensó un momento. —Me acosté con alguien.

Ramirez asintió. —¿Y después?

—Me acosté con otra, porque la primera no me llenó.

—¿Y supongo que seguiste así?

—No es tan simple, ¿vale? Por supuesto que respeto a todas las mujeres con las que me he acostado, y quería tener algo con ellas, pero...

—Por supuesto —Ramirez asintió—. Pero nunca reconociste el daño que causaste a la persona que más amabas, así que en lugar de pasar por un proceso saludable de duelo y sanación, estás aquí siendo una Casanova que rompe corazones una y otra vez.

Elle soltó una risita. —¿De verdad me ves así?

—Es como actúas, de todas formas. Debes permitirte sentir el arrepentimiento enterrado en algún lugar de tu corazón de piedra.

Elle abrió la boca para protestar, pero Ramirez la interrumpió. —Estoy bromeando. Estoy bromeando. Pero no te pongas a la defensiva. Piénsalo un momento, o más. Eres encantadora, Elle, pero eso no te llevará muy lejos con tu ex. Ella ya te conoce, me atrevería a decir que incluso mejor que tú misma, chica. Necesita que trabajes en ti misma, no que intentes seducirla con el encanto de los Rodríguez como a todas las demás.

Y tras soltar esta cascada de sabiduría, Ramirez se levantó y fue a ver a los nuevos reclutas.

Elle se quedó pensativa al lado de su taza de café durante mucho tiempo. Ramirez era una de las pocas personas que podía hablarle así, llamándola *chica*. De cualquier manera, sus consejos le parecían difíciles y poco gratificantes. En el fondo, sabía que Ramirez tenía razón, pero deseaba poder simplemente usar su encanto para volver al corazón de Maya. Y conocía a Maya lo suficiente para saber que aún sentía algo por ella. Ese temblor en el labio, ese particular sabor de emociones que había visto atravesar a Maya durante su discusión, le habían dicho todo lo que quería saber. Puede que Maya la odie, pero tienes que seguir amando a alguien para poder odiarlo. Elle sabía eso. Solo tenía que conseguir de alguna manera que Maya volviera más al lado del amor.

Conduciendo a casa, Elle no podía entender la idea de sentir *supuestas* emociones siete años después de lo ocurrido. Y desde luego, no entendía cómo sentir el duelo le ayudaría a ser mejor novia. Toda la situación se reducía a aquel error cometido en estado de embriaguez, y Elle daría marcha atrás en estos siete años si pudiera, pero no podía, y ahora conducía hacia una casa enorme y vacía, sin nadie que la recibiera, sin rastro de alguien que la quisiera.

Aunque al menos tenía una gran casa, y al menos había whisky en su casa.

Estos pensamientos la hacían sentirse débil. Insegura. Sentir lástima de sí misma. La autocompasión era el peor enemigo de Elle. Otras personas podían mostrar sus debilidades sin problemas, pero el estándar que Elle se imponía a sí misma había estado siempre tan por encima que a veces lo perdía de vista, persiguiendo algo vagamente hacia arriba sin fin. Ni siquiera un perro o un gato que la recibiera en casa. Elle amaba a los animales, pero sus turnos eran largos, y sabía que no sería justo tener una mascota y no estar lo suficiente en casa para ella. Así que todo lo que encontraba al llegar a casa era una vecina racista y sus hijos gritando. No era culpa de los niños que gritaran. Elle también gritaría si tuviera que vivir con esa mujer. Elle siempre había tenido debilidad por los niños. Algo sobre su curiosidad indómita y su flexibilidad mental la tranquilizaba, aparte de su evidente dulzura.

Ningún niño podía ser realmente cruel, y su presencia hacía sentirse segura a Elle. Había pensado una vez que tendría hijos con Maya. Pero esa esperanza de ser madre había muerto cuando Maya se fue. De ninguna manera la Elle trabajadora/mujeriego/bebedora sería una buena madre, y lo sabía. Así que cuando se lo preguntaban, siempre decía que no quería hijos.

Una vez en casa, abrió todas las ventanas de par en par. Sentía la necesidad de aire, de respirar profundamente, de liberar esa sensación de claustrofobia que le había dejado su conversación con Ramírez. Recordaba claramente cómo Maya solía hacer eso para dejar entrar aire fresco en su apartamento, a veces olvidándose de cerrarlas durante la noche, lo que provocaba que ambas se despertaran con frío. Con el tiempo, Elle aprendió a despertarse en mitad de la noche para recorrer el piso y comprobar si todas las ventanas estaban cerradas. Durante un tiempo después de su ruptura seguía haciéndolo, sobresaltando a algún que otro ligue ocasional, pero con los años ese hábito se fue desvaneciendo.

El recuerdo le provocó una profunda tristeza, una emoción en la que normalmente no se detendría, pero esta vez, intentando seguir el consejo de Ramírez, cogió un bolígrafo de su escritorio.

Siento una profunda tristeza.

Escribió en un trozo de papel, jurándose en silencio que empezaría un diario y lo mantendría en secreto. No es que fuera difícil, viviendo sola.

Quiero a Maya,

Durante el resto de la tarde, estuvo garabateando. Declaraciones simples sobre su día, sobre sus sentimientos, cosas que no había admitido a nadie durante años, si es que alguna vez lo había hecho. Un caos de sentimientos, pero de una forma positiva. Emociones que no tenía ni idea que anidaban en su mente después del día de trabajo encontraron su camino en el papel, a veces en palabras torpes o frases incoherentes, pero la actividad le aportó una inesperada paz mental.

Terminó de escribir con una frase al final de la página:

Ahora mi padre diría que soy débil.

6

MAYA

Las sirenas de la ambulancia aullaban sobre la cabeza de Maya con lo que a ella le parecía una intensidad inusual. En el espacio íntimo del vehículo, los rostros del equipo compartían la misma expresión sombría. Una vez que llegaran al lugar, se sumergirían en su trabajo, entregándose a años de práctica y entrenamiento riguroso, dejando de lado cualquier emoción que pudiera burbujear bajo la superficie. Pero durante los pocos momentos que tenían dentro de las paredes de la ambulancia, disponían de tiempo para sí mismos.

El incidente era un accidente de autobús escolar.

El autobús yacía de costado, arrugado como una simple servilleta amarilla. La carretera había sido completamente cerrada, provocando que oleadas de conductores insatisfechos tocaran el claxon ante las barreras hasta que se acercaban lo suficiente y veían el desastre. Maya vio sábanas cubriendo a los muertos que ya habían sido recuperados. Maya vio a otro equipo recogiendo rápidamente los cuerpos y preparándose para marcharse, apresurándose en parte por respeto, en parte para no hacer un espectáculo. Maya odiaba cuando los transeúntes convertían una tragedia privada en un espectáculo, cuando reducían la velocidad

solo para mirar, para vislumbrar un cuerpo o un coche destrozado. La curiosidad humana natural, esa extraña inclinación por buscar imágenes terribles, sabía que era inevitable, y sin embargo... La sangre le hervía al ver los rostros boquiabiertos que pasaban junto a las vallas.

Maya y sus colegas prepararon las camillas y esperaron a que los bomberos sacaran a más personas. Era evidente que no muchos saldrían con vida. El autobús había caído desde una gran altura y una de sus paredes se había hundido por completo. Era una verdadera tragedia y Maya se preparó mentalmente para lo que probablemente experimentaría. De repente, el equipo comenzó a moverse con mayor urgencia: sacaron a una chica que aún respiraba e incluso estaba consciente. Maya y un paramédico se apresuraron a atenderla, y de inmediato comprendió que había una posibilidad de salvar a la adolescente. Rápidamente comenzó a estabilizarla. Maya trabajó con celeridad y quedó satisfecha con su labor. La chica estaba estable y fue subida a una ambulancia. Llegó otra pareja de ambulancias. La chica fue trasladada. Otra víctima adolescente llegó hasta Maya.

Su pelo rizado y abundante estaba apelmazado con sangre seca, había sufrido un trauma en la cabeza y su pecho estaba a punto de desangrarse. Maya sabía que tenía que actuar aquí y ahora y realizar una cirugía para detener la hemorragia. No le quedaba mucho tiempo. No llegaría al hospital. Solo entonces se dio cuenta: conocía al chico. Mirando su rostro, reconoció claramente la sombra de otro, uno muy familiar. Sus manos comenzaron a temblar. ¿Debería llamar a alguien más para que ayudara?

Dios mío, era su sobrino. El hijo de su hermano, Alexei.

Su sobrino yacía inconsciente, y ella no podía moverse. Entonces, se dio cuenta de que no había nadie mejor para el trabajo en la escena. Si quería salvar a Alexei, tenía que actuar inmediatamente. Respiró profundamente y comenzó a trabajar, tratando de tratar su cuerpo como cualquier otro que no tendría problemas en reparar. Sus manos temblaban más de lo habitual, pero Maya trabajó rápidamente.

Tenía que salvarlo. Tenía que hacerlo.

Realizar cualquier tipo de cirugía aquí al borde de la carretera era un riesgo, pero era su única oportunidad.

Con la ayuda del paramédico, Maya progresó y la condición de Alexei mejoró. Pensó que estaba lo suficientemente estable para trasladarlo, aunque ciertamente no estaba fuera de peligro. La ambulancia partió rápidamente para llevar a Alexei al quirófano donde, con suerte, podrían salvarlo.

Maya lo recordaba cuando era un niño pequeño. Pelo rubio y rizado, una personalidad pequeña y curiosa.

Por favor, por favor, por favor. Salvad a Alexei.

Una vez que su estado emocional ya no afectaba a las posibilidades de supervivencia de Alexei, Maya comenzó a respirar pesadamente. Sus piernas parecían doblarse de manera extraña bajo ella, y el mareo atormentaba su cabeza. Nunca antes había operado a un familiar, y la presión que había sentido era la razón. Sus ojos se humedecieron mientras buscaba el número de su hermano en su teléfono. Tan pronto como escuchó la familiar voz profunda, sintió la horrible carga de ser portadora de malas noticias.

—Colin, escucha —tomó una respiración profunda—. Alexei ha tenido un accidente. Está de camino al Hospital Phoenix Ridge. Tendrá que entrar directamente a cirugía, así que dirígete a urgencias.

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido, Maya?

—Espero que esté bien... —no pudo evitar que las lágrimas cayeran por su rostro, y su garganta parecía demasiado apretada para emitir palabras coherentes—. Le he operado, y ahora está en la ambulancia camino al hospital...

Prometió visitarlo tan pronto como no la necesitaran más en el lugar, pero el equipo ya se había dado cuenta de que algo le había ocurrido a Maya y había decidido trabajar sin ella todo el tiempo que fuera necesario. Recuperaron al último par de niños de debajo del autobús, y su trabajo en el lugar parecía haber terminado.

Maya se secó rápidamente los ojos, completamente abrumada.

—¿Estás bien?

La voz familiar atravesó a Maya como una bala. No tenía que moverse para saber quién era. No tenía que mirar. Reconocería esa

voz en cualquier lugar al que fuera; sin embargo, decidió girar lentamente y adoptar un aire de completa indiferencia.

—Ah, eres tú —Maya cruzó los brazos—. Sí, estoy bien.

—Esto ha sido intenso.

Las cejas de Maya se alzaron en una mirada incrédula. De ninguna manera permitiría que Elle usara una tragedia como esta para avanzar en sus propios objetivos egoístas. No después de que Alexei casi perdiera la vida.

—¿Qué quieres?

Elle frunció las cejas en una expresión confusa.

—¿Qué quiero? No sé, estabas llorando, gritaste pidiendo ayuda en ese momento, así que quería comprobar cómo estabas ya que ninguno de tus compañeros lo hizo —miró alrededor para demostrar su punto, luego levantó las manos—. Eso es todo.

—¿Crees que soy tonta? Sé lo que estás haciendo, y francamente, es repugnante.

—Creo que te estás precipitando un poco —Elle dio un paso hacia Maya—. ¿De qué se trata realmente?

—No, basta ya de ese tono condescendiente, ¿vale? No soy una niña. Ni tampoco tengo veinte años. No soy solo una más de tus *chicas*, Elena —escupió.

—Maya, para ya. —Elle se limpió el sudor de la frente—. Ni siquiera me dejas decir lo que he venido a decirte, y otra vez me estás acusando de algo aleatorio. Ni siquiera sé lo que has oído...

Ante esto, Maya soltó un bufido. Elle continuó hablando.

—Y solo quería decir que lo siento. Siento lo que hice, siento cómo terminó nuestra relación, y siento cómo te trataron los demás después, aunque no fuera culpa mía.

—¿Has terminado ya?

—¿Sí? —Elle extendió los brazos—. ¿No ha quedado claro?

Maya sentía como si su sangre estuviera en llamas. No soportaba cómo Elle pensaba que todo podía arreglarse diciendo unas pocas palabras, haciendo acto de presencia y viéndose tremendamente sexy. Sabía que esta era la forma en que Elle se abría paso por la vida y se mantuvo más decidida que nunca a demostrarle que estaba equivocada, a demostrar que algunas cosas no tienen

arreglo. Que no se puede retroceder en el tiempo, sin importar lo encantadora, segura o hermosa que seas. La grava bajo sus pies crujió cuando se acercó al bello rostro de Elle y a sus claros ojos verdes. El pelo oscuro y ondulado de Elle estaba recogido en una coleta despeinada.

Estaba lo suficientemente cerca como para besarla, y Maya tuvo que hacer todo lo posible para evitar que sus labios se movieran impulsivamente.

—No soy un juguete que puedas romper y luego volver a pegar por capricho, Elena. No voy a volver corriendo a ti porque hayas dicho que lo *sientes*. ¿Pensabas que podías simplemente volver a conquistarme, ponerte tu vieja colonia en el cuello, mostrar tu sonrisa perfecta y hacer que me derritiera por ti? Te conozco. Te *conocía*, y parece que no has mejorado. Si acaso has empeorado desde la última vez que te vi. No piensas en nadie más que en ti misma. ¿Alguna vez has considerado que quizás ahora soy feliz? ¿Sin ti?

Elle permaneció en silencio, mirando a Maya con los suaves y heridos ojos verdes de un cachorro pateado.

—¿Quién ha dicho que quería volver contigo?

—Yo lo he dicho. Veo lo que estás haciendo. Mírame a los ojos y dime que me equivoco. —Maya se acercó más al rostro de Elle, tanto que sus narices casi se tocaban—. Mírame a los ojos y dime que eso no es lo que estás intentando hacer.

—Maya. —La voz de Elle se quebró por la tensión.

Los ojos verde oscuro de Elle brillaron peligrosamente mientras negaba lentamente con la cabeza de izquierda a derecha, y luego presionó sus labios contra los de Maya.

Maya le devolvió el beso.

Los fuertes brazos de Elle agarraron a Maya y su lengua se introdujo en su boca. Maya se oyó gemir involuntariamente.

Joder.

Maya no sabía lo que quería, no sabía lo que estaba haciendo, pero los labios de Elle sobre los suyos, sus fuertes brazos, su sabor, se sentían demasiado tentadores como para rechazarlos.

Elle le mordió el labio, empujando a Maya contra la pared trasera de la ambulancia. Maya hundió sus dedos en el pelo de Elle y sintió cómo la rodilla de Elle le abría los muslos. Jadeó pero siguió la dirección y separó las piernas, dejando que Elle colocara su muslo entre los de Maya, presionando contra su clítoris.

Entonces, Maya de repente volvió en sí. Empujó bruscamente a Elle, limpiándose la boca y recomponiéndose. Sus pensamientos giraban en un enredo de culpa, temiendo haber enviado a Elle la señal equivocada, disgustada por haber faltado el respeto a sus propios límites y emociones.

—Te odio —susurró—. Por favor, vete.

Elle, confundida, retrocedió. Su boca formó una delicada sonrisa orgullosa.

—No me odias, Maya.

—Vete, Elena.

Finalmente, Elle dio media vuelta y se marchó. Una vez que su espalda se perdió entre los otros bomberos, Maya se permitió respirar. Se sentía enferma. Su lengua aún conservaba el sabor de Elle a pesar de todos sus esfuerzos. El asco hacia sí misma burbujeaba salvajemente en su estómago. Los médicos comenzaron a subir a las ambulancias, haciéndole señas para que se uniera a ellos.

—Eh, Maya, ¿está todo bien? ¿Dónde te habías metido? —El colega de Maya le tocó la espalda en un gesto amistoso.

—Lo siento, Richard, solo... conozco a uno de los niños.

Él palideció.

—¿Pero no uno de los...?

—¡No! No. Yo misma lo estabilicé, y se fue al hospital.

—Por Dios, ¿cómo lo lograste? Deberías haber llamado a otra persona.

Maya negó con la cabeza.

—Todos estabais ocupados. Estuvo bien. Estoy bien ahora.

Richard asintió.

—Sabes que siempre puedes hablar conmigo, o con cualquier otro médico de nuestro equipo. Estamos aquí para apoyarnos. No es un trabajo fácil.

Maya asintió, agradecida por el inesperado apoyo.

Sus pensamientos corrían en todas direcciones, cada uno pesado y peligroso como camiones cisterna de gasolina dirigiéndose hacia una colisión mutua. Contactó por radio con el hospital, recibiendo una actualización sobre Alexei. Estable. Fuera de cirugía. Al menos, ahora sabía que Alexei estaba a salvo en una cama de hospital, sin que ninguna de sus lesiones supusiera una amenaza directa para su vida. No tenía ni idea de cómo abordar la situación con Elle. Deseaba poder abrir la puerta a ese momento del lapsus en su juicio y apartarse bruscamente de Elle, despertarse a sí misma. Esa patética disculpa no valía ni dos céntimos. Definitivamente no valía la pena inclinarse para besar a quien la había ofendido. Maya enterró la cabeza entre sus manos, que aún olían al fuerte alcohol desinfectante.



De camino al hospital para ver a Alexei, sonó el teléfono de Maya. Giró la cabeza para ver el número y se quedó paralizada. No lo había visto en años, y le gustaba pensar que ya no lo reconocería. Oh, qué equivocada había estado.

—¿De dónde has sacado mi número?

—Lo... recuerdo.

Maya sonrió, aunque rápidamente se regañó a sí misma por hacerlo.

—Creo que he sido muy clara, no quiero tener nada que ver contigo, Elena.

—Sí, ese mensaje me quedó exactamente claro cuando tenías tu lengua en mi boca.

Una pequeña risita, que sonaba mecánica a través del sistema de altavoces, llenó el coche de Maya. Ella suspiró, recomponiéndose.

—Lo que hice fue inmaduro e injusto para ti. Lo reconozco.

—*Lo reconozco* es tan propio de tu estilo —interrumpió Elle—. Claramente me deseas.

—Quizás sí. Pero no es sano, no me siento bien con que nos veamos. No me siento bien contigo. Creo que lo dejé suficientemente claro. Espero que encuentres a alguien que te quiera, Elena. Esa no voy a ser yo. Adiós.

Maya colgó. La conversación la había dejado agotada, con la mente seca, dolorida, vacía de cualquier razonamiento, como un desierto. El coche olía a ambientador cítrico, lo que le irritaba bastante la nariz. Todo parecía fuera de lugar y sin esperanza, pero por fin llegó al aparcamiento del hospital, abarrotado como siempre.

—Maya —Colin abrió sus brazos ampliamente, invitándola a un abrazo. Su perfume amaderado siempre le producía una profunda sensación de confort, como sábanas envolviendo a un niño dormido.

—Hola —susurró ella, apoyando su frente en el pecho de él—. ¿Se ha despertado en algún momento?

—Sí, pero volvió a dormirse rápidamente. Las enfermeras dicen que tiene mucho dolor cuando está despierto, así que le dieron un sedante suave. Es mejor dejarle dormir.

—Por supuesto. —Maya suspiró aliviada—. Es muy bueno oír que se ha despertado tan pronto.

Para no molestar al chico, Maya y Colin bajaron a la cafetería del hospital. Maya removió el azúcar en su aguado café, y el vapor le dio en la cara. A su alrededor, padres, niños y cónyuges luchaban nerviosamente con sus comidas tibias. La comida allí era terrible. No era solo por las necesidades dietéticas de Maya que normalmente traía su propia comida. La luz intensa le hacía daño a los ojos.

—¿Cómo has estado, Maya? —Colin le tocó el brazo. Sus ojos tenían oscuros círculos debajo.

—No lo sé. Ni siquiera sé por dónde empezar —Maya negó con la cabeza—. Cuéntame sobre ti.

—Pfff. Daniele se va a casar —Colin sonrió—. Me han invitado a la boda.

Maya se río, ese tipo de risa tensa que escapa de una boca agobiada por el estrés, una boca cansada. Maya se sentía agotada.

—¿Hablas en serio?

—Bueno, hemos sido amigos durante un tiempo ya. Está bien.

—No entiendo cómo siempre acabas siendo amigo de tus ex. Me parece una locura —Maya dio un sorbo al café, negando con la cabeza.

Estaba intentando desesperadamente no hablar de sí misma, pero cada pensamiento la llevaba de vuelta a Elle. La peligrosa curva de sus labios y su encantadora sonrisa.

Rápidamente, decidió cambiar de tema, o al menos alejarlo de forma segura de las ex parejas.

—¿Y estás conociendo a alguien nuevo?

—No. Sinceramente, no tengo tiempo para citas. El trabajo, junto con Alexei, ocupan todo mi tiempo —hizo una pausa, mientras la preocupación por su hijo arrugaba su rostro—. Espero que salga pronto de aquí.

—Lo hará —Maya le tomó la mano—. Te lo juro, los niños se curan a un ritmo increíble. En tres semanas estará fuera.

—Ha sido muy difícil con él últimamente. Todos dicen que es solo una fase con los adolescentes, pero te juro que criarlo yo solo está a otro nivel. Ya me he leído como tres libros de paternidad este año.

Maya sonrió, tratando de imaginar a Colin sentado con un manual de crianza en la mano.

—Eres un padre muy bueno. Estoy segura de que estará bien. Tiene mucha suerte de tenerte.

—Y luego pienso... —Colin dudó—, a veces pienso que el divorcio podría haberle afectado. Ya sabes, como cuando nuestros padres se divorciaron, bueno, eso no fue... fácil para ti.

—¿Qué se supone que significa eso? —Maya se enderezó en su silla.

—Yo tenía edad suficiente para que no me importara, pero ¿no crees que eso hizo algunas cosas difíciles para ti?

—¿Como qué, Colin? —El nervio de su cuello comenzó a palpitar ligeramente, quería que él terminara lo que había empezado.

—Sabes de qué estoy hablando.

—No, ¿como qué? —Maya se sentó recta como una flecha, tensa, mirando a los ojos de Colin.

—Como las relaciones, Maya.

Durante unos momentos se sentaron en completo silencio, masticando la frase en sus mentes. Maya seguía mordiéndose las uñas y podía ver lo mucho que Colin se esforzaba por no comentar sobre eso. Ella lo hizo con más saña por despecho.

—Lo dice el divorciado —finalmente se obligó a responder.

—Sí, terminando pacíficamente mi matrimonio de doce años porque nos distanciamos —murmuró, antes de añadir—: no se trata de que estés soltera.

Maya alzó una ceja, maldiciéndose a sí misma por permitir que la conversación tomara este rumbo. Nunca podían hablar de su vida amorosa pacíficamente.

—Bueno, ¿cómo ves esto, entonces? ¿Eres feliz? —Colin extendió los brazos en señal de rendición.

Ella lo miró, sorprendida. No había ni una nota de burla en su voz. Su pregunta había sido formulada, lo sabía, con puras intenciones. Eso deshizo su postura defensiva.

—La echo de menos.

El rostro de Colin se suavizó. Sabía exactamente de quién estaba hablando. —¿La has visto desde que has vuelto?

Maya asintió.

—¿Y? —la expresión de Colin era abierta y amable. Siempre le había caído bien Elle. Pero también sabía cuánto había herido a Maya.

—No creo que entienda completamente lo traicionada que me sentí. Lo dolida que aún me siento. Y no se puso en contacto durante todos estos años... Y tan pronto como regreso, quiere demostrarse algo a sí misma, quizás, y hacer que la desee de nuevo.

—Ya tienes una idea muy dura de sus intenciones, ¿no? —Colin negó con la cabeza—. ¿Quizás no estaría mal darle una oportunidad?

Maya frunció el ceño. —¿Y si no es ella a quien echo de menos? ¿Y si solo echo de menos estar enamorada? Tal vez haya alguien más en mi futuro. Otro amor. Un amor mejor. ¿Alguien que pueda corresponderme como merezco ser amada?

—Nadie puede decidir eso por ti, desafortunadamente.

Permanecieron sentados unos momentos, escuchando el trajín de la gente. La cafetería se fue vaciando un poco, la multitud se filtraba

lentamente por la puerta, una familia tras otra.

Puso su mano sobre la de Colin, mucho más grande, áspera y peluda que la suya. Su hermano mayor siempre había sido una presencia reconfortante para ella. Esperaba poder tranquilizarle ahora que su hijo estaba en problemas.

Mientras tanto, por mucho que intentara combatirlo, su mente seguía persistentemente obsesionada con pensamientos de Elle.

7

ELLE

La dura luz azul estaba golpeando los ojos doloridos de Elle, pero no podía soltar el teléfono. Retorciéndose entre las sábanas calentadas por su piel, seguía deslizando frenéticamente. Izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha, derecha, derecha, había convertido la aplicación de citas en un juego, un juego que no estaba segura de saber cómo ganar.

Tras el último encuentro con Maya, por mucho calor que hubiera tenido aquel beso, Elle había decidido: ya no iría corriendo detrás de Maya Monroe como un perro fiel. Esta vez, habiendo sido literalmente apartada, y después de que le colgaran, había perdido la paciencia. No era una adolescente persiguiendo amores de instituto, pensó, sino una mujer adulta con mucho que ofrecer. Y si Maya no estaba lista para concederle su perdón, Elle no estaría simplemente sentada esperando.

Muchas mujeres deseaban a Elle Rodriguez y eso no había cambiado.

El amor no es tan difícil de encontrar, razonó. Todas estas mujeres me quieren. Solo necesito encontrar la manera de ser más abierta con ellas. De no seguir huyendo de ellas tan pronto como las consigo.

Otro match. Le gustaba este juego, coleccionando mujeres una a una, mujeres que pensaban que ella merecía la pena conocer. Un match con alguien llamada Rose.

Muy sexy, envió Elle como primer mensaje seguido de un emoji de fuego.

Desmatcheada, indicó la pantalla. En fin.

Ella se lo pierde.

Otro match, este particularmente atractivo: Louisa. Elle miró todas sus fotos; era muy guapa con unos chispeantes ojos marrones y pelo rubio que le recordaba frustradamente a los profundos ojos marrones y pelo rubio de la propia Maya. Era un poco más joven que Elle, trabajaba como chef. Intercambiaron algunos mensajes, parecía prometedor.

¿Te apetece cenar juntas la semana que viene? Elle pulsó "enviar".

Con mucho gusto, cariño respondió Louisa.

Finalmente, Elle apagó el teléfono, arrojándolo a algún lugar lejano. El salón, con su espacioso lujo, a veces la hacía sentirse particularmente vacía. Sus grandes ventanas asomaban a los céspedes bien cortados, y las amplias superficies blancas de sus muebles parecían irradiar un triste resplandor por la noche. Se giró de un lado a otro, harta hasta el tope de la luz de su teléfono e incapaz de dormir.

No había amor en esta casa, pensó para sí misma.

Desde el beso con Maya, sus pensamientos habían estado acechados por imaginaciones eróticas, hilos de sueños mezclados con destellos de esperanza. Había pasado tanto tiempo desde que había estado con Maya y ambas habían sido tan jóvenes. El único sentimiento persistente era el de la intimidad absoluta, algo que persiguió después y nunca logró encontrar de nuevo.

Con otras mujeres después de Maya, había alcanzado tal nivel de habilidad sexual en casi todas las formas posibles en que dos mujeres podían tener sexo. Los dedos, la lengua y el arnés de Elle podían dar placer de maneras que nunca había conocido la última vez que había estado con Maya.

Elle había tenido mujeres suplicándole tener sexo con ellas una vez más.

Pero nunca se habían sentido igual. Carecían de la profundidad emocional, eran actos de consumo rápido.

El beso con Maya había llevado su sangre a un punto de ebullición, había invadido su cuerpo con lujuria, le había hecho entender cómo podría ser, si volvieran a hacer el amor.

Sacudió la cabeza, queriendo separar sus pensamientos expulsándolos físicamente.

No, quería un nuevo capítulo. Maya había rechazado cada uno de los avances que había hecho.

Seguramente esta Louisa arreglaría el corazón de Elle. Y aferrando esa esperanza contra su pecho, Elle se quedó lentamente dormida.



—¿Eres chef, qué me recomendarías? —Elle puso su voz más encantadora, esperando convencerse a sí misma de que esto había sido una buena idea.

La tormenta de pelo rubio corto y rizado de Louisa captaba motas coloridas de luz reflejadas en las ventanas del restaurante. Parecía enérgica y acompañaba sus palabras con vívidos gestos de manos.

—Hmm... Probablemente Magret de Canard, ya que estamos en un restaurante francés algo que involucre pato sería lo recomendable —sonrió—. Yo voy a tomar Poulet a la Provencale, ¡me apetecía mucho un buen pollo!

Elle sintió que rápidamente se iba encariñando con Louisa. El ambiente era relajado a pesar de ser la primera cita, Elle no tenía que esforzarse demasiado, y la ocupación de Louisa como chef intrigaba a Elle, por ser algo tan lejano de su propia carrera... y como prácticamente todos los bomberos, Elle era una gran fan de comer.

—Nunca había hablado con una bombera antes —Louisa hizo girar su vino con una conocida fluidez de muñeca.

Elle levantó las cejas.

—¿Y qué opinas entonces, estoy a la altura de tus expectativas?

Louisa deliberadamente la miró de arriba abajo con una mirada hambrienta en sus ojos y Elle se enorgulleció. Sabía que se veía bien. Siempre se veía bien.

—Las superas.

Llegaron sus platos, fragantes y humeantes. El silencio que siguió, interrumpido solo por sus masticaciones y sonidos de cubiertos, dejó que Elle se sumergiera en sus pensamientos.

Había algo extraño en halagarse mutuamente de manera tan explícita. Mientras Elle clavaba su tenedor en el pato, pensó en la deliciosa tensión de la incertidumbre. La danza, como ella la llamaba. El tira y afloja del deseo. ¿Dónde quedaba el espacio para eso en citas como esta? La única incertidumbre que quedaba era el *cuándo*, no el *si*. No había persecución, y lo que a Elle le gustaba de las citas, o del sexo, era la persecución. *¿Me deseas de la misma manera que yo te deseo a ti?* era una pregunta a la que podía pasar una eternidad buscando la respuesta.

En cambio, ella y Louisa habían sabido para qué vinieron aquí desde el principio. Si no había dificultad para conseguir afecto, razonó Elle, tendría sentido que se sintiera hueco, inmerecido, prescindible. Fácilmente obtenible de alguien más. Pero, no quería perder la esperanza. Quizás después de un tiempo, comenzaría a sentirse completamente natural, quizás olvidarían dónde se conocieron.

—Gracias por recomendarme esto, realmente sabe increíble —Elle asintió con aprobación—, ¿salimos a fumar y luego pedimos postre?

—Claro —Louisa dejó sus cubiertos, preparándose para salir a la terraza.

—Entonces, ¿por qué decidiste ser bombera? —Louisa encendió su cigarrillo con el de Elle, acercándose mucho a su rostro.

—Oh, simplemente sabía que sería muy buena en ello.

—Presumida —rio Louisa—. ¿Por qué pensabas eso?

Elle puso su brazo alrededor de los hombros de Louisa, sintiendo la chaqueta de forro polar contra su piel. Se tomó un momento para ordenar sus pensamientos y luego respondió:

—Siempre me he sentido segura en situaciones peligrosas. Concentrada —miró a Louisa, sonriendo—. En paz, quizás.

—Eso es bastante profundo. Sentir paz en el peligro.

Elle se encogió de hombros.

—Sí, bueno, tenía razón, ¿no? Soy bastante buena en lo que hago.

—No sabría decirlo —soltó una risita Louisa—, podrías ser la peor bombera del mundo y yo no tendría ni idea.

—Cierto —asintió Elle.

Ahora estaban más cerca la una de la otra, y Elle podía reconocer el perfume de Louisa. Su aroma cítrico resultaba agradable, aunque bastante intenso.

—Te gustan los perfumes fuertes, ¿eh? —se inclinó para tocar suavemente el cuello de Louisa con sus labios. Subió hasta su boca y le dio un suave beso. Louisa suspiró quedamente con un placer inesperado.

—Tú sí que me gustas —susurró.

Volvieron adentro y pidieron tarta de manzana del chef para Louisa, un tiramisú para Elle y otra ronda de vino. Con la bebida, sus voces gradualmente se volvieron más bajas y roncas, contrastando agradablemente con el tintineo del ambiente.

—¿Fue difícil cambiar de país? —Elle nunca había estado en Europa, ni en ningún otro continente, y la crianza de Louisa le interesaba mucho.

—Al principio hubo algunos choques culturales, grandes y pequeños. Especialmente en el sector... —agitó las manos en un gesto abstracto—, pero nada demasiado difícil de asimilar. Creo que al final del día, para nuestra generación todo es igual.

Elle asintió.

—Me encantaría visitar Francia algún día, suena encantador.

—Bueno, prepárate para las ratas... Ah, y ni una sola persona que conozco allí sabe conducir.

—¿Cómo os movéis? —Para Elle, conducir había sido su gran libertad. Su primer sabor real de libertad, y su habilidad más preciada. Poder ir a donde quisiera, a donde su coche la llevara.

—Transporte público y nuestros pies —rió Louisa—. Yo también me saqué el carnet solo aquí, antes no lo necesitaba. Di lo que quieras sobre Europa, pero para pasear es genial.

—Quizás —Elle se encogió de hombros. Todavía le costaba imaginar no tener coche—. En mi departamento, a menudo soy la conductora del camión de bomberos.

—Suena estresante.

—Lo es, pero como te dije, trabajo genial bajo presión. Nervios de acero.

—Eso te haría increíble en la cocina —asintió Louisa—, tenemos eso en común.

Caminaron tambaleantes y con las piernas débiles de tanto reír hacia sus coches. Durante la cena, Elle empezó a sentirse realmente cómoda con Louisa, y una parte de ella no quería llevarla a casa, lo que inevitablemente alteraría su dinámica. Una parte de ella deseaba que preservaran este dichoso estado de conocerse mutuamente, antes de avanzar más. Pero Elle no era de las que se negaba, sabía que seguiría la sugerencia de Louisa si se la planteaba.

Se apoyaron contra el coche de Louisa en un beso prolongado. Las manos de Louisa empezaron a subir por las caderas de Elle, pero entonces Elle interrumpió.

—¿Deberíamos entrar?

De camino al piso de Louisa, no hablaron mucho. Su coche proporcionaba un fresco refugio contra el calor del verano que entraba en plena floración, y cada una se sumergió en sus propios pensamientos. Elle intentó no comparar esta situación con la de Mimi. Su mente daba vueltas en círculos, saltando de una mujer en sus recuerdos a otra, desdibujando las líneas entre ellas, haciéndole adivinar quién había sido quién.

Encendió la radio, y la voz de Jeff Buckley llenó el coche.

—Oh no, esto es tan sentimental —suspiró Louisa, pero no cambió la emisora.

Viendo a Louisa dejarse llevar hacia su propio mundo de recuerdos, Elle se dio cuenta de lo diferente que se sentía salir con alguien en la edad adulta. Como adolescentes tardíos, todos habían sido más o menos un lienzo en blanco, todavía llenos de entusiasmo y dispuestos a sumergirse en nuevas experiencias. En aquel entonces, resultaba refrescante conocer a alguien nuevo.

Como adultos, todos venían con un océano de experiencia encerrado detrás de sus ojos. Un equipaje pesado arrastrado de relación en relación, acumulándose, inaccesible en su totalidad. Desempaquetarlo llevaría años, o incluso décadas. Como adultos, realmente no podías absorber al otro completamente, indiscriminadamente.

El coche aparcó frente a un viejo complejo de apartamentos de ladrillo rojo.

—Qué edificio tan bonito —dijo Elle, desabrochándose el cinturón —. Me pregunto si cumple con todas las precauciones de seguridad contra incendios.

Louisa le lanzó una mirada inexpresiva.

—¿Estás de broma?

Elle negó con la cabeza.

—No, en serio, hace solo unas semanas me llamaron para extinguir uno muy similar. Menuda acción fue aquella, tuve que entrar para salvar a algunas personas que se habían quedado atrapadas...

—Vale, quizás no hablemos de mi edificio ardiendo, ¿sabes? Ya tengo suficiente ansiedad en mi trabajo —y dicho esto, Louisa salió del coche.

—Como sea —murmuró Elle y la siguió.

El apartamento de Louisa recibió a Elle con el ambiente, familiar hasta la médula de sus huesos, de una persona que vive sola. No había nada que pudiera señalar exactamente; quizás la disposición de la mesa del comedor, tan claramente en desuso, o la lencería tirada sobre muebles aleatorios dentro de su dormitorio. Conocía esta atmósfera íntimamente porque era como estar en su propia casa.

—¿Podría tomar un vaso de agua? —preguntó, dándose cuenta de lo seca que tenía la boca por el vino.

Louisa desapareció en la cocina. El apartamento era pequeño, las paredes estaban decoradas con coloridas láminas y cada habitación tenía una alfombra extendida en el suelo. *Acogedor* era la única palabra que venía a la mente de Elle. Louisa reapareció con dos vasos de agua. No habían encendido la luz, y todo parecía sacado de un sueño febril. La luz de la luna brillaba a través del agua.

—¿Te gusta?

—¿La habitación? Es bonita —Elle miró alrededor—. ¿Coleccionas vinilos? Eso es genial.

Le gustaba cuando la gente coleccionaba cosas, sin importar de qué tipo. Le parecía ligeramente ajeno, en el buen sentido. Maya siempre había sido demasiado frugal para coleccionar otra cosa que no fuera su propio dinero, y Elle prefería gastar el suyo en diferentes caprichos. Jeff Buckley ciertamente denominaba la colección de Louisa.

Comenzaron a besarse, la noche envolviéndolas en una irrealidad onírica, sus gestos permanecían extraños y llenos de sensualidad lunar. Sin encender las luces, Elle continuó con lo que sabía que se esperaba de ella. Se entregó a Louisa, pero mantuvo su propia ropa interior puesta; no quería que Louisa la tocara. Sabía que en ese momento solo había una persona a quien quería que la tocara.

Y por más que lo intentara, simplemente no podía sacarse a Maya Monroe de la cabeza.



Elle se despertó en una cama ajena, preguntándose qué la había llevado hasta allí. Repasó los recuerdos de la noche, buscando a Louisa con la mirada. No la encontró en la cama. Esto le molestó; nunca le había gustado ser la segunda en despertar. Se levantó, recogiendo su ropa dispersa del suelo, estirando la espalda y frotándose los ojos pegajosos por el sueño.

Louisa entró de repente en la habitación. Estaba completamente vestida y lista para salir, bolso en mano y zapatos puestos. Elle la miró con incredulidad.

—Podrías haberme despertado, ¿sabes? —gruñó, poniéndose los pantalones.

—Esperaba que te despertaras por ti misma, así que me ocupé de mis cosas mientras esperaba —sonrió apresuradamente—. No quiero ser grosera, pero de verdad tengo que irme pronto al trabajo.

—Claro —asintió Elle, sintiéndose totalmente incómoda—. La próxima vez, dime a qué hora necesitas despertarte antes de que nos quedemos dormidas, ¿vale?

Pero Louisa ya estaba en el baño, terminando de maquillarse. El sol se asomaba a través de las cortinas transparentes, y Elle recordó solo entonces que su coche seguía aparcado frente al restaurante. Consideró pedirle a Louisa que la llevara, pero viendo cómo iba la mañana, decidió no hacerlo.



De camino desde el restaurante, Elle decidió parar en un bistró y comprarse el desayuno; su estómago rugiente lo exigía. *Una chef y ni siquiera me ofreció desayuno*, se mofó Elle, deteniéndose en un local de desayunos y almuerzos lleno de hombres y mujeres de negocios tomando su primera comida del día.

Su teléfono vibró: *Me lo pasé muy bien anoche aunq*, decía el mensaje.

¿Aunq? Elle sacudió la cabeza, recriminándose por perder el tiempo de esta manera. ¿Qué intentaba demostrar de todos modos? No había pasado página. Sabía exactamente a quién quería ver y no era Louisa.

—¿Qué va a tomar, señora? —la barista la miró desconcertada. Había estado de pie frente al menú de la pared durante un par de minutos.

—Umm... Un bagel de salmón y un café solo, gracias.

Se sentó con su pedido, observando a los otros clientes. Observar a la gente siempre había sido un mal hábito suyo, un capricho del que no podía desprenderse por más que lo intentara. Personas con trajes y vestidas de manera informal pero elegante hacían fila para conseguir su café diario, todas vestidas igual, todas haciendo aburridos trabajos corporativos. Notó una interrupción en el patrón de la fila; el pelo rojo fuego de Kiera O'Malley destacaba entre el mar de negro y gris.

Necesitando algo de distracción de sus problemas, Elle le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Qué tal te va, qué hacías por esta zona? —preguntó Kiera, sentándose frente a Elle.

—Pff, larga historia —Elle pasó una mano por el enredo de su pelo, aún sin cepillar—. ¿Qué has estado haciendo tú?

Kiera hundió su tenedor en la abundante ensalada césar.

—Oh, mi abuela vive cerca, a veces la ayudo en mis días libres.

Elle se metió el último trozo de bagel en la boca y masticó, asintiendo.

—Muy bien —murmuró.

—Pareces un desastre —sonrió Kiera—, como un desastre de *la mañana después*.

Elle extendió los brazos en señal de rendición.

—Has resuelto el misterio, enhorabuena.

—¿Qué tal era ella?

—Mejor no preguntes —Elle levantó los ojos con una mirada sombría—. Fue un desastre. No el sexo, eso estuvo bien —sonrió con ironía—, simplemente... Creo que esta vez buscaba algo diferente.

—¿Qué, intentó atraparte en una —Kiera jadeó teatralmente— relación monógama? ¿Quería que le propusieras matrimonio?

Elle negó con la cabeza.

—Eso no tiene gracia, Kiera.

—Oh... ¿Eras tú quien quería algo serio?

Elle asintió.

—Estos días es más difícil de conseguir de lo que pensaba.

—¿Qué hay de esa doctora guapa de urgencias con la que has estado quedando a cada oportunidad?

—¿Qué, Maya? —Elle bufó—. No, es un caso cerrado. No me quiere. Ya no, de todos modos. En realidad está actuando de forma inmadura, eso es lo que está haciendo —dijo Elle e inmediatamente se arrepintió de sus palabras. Deseó poder volvérselas a meter en la boca, pero era demasiado tarde.

—Bueno, si eso es lo que piensas —asintió Kiera—. Salir con alguien es difícil, tía, yo llevo dos años soltera.

—¿Por qué rompisteis, tú y la persona con la que estabas antes? —Elle se había vuelto considerablemente interesada en las historias de rupturas últimamente, como si quisiera justificarse a sí misma su error.

—Resultó ser un capullo, nada muy original. Me engañó, abusaba del alcohol, todo eso —Kiera se encogió de hombros—. Ya lo he superado, se merece pudrirse.

—¿Pero crees que la infidelidad es absolutamente imperdonable? —Elle se inclinó más sobre la mesa.

—Probablemente dependa de la situación. Creo que puede contribuir al perfil general... de la persona, lo segura que te hacen sentir, etc. Creo que se trata más de romper la confianza de la otra persona y mentir, de faltar al respeto a sus sentimientos, más que del sexo en sí. ¿No crees? —Kiera levantó la vista de su ensalada para ver a Elle completamente absorta en sus palabras—. ¿Elle?

—No lo sé. Creo que... El amor también tiene que incluir el perdón —dijo, levantándose para devolver la bandeja al personal—. Probablemente me vaya ya, Kiera. Buena charla, pero necesito ducharme de una vez.

—Sí, entonces no te daré un abrazo de despedida —se rio Kiera y se despidieron con un gesto.

Al entrar en su coche, Elle decidió intentar volver con Maya por todos los medios posibles. No había nadie más a quien quisiera, hasta estar completamente segura de que había hecho absolutamente todo lo posible para recuperar su amor. Seguiría escribiendo en su diario, intentaría entender qué la había llevado a

ser infiel, haría todo lo que estuviera en su mano para volver a sentir la piel de Maya contra la suya.

8

MAYA

El sol abrasador, como un ladrón, se abrió paso dentro de la sala de urgencias, filtrándose por los huecos entre las ventanas cubiertas y las puertas transparentes. Maya se limpió la frente sudorosa, contando activamente por primera vez en semanas el tiempo que quedaba hasta el final de su turno. Sentía los dedos pegajosos dentro de los guantes de goma, y el número de pacientes aumentaba constantemente durante los densos días de verano. Los pacientes ancianos con problemas cardíacos o pulmonares se duplicaban cada día.

De repente, perturbando la paz, el buscapersonas de Maya parpadeó y vibró. «Posible golpe de calor. Mujer mayor caída atrapada en apartamento. Posibles otras lesiones. Dra. Monroe debe acudir al lugar con la Ambulancia 13».

Maya agarró su bolsa médica y se dirigió a la zona de ambulancias donde subió a bordo con el equipo.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —preguntó Maya, rompiendo el silencio dentro del vehículo.

—Al parecer, su nieto cerró la casa por costumbre, olvidando que ella estaba dentro y llevándose el único juego de llaves. Luego los

vecinos vieron a través de la ventana de la cocina que algo no iba bien. Parece que se cayó.

—Mierda —suspiró Maya. Esperaba que la señora no se hubiera golpeado contra nada al caer al suelo, especialmente con la cabeza; eso significaría prácticamente una sentencia de muerte.

Cuando llegaron al lugar, un equipo de bomberos ya estaba buscando el piso. Era *el* equipo de bomberos, se dio cuenta Maya, antes de seguirlos escaleras arriba.

Por supuesto que lo era.

Elena Rodríguez estaba en todas partes a donde iba últimamente. Una hermosa tortura.

Una chaqueta oscura delante de ella llevaba escrito RODRÍGUEZ. La escalera parecía estirarse hasta el infinito, su oscuro pasillo brillaba con la grasa de una nueva capa de pintura. El olor era intoxicante, haciendo que a Maya le diera vueltas la cabeza. En el calor, cada aroma crecía en intensidad hasta un grado insoportable, su sudor se mezclaba con el olor a pintura. La señora vivía en el sexto piso, y para cuando llegaron allí, todos estaban luchando por recuperar el aliento.

Tras localizar la puerta, los bomberos comenzaron a derribarla. Era una cosa pesada y robusta, del tipo que se instala en hoteles y similares para evitar robos, o quizás incendios. Finalmente, cedió.

Maya y el resto de su equipo irrumpieron en el interior, encontrando a la mujer desmayada en el suelo. Una herida llena de sangre decoraba el lado derecho de su frente.

Maya se movió rápidamente comprobando su pulso, débil pero constante. Conectó algunos fluidos para empezar a rehidratar a la mujer, y los paramédicos le pusieron la manta de enfriamiento. Con estos procedimientos básicos realizados, lo mejor sería llevarla en ambulancia al hospital.

Rápidamente la colocaron en la camilla y los bomberos la bajaron hasta la ambulancia. Una de las personas que la transportaba era Elle, pero ocupada con el rescate, Maya no pudo prestarle mucha atención.

Eran profesionales que a menudo trabajaban juntos, pero eso era todo. Los hermosos ojos verdes de Elle parecían preocupados, pero

Maya intentó ignorarlos.

En el terreno junto al edificio, comenzaron a evaluar el estado de la mujer. La situación era mucho mejor de lo que cualquiera había esperado, y siempre que llegara al hospital con suficiente rapidez, sus posibilidades de supervivencia parecían excelentes. Todos dejaron escapar un pequeño suspiro de alivio mientras metían a la mujer en el coche con su mascarilla de oxígeno puesta.

—Volveré por mi cuenta —gritó Maya a los paramédicos, sabiendo que ya había pasado el final de su turno, y dejó que la ambulancia se fuera sin ella.

Anhelaba descansar, en algún lugar tranquilo y fresco. Cualquier brisa suave que soplaba en su dirección hacía estremecer su cuerpo sudoroso. Había algo familiar en este barrio, algo que le decía que había estado aquí antes. Los caminos de adoquines y las callejuelas bordeadas de árboles conducían a algún lugar que estaba segura de reconocer.

De repente, una mano agarró su hombro, sobresaltándola.

—¿Qué...? —se dio la vuelta, quedando cara a cara con Elle—. ¿Dónde está tu equipo? —Levantó una ceja.

—Oh, les pedí que me dejaran. De todas formas estaba terminando mi turno. ¿Dónde está tu equipo?

Elle estaba sola con su camisa y pantalones azul marino del departamento de bomberos. Los músculos de sus brazos brillaban con un hermoso tono bronce. Su pelo oscuro estaba recogido en un moño despeinado.

Un silencio poco característico se instaló entre ellas. Elle se acercó un poco más, con los ojos fijos en el rostro de Maya, bajando un poco hacia sus labios. Maya no sabía dónde mirar o qué hacer con su cuerpo. Sentía una sensación de paz después de un esfuerzo agotador, las olas de la fresca brisa vespertina la relajaban tras el día caluroso y bullicioso. Por un momento, quiso olvidar lo que había ocurrido entre ella y Elle. Quería relajarse con ella como si fuera una desconocida, alguien que contenía todos los misterios de su personalidad, o errores, aún intactos.

Cuando Elle cerró el espacio entre ellas, Maya se permitió apoyarse en su cuerpo. Levantó la mirada, sorprendida de encontrar

la misma sensación que había sentido todos esos años atrás. Sintió que su cuerpo encajaba perfectamente en el de Elle, igual que antes, como si nunca se hubieran separado. Elle levantó la barbilla de Maya, y sus labios se encontraron —esta vez suavemente, como si quisieran extraer una confesión la una de la otra. Los labios de Elle se sentían suaves y húmedos, como un estanque de agua contra la sequía del día. Maya llevó sus dedos hacia arriba por su cuello, buscando su pelo para entrelazar sus dedos. Cada vez que sus ojos se encontraban, desviaban la mirada. Como en una danza de sombras, sus cuerpos se aferraban el uno al otro, pero sus mentes permanecían en conflicto. Maya bajó hasta el cuello de Elle. Dejó un rastro de besos en su garganta, luego volvió a subir besando hasta los labios de Elle, deslizando su lengua y recorriendo el interior de su boca, lenta y deliberadamente. Sus caderas chocaron, y Maya estaba segura de que no se iría sin tener a Elle por completo. La necesidad creciendo rápidamente húmeda entre sus muslos empujó cualquier recuerdo de su disputa a los rincones más lejanos de su mente, doblando su forma en deseo físico. Quería a Elle, y el conocimiento de que podía tenerla la embriagaba con ese pensamiento. Acercó las caderas de Elle y rápidamente empujó su lengua dentro de la boca de Elle haciéndola gemir en voz baja.

—Estamos en público —Elle la apartó, sonrojada.

—Pues llévame a tu casa —dijo Maya en un tono seductor que no había usado en mucho tiempo—. Vives cerca, ¿no?

La silenciosa satisfacción de ubicar este barrio en su memoria hizo que Maya sonriera para sí misma. Elle sonrió, metiendo las manos en sus bolsillos. Todavía llevaba sus pantalones de uniforme y una simple camisa azul marino del departamento de bomberos que solía llevar bajo su chaqueta. La visión de los tonificados brazos de Elle y el contorno de sus pechos bajo esa camiseta hizo que Maya quisiera llevarla a casa en brazos.

—Sí, estoy a quince minutos —Elle señaló la dirección.

Se cogieron de la mano mientras caminaban, y Maya no pensaba en nada más que en su corazón acelerado. Besar a Elle se sentía como romper las reglas. Se sentía prohibido, y por eso más delicioso. Se sentía embriagador, como aquellos sorbitos de whisky

que tenía escondido en un armario, como escaparse a escondidas cuando eran adolescentes. Había dicho que no quería hablar con Elle, pero meter la lengua dentro de ella no era exactamente *hablar*, ¿verdad? Hacerla gemir tampoco era una *conversación*. Quizás el sexo entraba dentro de lo que podía permitirse. Un familiar camino de grava crujió bajo sus pies, y Maya supo que estaban cerca.

Esperaba que Elle no intentara hablar con ella. Sus palabras siempre salían enredadas, creando nudos complicados. No, Maya ansiaba algo desnudo y crudo, algo que había sentido escondido en la boca de Elle y esperando ser saboreado de nuevo.

—Aquí estamos —Elle abrió la puerta con suavidad.

—¿Vives sola?

—Ajá.

Había un millón de cosas pasando por la cabeza de Maya mientras entraba en aquella preciosa casa, pero no dijo ninguna de ellas. No comentó sobre los elegantes techos altos, el tamaño de la casa, la colección de cuadros caros. Esta casa era la prueba de que el tiempo pasa para todos, que no solo ella, sino también Elle, había experimentado una serie de cambios y éxitos de los que Maya nunca conocería todo el alcance.

No importa, pensó, mientras empujaba a Elle contra la pared.

Solo estoy aquí por una cosa.

Provocó los labios de Elle con su lengua sin piedad, lamiéndolos suavemente para luego alejarse cada vez que Elle abría la boca buscando un beso. Maya la vio jadear con placentera molestia, vio sus piernas temblar, y su cuerpo, quizás incluso una parte de su mente, se sintió como en casa.

Puso sus manos bajo la tela de la camiseta de Elle, subiendo por el familiar abdomen musculado, hasta la suave piel de sus pechos en un top corto, tan suavemente femenina y contrastando con la firmeza de acero del resto de su cuerpo. Pensó que era un delicioso privilegio poder acceder a una parte tan sensible de Elle, escondida y protegida. Maya se tomó su tiempo para sentir los pezones endureciéndose bajo sus dedos, haciendo que Elle gimiera quedamente —un sonido que había aprendido a olvidar que anhelaba por las noches, pero que ahora seguramente volvería a ella

cada anochecer. Podía oler el familiar aroma del sudor de Elle mezclándose con esa dulce fragancia ahumada que permanecía en su pelo y que Maya siempre había disfrutado.

—¿Deberíamos ver tu dormitorio? —susurró directamente en el oído de Elle, sabiendo cuán rápidamente los escalofríos recorrerían su columna.

Elle asintió, acalorada. Subiendo por la escalera, Maya se preguntó si alguna otra chica la ponía nerviosa de esta manera, o si había permanecido igual, si la única persona que realmente conocía este lado de Elle seguía siendo Maya.

Entraron al dormitorio absortas en su beso, sus extremidades buscándose como mujeres ahogándose en busca de algo que las salvara. Seguían buscando sus rostros como si fueran girasoles en las primeras horas del amanecer, buscando algo nutritivo, buscando su fuente de vida. La mente de Maya se echó hacia atrás en una tregua momentánea, cruzó los brazos y se puso una venda, dejando que su cuerpo hiciera lo que tenía que hacer. Sus sentidos tomaron las riendas, guiando sus manos para quitar la camiseta y el top de Elle, para inhalar el aroma terroso de su piel y lamer desde su abdomen hasta su boca.

—¿Me echaste de menos? —preguntó Elle, medio suspirando de anticipación. Su mano pasó por el pelo de Maya para finalmente descansar en la nuca.

Maya se congeló por un segundo. —No hables —Miró a Elle desde entre sus pechos, con los ojos brillantes.

—Vale —Elle esbozó una sonrisa traviesa, una que decía *sé lo que estás haciendo*.

Elle sabía lo que Maya necesitaba y estaba dispuesta a seguirle el juego.

Gracias a Dios por eso.

Maya sabía que no podía detener a su cuerpo ahora de tomar lo que tan desesperadamente necesitaba, incluso si hubiera querido. Algo en Elle era como una droga para ella. Maya apenas podía recordar cualquier sexo que hubiera tenido desde Elle. Nada que hubiera encendido todo su cuerpo como lo estaba ahora.

Maya se quitó su propia camiseta, luego los pantalones de Elle y su ropa interior siguieron el mismo camino. Sabía lo excitada que se ponía Elle al ser la única completamente desnuda, y aprovechó eso al máximo, recorriendo con sus manos los muslos de Elle y rodeando su sexo. Luego subió por su espalda, tocando su piel hasta el cuello, y volvió a bajar, acariciando su trasero. Seguro que había echado de menos esto, ver a Elle desnuda para ella, mostrando su hermoso cuerpo y esperando a ver qué hacía Maya con él. Elle temblaba con cada roce. Los ojos de Elle se habían rendido voluntariamente a ella. Estaba entregándole todo, y le gustaba.

—No puedo esperar a verte correrte para mí —dijo Maya. No podía esperar, y sus dedos provocaron un momento o dos antes de deslizarse dentro de Elle—. Solo mírate, tan mojada y lista para mí —No se suponía que debía hablar, pero no pudo contenerse. Se sentía demasiado bien estar de vuelta. Se sentía demasiado bien ser la presuntuosa.

Elle asintió, y solo eso hizo que Maya se estremeciera. Llevó a Elle a la cama, y Elle, sabiendo lo que quería, se sentó en el borde, abriendo las piernas. Maya dio una palmadita en su muslo.

—Recuerdas todo, ¿verdad? —susurró, viendo cómo Elle seguía exactamente la forma en que a Maya le gustaba follarla.

Se arrodilló frente a ella, devorando su sexo húmedo y deseoso. Maya había olvidado lo bien que sabía. Quería perderse ahí abajo para siempre. Olvidar todo lo demás. El sabor del placer de Elle en su lengua le daba todo lo que quería. Elle gimió fuertemente. Cada movimiento de su lengua hacía que Elle se empujara más contra su cara tratando de conseguir una mejor presión para sí misma. Maya lamió y succionó, disfrutando de lo que tanto había extrañado durante tanto tiempo. Se detuvo un momento, señalando hacia la cama.

—Quiero que te sientes en mi cara —ronroneó, tumbándose y haciendo un gesto a Elle para que se acercara.

Elle obedientemente subió por la cama, moviéndose para arrodillarse encima de la cara de Maya. Sus miradas se encontraron durante un segundo justo antes de que Maya tirara de Elle hacia su boca expectante. Maya sintió esa clase de hambre que nace de la

saciedad: cuanto más tenía del cuerpo de Elle, más lo ansiaba, en una locura glotona alimentada por sus desacuerdos, la tensión, el anhelo que hervía justo debajo de la piel de ambas. Siguió lamiendo y chupando, disfrutando de los gemidos de Elle. Tiró de Elle hacia abajo para que su sexo estuviera apretado contra su cara tal como le gustaba. Intentaba persuadir a Elle para que se frotara contra su cara y la cabalgara sin reservas como solía hacer, y le llevó un par de minutos de lamidas ansiosas y tirones en los muslos de Elle antes de que esta cediera a sus propios deseos, cerrara los ojos, se agarrara con fuerza al cabecero y comenzara a moverse lenta y profundamente contra la cara de Maya. Maya se relajó hasta que sintió que los muslos de Elle temblaban y sus gemidos se hacían más fuertes. Sabía que estaba cerca. Pero Maya no tenía ningún deseo de dejarla irse tan rápido. Planeaba alargarlo todo lo que pudiera. Quería que Elle se lo suplicara, que rogara y llorara. Maya empujó sus muslos hacia arriba, apartando su boca.

—Vamos, Maya —suspiró Elle con los ojos entrecerrados.

Maya solo sujetó su trasero con más firmeza y la torturó aún más. Elle comenzó a intentar ayudarse moviendo las caderas de nuevo, pero no ayudó mucho. Maya claramente tenía el control de su cuerpo y no iba a soltarlo tan rápido. Quería que Elle suplicara, y nada más le serviría.

—Maya, por favor —gimió Elle, y luego gimió algo completamente ininteligible, ambas cosas que Maya recibió con placer.

Maya la provocó con la lengua, moviéndola hacia adelante y hacia atrás suavemente, sus manos impidiendo que Elle se bajara y se frotara contra la cara de Maya de la manera que ambas sabían que necesitaba desesperadamente.

—Ruégame. Si lo quieres, Elena. Quiero que me mires a los ojos y me supliques exactamente lo que quieres.

Los ojos de Elle se abrieron lentamente, y su mirada se encontró con la de Maya. Hubo unos segundos en los que Maya simplemente la miró desde entre sus piernas antes de que Elle comenzara a hablar, con voz vacilante e impregnada de una dulce desesperación.

—Por favor... Maya. Yo... necesito correrme —los ojos verdes de Elle eran sinceros—. Necesito frotarme contra tu cara hasta correrme. Necesito correrme en tu dulce boca. Por favor.

Maya esperó solo un segundo más antes de asentir. —Vale, cariño —tiró de Elle hacia abajo hasta que su sexo estuvo apretado contra su cara. Maya sabía que esto era lo que más le gustaba a Elle. Lo único que siempre la llevaba al límite. Claramente seguía siendo así.

Elle comenzó a frotarse contra la cara de Maya y esta volvió a sumergirse con entusiasmo con su boca.

Maya apenas podía respirar, pero no le importaba. Todo lo que podía ver, oler, saborear era ella.

Elle.

Agarró sus muslos y se sujetó con fuerza mientras Elle tomaba su placer. Sus movimientos se volvieron más profundos, y sus gemidos más fuertes. Su respiración se aceleró, y se corrió fuerte y sonoramente, derramándose en la boca de Maya.

Maya tragó con avidez, respirando a Elle, tomando todo de ella. El cuerpo de Elle se sentaba muy por encima de ella, sus músculos bronceados brillando de sudor.

Es tan jodidamente hermosa.

Maya la soltó lentamente y observó cómo Elle se desplomaba hacia adelante contra el cabecero antes de caer sobre la cama, respirando pesadamente. Elle se tumbó de espaldas, recuperándose. Maya se acercó, colocando su mano entre sus muslos aún temblorosos, amenazante.

—Estoy muy sensible ahora —suspiró Elle—. ¿Qué estás haciendo?

—Pero no estás sensible por dentro, ¿verdad? —sonrió Maya, con una sola cosa en mente.

Elle alzó las cejas, comprendiendo. Señaló el primer cajón de la mesilla de noche junto a su cama y lentamente se levantó para ponerse a cuatro patas. Los recuerdos inundaron a Maya. La visión le hizo tragar saliva, y antes de ir a buscar lo que necesitaba, se acercó para lamer suavemente el camino por el sexo de Elle y sobre su ano, haciendo que ella arqueara más la espalda, levantando su

trasero de esa manera celestial para exponerse completamente. Maya no deseaba nada más que follársela con todas sus fuerzas.

Le besó la nalga, diciendo —Vuelvo en un segundo—, luego le dio una palmada en el trasero y se dirigió a la mesilla de noche.

Al abrir el cajón, sonrió ampliamente.

—¿Quieres gritar o quieres gritar? —admiró la colección de dildos variados en formas y tamaños, ya decidiendo su mente por uno. Poniéndose el arnés de cuero, se volvió hacia Elle—. ¿Hm?

—Acepto lo que elijas —Elle intentó sonar indiferente, pero su voz estaba fuertemente impregnada por la sensación de su latido cardíaco.

Maya terminó de prepararse, y volvió a acercarse a Elle, arrastrándola hasta el borde de la cama.

—Vamos, levanta más ese culo —dijo, metiendo unos dedos en el sexo de Elle para comprobar lo mojada que seguía—. Oh, no necesitamos lubricante —susurró—. Elle, escupe aquí.

Elle se dio la vuelta, escupiendo obedientemente sobre el dildo, mientras se sonrojaba por su tamaño.

—Vamos, estaba en tu cajón, no actúes sorprendida —se burló Maya. Volvió a meter sus dedos dentro, moviéndolos lentamente en círculos, calentando a Elle.

—Sí, normalmente no... los uso yo misma...

—¿Quieres decir que nadie te folla como yo te follo? —Maya pasó su otra mano por el pelo de Elle—. Pobrecita, pero te gusta tanto —puso la punta fría del dildo contra su entrada, haciendo que Elle jadeara suavemente.

—Solo me gusta cuando lo haces tú —admitió Elle—. No se siente bien con otros.

—Me encanta oír eso —Maya retorció el pelo de Elle en su mano y tiró de su cabeza hacia arriba, doblando su espalda al máximo—. Tómalo bien para mí —dijo antes de embestir bruscamente en ella.

No le llevó mucho tiempo comenzar a golpear a Elle sin piedad con todas sus fuerzas. Su cuerpo rápidamente recordó su camino, y el ritmo sacó lo mejor de Elle. Comenzó a gemir en un minuto, esos gemidos agudos y delicados por los que Maya sentía debilidad.

Podría ser una gran y ruda bombera, pero eso solo hacía más dulce para Maya tomarla así.

—Extrañé tus gemidos —dijo, jadeando.

—Fóllame más fuerte, por favor —logró decir Elle entre una bocanada de aire y otra.

—Sin problema —Maya tomó las caderas de Elle en sus manos y se estrelló contra Elle como si fuera la última vez que fuera a follar.

Los gemidos delicados se transformaron en largos y sonoros gritos. Maya clavó sus dedos en los muslos de Elle mientras embestía sin piedad contra ella, desesperada por hacerla correrse por segunda vez, segura de que estaba golpeando justo en el punto adecuado. La melodía que conseguía arrancar de Elle mientras penetraba profundamente su coño era algo que disfrutaba sin medida. De repente, redujo el ritmo de las embestidas, buscando escuchar los débiles ruegos de Elle pidiendo más.

No la decepcionó. Elle giró la cabeza y gimió dulcemente para que se lo diera más fuerte.

—Por favor... Maya... fóllame... —Maya se deleitó con la visión, sintiendo su propia humedad gotear sobre el dildo y el arnés. Maya la recompensó embistiéndola una y otra vez, recuperando su ritmo nuevamente.

—Quiero que te corras para mí como una buena zorrita, Elena. Te correrás cuando yo lo diga.

Elle gemía incoherentemente. Maya nunca había conocido a nadie que disfrutara tanto de un polvo duro como Elle, y era el más dulce placer dárselo.

Maya deslizó su mano derecha bajo la cadera de Elle. —Voy a tocarte el clítoris mientras te follo y vas a correrte intensamente para mí, ¿vale?

Maya deslizó sus dedos contra el clítoris de Elle mientras seguía follándola cada vez más rápido. —Córrete para mí, Elena. Córrete para mi gran polla.

Elle explotó debajo de ella, estremeciéndose, gritando, temblando. Maya sonrió para sí misma. Todavía lo tenía. Salió lentamente, permitiendo que Elle se desplomara boca abajo sobre la cama.

Maya se quitó el arnés y caminó alrededor de la cama, levantando la cabeza de Elle, mareada de placer, para encontrarse con sus ojos.

—Quiero que sientas algo —tomó la mano de Elle y la llevó hasta su propia vulva, empapada e intacta. Dejó su mano allí, permitiendo que Elle la sintiera por completo.

—Parece que la fiesta aún no ha terminado —dijo Elle, volviendo a la vida, separando ampliamente las piernas de Maya y tomando su lugar entre sus muslos. Maya puso su mano en la cabeza de Elle, guiándola como le gustaba.

Tenía que admitir que la lengua de Elle se sentía mejor que nunca. Rápidamente, su mente se evadió, o más bien se disipó en su cuerpo. No quedaba nada más que el intenso placer de su cuerpo llevándola al límite de la percepción. Agarró el pelo de Elle con más fuerza, esperando que la hiciera terminar.

En cambio, Elle se apartó, torturándola aún más con sus dedos, dejando a Maya en silenciosos espasmos de deseo.

—Quiero que te corras en mi cara —murmuró, tumbándose.

Maya no tuvo más remedio que obedecer o volverse loca con este anhelo corporal. El tacto de Elle era lo único que le importaba en ese momento, así que se arrodilló obedientemente sobre el rostro de Elle, abriendo ampliamente las piernas. Sintió una palmada en el culo y miró a Elle completamente sorprendida.

—Mírate, qué buena chica —dijo Elle antes de volver a sumergirse para terminar lo que había empezado.

Las palabras apretaron el pecho de Maya en una oleada de placer olvidada hace mucho tiempo. Sus mejillas se enrojecieron mientras se entregaba a la sensación de intenso abandono dentro de su cuerpo y sintió su clímax precipitarse sobre ella como un relámpago, electrificando su cuerpo y dejándola jadeando en busca de aire.

Se tumbaron, completamente exhaustas. Su respiración se volvió más profunda y tranquila, y con el tiempo, se quedaron dormidas una al lado de la otra sobre las sábanas aún perfectamente estiradas.

~

Eran las seis menos cuarto de la mañana cuando Maya se despertó. Se alejó de Elle, sobresaltada, con los recuerdos de la noche regresando rápidamente. Elle seguía profundamente dormida, su respiración hacía subir y bajar rítmicamente su pecho desnudo, y Maya no pudo evitar admirar por un momento el cuerpo desnudo de Elle, tan profundamente imperturbable y pacífico.

Pronto, se dio cuenta de que prefería irse sin despertarla. Se vistió a toda prisa y en pocos minutos estaba fuera de la casa, pensando en lo estúpido que había sido dejar su ropa en el hospital. Tenía que atravesar el barrio de céspedes impecables y casas blancas con su uniforme de médico de urgencias.

El sol ya había salido, pero era el inconfundible sol frío de la mañana, y después de un rato caminando, comenzó a temblar. Finalmente, llegó a una estación de autobuses. Tras estudiar el infinitamente complicado mapa de la estación, dirigió sus pasos hacia el autobús que la llevaría a casa.

En el autobús, ya no pudo escapar de la avalancha de pensamientos relacionados con su noche con Elle. La débil barrera que había construido durante el encuentro se derrumbó sin ceremonias, y se dio cuenta del lío en que las había metido a ambas.

No, ambas lo hicimos.

Asintió, tranquilizándose. La culpa era de ambas partes.

Pequeños riachuelos de arrepentimiento comenzaron a formarse en su mente, se reprochó por irse sin una nota o un beso de despedida. Pero, en realidad, no se sentía con ánimos para un beso de despedida. Algo le decía que para Elle, solo había sido otra aventura, solo para demostrarse a sí misma que todavía podía atraer a Maya.

Pero no fue eso, ¿verdad? sonrió.

No, sabía que había algo especial en ello. Podía ver que Elle nunca tendría este tipo de sexo con nadie más. ¿Significaba esto que todavía significaban algo especial la una para la otra? ¿Maya querría que ese fuera el caso?

Oh, déjalo ya, tonta. Solo es sexo.

Sacudió la cabeza, se puso los auriculares y se adormiló escuchando su lista de reproducción favorita de los años 70.

Por supuesto, se pasaría de parada.

9

ELLE

Elle se despertó con la cabeza enmarañada por la avalancha de sueños que la habían atormentado toda la noche después de acostarse con Maya. Cuando se dio cuenta de que estaba sola, hundió la cabeza entre las manos, permaneciendo así durante lo que le pareció horas.

Tenía que recomponerse antes de que empezara su turno, y las dos horas, lo sabía, pasarían cruelmente rápido.

—¿Qué coño he hecho? —murmuró para sí misma mientras se vestía.

Estaba segura de que ahora Maya la vería como la chica de usar y tirar que ya pensaba que era. La manera en que simplemente se había marchado mientras Elle aún dormía le quemaba el pecho, haciéndola sentir como un viejo sofá en el que la gente no duda en apagar sus cigarrillos. Quería simultáneamente disculparse y pedir disculpas. Quería sentir los labios de Maya sobre los suyos de nuevo y, sin embargo, nunca volver a verla, todo a la vez.

Conduciendo hacia el trabajo, decidió contactarla. No tenía ni idea de los turnos de Maya y esperaba en silencio que la razón de su partida a escondidas fuera el trabajo y no sentimientos desfavorables hacia Elle.

Después de un rato, también comenzó a reprocharse por haberse vuelto tan vulnerable con Maya, particularmente en lo sexual. Era como abrir una parte de sí misma que había mantenido oculta, guardada a buen recaudo, en su primera noche juntas. Empezó a temer que Maya no le diera importancia, que lo descartara como algo simple, como una preferencia. Pero claramente no era solo una preferencia. Era algo que mostraba la completa apertura de Elle con ella. Elle no tenía sexo así con otras mujeres, eso era seguro.



Llegó a casa, agotada por su turno. El equipo de Elle había sido llamado para ayudar a otra estación con un incendio en un granero y, aunque el edificio estaba vacío de habitantes, fue un infierno apagarlo. Los incendios rurales eran un trabajo duro. Todo era cargar y transportar bombas y mangueras pesadas porque nunca parecía haber una fuente de agua súper conveniente una vez que te alejabas de la ciudad.

Dejó caer su bolsa justo al lado de la puerta principal y marcó el número de Maya, mordiéndose las uñas mientras esperaba en la línea.

—¿Sí?

La respiración de Elle se volvió más superficial al oír la voz de Maya. Sonaba cansada, seca. Elle comenzó a caminar por la habitación, escogiendo las mejores palabras que pudo encontrar.

—Hola, quería hablar. Si estás libre, por supuesto.

Oyó a Maya suspirar y pensó que el sonido revelaba algo cercano a la amargura, pero lo atribuyó al agotamiento relacionado con el trabajo.

—Podrías pasarte mañana alrededor del mediodía, si es tu día libre. Voy a tomarme el día —sugirió finalmente Maya.

—Es mi día libre, acabo de terminar mi turno —sonrió Elle.

—Genial. Nos vemos entonces —Maya colgó rápidamente.

Elle se quedó de pie en medio de su sala de estar, sintiéndose bastante molesta por el tono de Maya. No sabía cuánta más fuerza

requeriría toda esta situación, pero se sentía decidida a arreglarlo.

La noche se acercaba rápidamente, y con ella la salida grupal al bar a la que Elle había prometido a su equipo asistir. Se duchó, se puso un conjunto despreocupado todo negro —vaqueros negros y una simple camiseta negra— y se recogió el pelo en una pulcra coleta alta. Se sentía tan lista para salir como podía, teniendo en cuenta que no estaba de humor para fiestas.

Esperándola estaban casi todos sus amigos menos Kaia Montgomery, quien tenía turno esa misma noche.

—Es el turno de Rory de pagar las bebidas —Haley recibió a Elle con un rápido abrazo y lanzó una mirada a Rory.

—Bueno, lo que tú digas, cariño —respondió Rory, levantándose.

Después de recibir sus bebidas, todos se relajaron un poco, sacando las cabezas de sus problemas y dilemas individuales. Al final del día, el grupo era el respiro y la familia de Elle, y no pudo evitar sonreír durante toda la noche.

Sin embargo, la siguiente ronda de bebidas corría de su cuenta, y eso bajó ligeramente su ánimo.

Envalentonados por el alcohol, entraron en la fase de confesiones, cada uno trayendo a la mesa algo que pesaba en sus corazones.

—Lo he jodido a lo grande, chicas —Elle presionó su frente contra la mesa en señal de resignación.

—¿Qué ha pasado? —Kiera le dio palmaditas en la espalda con un gesto algo ebrio—. Seguro que no es tan malo.

—Me acosté con mi ex —Elle miró alrededor a las caras de sus amigas—, y ahora está enfadada conmigo, creo.

Se rieron, queriendo animarla.

—No puede ser tan malo si se acostó contigo —añadió Haley—. ¿Quieres volver con ella?

Elle se dio cuenta de qué error había sido intentar compartir la situación de manera tan espontánea. Sus complejidades se anudaron alrededor de su garganta, y deseó no haber hablado nunca de ello.

—Es complicado. Hice algo malo cuando estábamos juntas antes, pero no importa. La veré mañana. Deseadme suerte —y con eso, dio

un enorme trago a su whisky.

—Brindemos por eso —el grupo chocó sus vasos.



Elle estaba frente a la puerta de Maya al día siguiente, deseando no haber bebido tanto whisky la noche anterior. Elle no tenía ni idea de adónde les llevaría la conversación, pero estaba dispuesta a simplemente zambullirse en ella y verlo por sí misma. En parte, se sentía como una niña pequeña esperando a ser admitida en el despacho del director. Otra parte de ella quería mostrarse fría, indiferente y segura. Pero sabía que no servía de nada intentar fingir delante de Maya. Finalmente, llamó al timbre.

La escalera le resultaba algo familiar, y se preguntó por qué sería. Este lugar seguramente nunca había pertenecido a Maya ni a su familia. En el tercer piso, llamó valientemente a la puerta.

—No tienes que llamar —Maya abrió la puerta rápidamente—. Hay un timbre aquí también.

—No seas tan brusca —Elle negó con la cabeza, entrando en el piso.

—Lo siento.

—¿De quién es este piso? De alguna manera lo recuerdo, pero no sé de dónde —Elle miró a su alrededor, agradecida por esta oportunidad para charlar—. Está vacío como el demonio. ¿Dónde están todas tus cosas?

—Creo que has estado aquí antes porque este solía ser el piso de Magdalena. Sus padres lo usan ahora como Airbnb. Me mudaré pronto a mi propio apartamento, así que esto es solo temporal.

—Oh, genial —Elle se sentó en el sofá.

—¿Te apetece un café? —ofreció Maya fríamente.

—Claro —Elle puso las manos sobre sus rodillas, algo que siempre hacía cuando estaba incómoda.

Maya desapareció en la cocina sin decir una palabra más. Elle se sintió un poco tonta, enfrentándose a semejante muro de hielo

después de la intensa noche. Se levantó y la siguió, apoyándose contra la encimera de la cocina.

Maya se veía tan hermosa, con su cabello dorado suelto sobre los hombros, pero estaba enfadada, eso estaba claro.

—¿Por qué tan distante? —preguntó simplemente.

Maya se dio la vuelta para mirarla, apoyándose contra la encimera opuesta.

—No sé qué es lo que quieres tener conmigo —evitó los ojos de Elle—. Pero no me gusta.

—¿Qué es lo que no te gusta? —Elle alzó las cejas sorprendida—. Solo quiero estar contigo, Maya. ¿No viste lo vulnerable que me volví ahí dentro contigo? No tengo sexo así con nadie más. ¡Todo lo que estoy haciendo es intentar volver contigo! Sí, tenías razón allí cuando estábamos contra la ambulancia. Simplemente no tuve el valor de decir...

—No me vengas con chorradas —espetó Maya.

—¿Qué? —Elle se sintió extremadamente confundida además de herida.

—No me vengas con chorradas. Encontré tu pequeño perfil de citas en Her App —hizo una pausa por un momento, reuniendo palabras—. Si todo lo que quieres conmigo es algo de diversión casual mientras estás ahí fuera buscando a alguien con quien realmente salir...

—Para ya —Elle se enfureció al escuchar la interpretación de Maya sobre sus acciones. *Menuda montaña de gilipolleces distorsionadas e inexactas.* Intentó controlar sus emociones pero no lo consiguió—. ¿No ves cuánto me importas? Eso no fue nada, solo una tontería experimental que no significa nada para mí. Me olvidé de ese maldito perfil. ¡Te quiero a ti! —Se inclinó más cerca, mirando a los ojos vacilantes de Maya—. De verdad. No me siento bien con nadie más.

—No te creo.

—¿Qué? —Estando tan cerca de la cara de Maya, con sus ojos marrón oscuro destellando peligrosamente, Elle apenas podía separar el significado de sus palabras del calor de su aliento que podía sentir en su piel, del movimiento de sus labios rojo oscuro—.

Llevas pintalabios —Elle sonrió, acariciando descaradamente el labio inferior de Maya con su pulgar.

Maya se quedó congelada, sorprendida por este giro de los acontecimientos—. Así es —dijo, apenas moviendo los labios para no perturbar el dedo de Elle.

Elle puso su mano en la espalda de Maya para acercarla más—. ¿Era para mí?

—Sí —Maya asintió, sacando vacilante su lengua y lamiendo a lo largo del pulgar de Elle, tomándolo en su boca.

Elle se estremeció al sentir la lengua de Maya.

—Oh, cariño, estás tan hermosa —Elle la levantó para sentarla en la encimera, poniendo sus caderas contra las de Maya.

Elle deslizó su mano por el muslo de Maya, bajo la tela de su falda. Sus dedos acariciaron la ropa interior de encaje que encontró entre sus muslos, susurrando—: Se siente tan bien contra mis dedos.

Maya se estremeció, acercando a Elle para renovar su beso. Su conexión era tan fuerte e instintiva. Elle siguió la iniciativa de Maya, aún jugando con la ropa interior de Maya, enredándola en sus dedos, provocando la vulva de Maya debajo.

—¿Debería tomarte así, en la encimera? —bromeó.

Maya eludió la pregunta, besándola más intensamente.

—Oh, quieres que te tome en la encimera —Elle sonrió con satisfacción, empujando dos dedos a través de la tela ahora húmeda hacia el coño mojado de Maya, escuchándola suspirar de esa manera silenciosa e involuntaria. Se deleitó sintiendo a Maya cada vez más húmeda alrededor de sus dedos en anticipación—. Vamos a quitártela —Elle retiró sus dedos y ayudó a Maya a quitarse la ropa interior de encaje.

Una vez que la ropa interior desapareció, Elle separó los muslos de Maya y bajó la cabeza, lamiendo el coño de Maya. Sintió el cosquilleo del vello púbico pulcro y perfecto de Maya. Saboreó la excitación de Maya y disfrutó de los gemidos de Maya a medida que aumentaban.

Succionó el clítoris de Maya. Maya jadeó y agarró un puñado de su pelo.

—Dios mío —dijo Maya, y Elle intensificó su asalto al coño de Maya con su boca.

Movió su mano derecha para ayudarse en su búsqueda y empujó dos fuertes dedos de nuevo dentro de Maya, curvándolos hacia arriba para encontrar el punto G de Maya.

—Oh, joder, Elena. Por favor... —Maya se estaba deshaciendo para ella, y Elle no podía pensar en nada que disfrutara más. Su nombre en los labios de Maya mientras la follaba era un placer absoluto.

Elle se puso a trabajar con sus dedos, follándola con ellos fuerte y rápido mientras su boca lamía y chupaba el clítoris de Maya.

No pasó mucho tiempo antes de que los gemidos de Maya se convirtieran en gritos y Elle la sintió apretarse alrededor de sus dedos y eyacular al correrse.

Elle sonrió para sí misma mientras retiraba lentamente sus dedos y emergía de debajo de la falda de Maya. Su propio deseo palpitaba insistentemente entre sus piernas.

Se encontró con los ojos marrón oscuro de Maya que ahora estaban vidriosos de lujuria. Maya estaba claramente en una bruma post-orgásmica. Elle necesitaba tomar su propio placer con desesperación. Podía sentir su propia humedad entre las piernas.

—¿Puedo, cariño? —gruñó Elle.

Maya sabía lo que estaba pidiendo y asintió, ofreciéndole sus brazos—. ¿Me ayudas a bajar? —preguntó Maya, apenas capaz de hablar.

Elle la ayudó a bajar al suelo de la cocina hasta que Maya estuvo arrodillada, mirándola adorablemente desde las frías baldosas.

Elle rápidamente se bajó los pantalones y la ropa interior hasta el suelo y se sentó a horcajadas sobre la cara de Maya en posición de pie.

—Déjame usar tu cara, nena. Déjame correrme en tu boca —murmuró Elle mientras Maya comenzaba a lamer.

Elle agarró la melena dorada de Maya por detrás y la enredó entre sus dedos. Atrajo el hermoso rostro de Maya contra su coño y empujó sus caderas para frotarse contra la cara de Maya.

Así era como más le gustaba. Frotándose contra ella, tomando su placer en la cara de Maya. Maya permanecía meramente pasiva debajo de ella. Realmente no importaba si estaba lamiendo o no. Mirar hacia abajo y ver el hermoso rostro de Maya entre sus piernas y sentir esa presión contra su clítoris era suficiente.

Segundos después, Elle explotó, corriéndose fuerte y ruidosamente en la cara de Maya, derramándose en su boca. Maya tragó desesperadamente, decidida a recibir el orgasmo de Elle en su boca.

—Joder, nena, eso fue increíble —dijo Elle mientras aflojaba lentamente su agarre en la cabeza de Maya y bajaba la mirada para ver a Maya lamiéndose los labios, con la humedad del clímax de Elle aún evidente por toda su cara.

Joder, está tan sexy.

Elle se sentó en el suelo junto a ella y atrajo a Maya entre sus brazos. Elle le susurró al oído: —No me vuelvas a dejar sola así. Fue muy desconsiderado.

—Vale. —Maya se volvió hacia ella—. Pero creo que deberías irte. Tengo una reunión pronto. Se me olvidó decírtelo.

—¿Se te *olvidó decírmelo*? Maya, no me hagas esto. ¿Qué es esto? —Elle se levantó—. Ni siquiera hemos hablado de nada.

—¿Desde cuándo eres tú la que quiere hablar las cosas? —Maya se incorporó, alzando una ceja con suspicacia.

—Desde que empecé a escribir un diario —dijo Elle en un tono monótono que hizo reír a Maya.

—¿Escribes un diario?

—No me hagas sentir tonta por eso —protestó Elle, recogiendo su camisa—. Siempre fuiste tú quien me decía que trabajara en mis emociones, así que ahora lo estoy haciendo.

—Bueno, perdón por reírme —dijo Maya en un tono más serio—. Está bien, tienes razón. Pero lo de la reunión es verdad. Es con Arthur, mi agente inmobiliario.

—Sí, bueno, ¿qué puedo decir ante *Arthur el agente inmobiliario*? —se burló Elle, esta vez haciendo reír a Maya intencionadamente.

En la puerta, le dio a Elle un beso rápido, y Elle pudo saborear su propio clímax en los labios de Maya. —No me hagas preocuparme

tanto por ti —dijo, cerrando la puerta.

¿Qué coño?, pensó Elle durante los tres pisos que bajó por las escaleras, y luego durante todo el camino a casa. Se sentía alegre, pero también extremadamente confundida. Le gustaba que Maya volviera a abrirse a ella y que su química sexual siguiera muy intacta, pero su último comentario había pillado a Elle completamente desprevenida. Esperaba poder hablar con la Capitana Ramírez en su próximo turno y conversar con alguien con más experiencia en la vida, porque todo este asunto de Maya estaba resultando demasiado difícil de manejar.

Mientras conducía, sintió que su teléfono vibraba: un mensaje de texto. No podía comprobarlo mientras conducía; había visto y había sido llamada a demasiados accidentes de coche causados por textear al volante. Así que durante el resto del trayecto se sentó como sobre agujas, rezando para que fuera un mensaje de Maya. Su mente llegó tan lejos como para adivinar el contenido del hipotético mensaje, su tono, si significaría otro encuentro, etc.

Finalmente, al llegar a su destino y aparcar el coche, sacó el teléfono del bolsillo y desbloqueó la pantalla nerviosamente. Durante unos segundos simplemente se quedó allí mirándolo sin esperanza, dándose cuenta de lo estúpido que había sido emocionarse tanto. El mensaje de texto era de Louisa, de cuya existencia Elle se había olvidado casi por completo.

Elle bloqueó el número de teléfono, sintiéndose completamente malvada, luego salió del coche y entró en su apartamento, arrastrando los pies como si estuvieran hechos de plomo, deseando encontrar al menos una botella de whisky escondida en algún rincón apartado de su nevera.

Evidentemente, el día ya no tenía ni una pizca de suerte reservada para ella. No encontró rastro de whisky ni de ningún otro alcohol en su apartamento, así que se sentó sobria en el sofá. Cogió su diario, lista para describir diligentemente su estado emocional. Escribir un diario estaba empezando a ser su pasatiempo favorito.

10

MAYA

Las cajas de cartón aún sin desembalar abrumaban a Maya cada vez que entraba en su recién habitado apartamento. Normalmente, llegaba agotada del trabajo con solo una buena cena en mente y el descanso. Un sueño profundo y reparador.

La noche siguiente a su día libre, finalmente decidió comenzar a desembalar las pesadillas de cartón que poblaban su salón. En cuanto empezó, la actividad la absorbió por completo. Sentada en el suelo y agrupando sus diversas pertenencias, encontró ropa completamente olvidada, cuadros que solían decorar las paredes de su dormitorio y libros. Le gustaba verlos encajar en grupos perfectamente asignados. Le proporcionaba una sensación de seguridad.

Todavía no tenía muebles aparte de la cama y su cocina. Todo lo que poseía estaba esparcido por el suelo demasiado limpio. Hacer todo esto sin ayuda resultaba agotador. Mudarse a una casa nueva le parecía una actividad que uno haría estando enamorado, bromeando y discutiendo sobre cosas minúsculas como el color de la alfombra o la altura de la encimera de la cocina.

Tras haber ordenado casi todas las cajas, Maya se dio cuenta de que llevaba casi cuatro horas desembalando, y la noche ya había

extendido sus alas sobre la ciudad. Bostezó. Pensar en prepararse para su turno temprano de mañana con solo cinco horas de sueño le daban ganas de tumbarse y no despertar jamás de ese estado placentero y lleno de sueños.

Se levantó. Sus huesos le dolían por las consecuencias de permanecer sentada en un mismo lugar durante demasiado tiempo. Su espalda ansiaba estirarse, pero su mente solo estaba centrada en ducharse y hacer que su cabeza se encontrara con la almohada.

De pie frente al espejo cepillándose los dientes, de repente sintió una fuerte sacudida. Todas sus tazas y botellas de jabón cayeron en un caos estruendoso sobre las baldosas del suelo. Instintivamente se aferró al lavabo, confundida, agarrando sus bordes con el cepillo de dientes aún colgando de su boca.

Apenas consiguió dejarlo en el lavabo y enjuagarse la boca cuando una ola de temblores sacudió su casa, haciéndola caer de rodillas. El cristal de la mampara de la ducha se agitó peligrosamente, a punto de romperse, pero sin llegar a hacerlo. El cepillo de dientes y todos los demás cosméticos que hasta ese momento habían permanecido en su sitio, finalmente cayeron al suelo. Pensó en todos los vídeos de precaución que sus profesores habían mostrado a su clase, personas escondiéndose bajo sus mesas y esperando a que el terremoto terminara. No había ni una sola mesa bajo la que esconderse, y el temblor seguía sacudiendo violentamente su apartamento. Pensó que debía haber pasado al menos un minuto, lo que significaba que el terremoto habría causado estragos en la ciudad.

Simplemente significaba desastre.



Una vez que cesaron los temblores, Maya se puso de pie débilmente, agarrándose al lavabo. El espejo de la pared permaneció intacto, al igual que el cristal de la ducha, y comenzó a profundizar sus respiraciones. El edificio había sido construido recientemente y, aparentemente, podía resistir bastante. Maya cogió su teléfono y

salió para ver si todos en los apartamentos adyacentes habían tenido tanta suerte como ella. Llamando puerta por puerta, se encontró con rostros en shock y ruidosos de gratitud, la gente abrazaba a sus hijos contra su pecho y rezaba a cualquier dios que hubiera intervenido en su seguridad.

De vuelta en el desordenado apartamento, el teléfono de Maya explotó con mensajes de amigos y familiares preocupados, pero antes de que tuviera tiempo de responder a alguien, recibió una llamada de su hospital.

—Dra. Monroe, ¿está usted a salvo y bien?

—Sí —respondió Maya, su mente asimilando lentamente la gravedad de la situación.

—Necesitamos a todos nuestros equipos de urgencias preparados ante esta emergencia repentina. Un gran número de ciudadanos han quedado atrapados bajo edificios colapsados y otras estructuras, prevemos muchas operaciones de rescate en los próximos días.

—Estaré allí en menos de una hora —Maya miró el reloj. Eran las 4:34 de la madrugada. Se sacudió la autocompasión. Había personas cuya vida podría depender de su profesionalismo y preparación.



Conduciendo por la ciudad, Maya sintió como si hubiera entrado en un mundo diferente. Incluso a la cruda hora del amanecer, el caos ya se estaba desplegando por todas partes. Extravagantes casas unifamiliares a lo largo del camino simplemente se habían derrumbado, aparentemente desmoronándose sobre sus cimientos. Los paneles de madera se habían roto en pedazos como manos alargadas sin vida que enviaron escalofríos por la columna vertebral de Maya. La idea de familias potencialmente atrapadas dentro de sus paredes hundidas la hizo acelerar hacia el hospital. Sus manos en el volante se sentían tan firmes como durante una cirugía, cuando la concentración fría se apoderaba de cualquiera de sus emociones y guiaba su cuerpo, arraigado por años de movimientos entrenados. Experimentó un tipo de enfoque agudo como un láser, y las palabras

calma en el ojo de la tormenta rebotaban en su mente. Las emociones vendrían antes y después, pero durante los momentos cruciales, tenía que ser una máquina. Tenía que dejar que sus manos la llevaran a creer que podía salvar vidas y permanecer imparcial al mismo tiempo.

Conduciendo por los barrios llenos hasta el borde de complejos residenciales, observó cómo la tragedia humana se desarrollaba desde la seguridad de su asiento de conductora. Personas afectadas por un miedo feo y animalesco, o un dolor que retorcía horriblemente sus rostros. Tenía que controlarse: los pensamientos de las cuatro de la madrugada tienen la cualidad invasiva y rastrera que se extiende por la mente como el limo, y aunque el cuerpo de Maya permanecía alerta, sus pensamientos nadaban por estanques de imaginaciones turbias. El dolor y el sufrimiento podían hacer que incluso los rostros más inocentes se parecieran a algo aterrador, pero como médica, no se suponía que debía pensar en eso.

Los coches de policía y los camiones de bomberos parecían tan estrechamente entrelazados entre sí que se asemejaban a hilos de perlas que atravesaban las carreteras agrietadas. Los hombres y mujeres con uniformes tenían tanto trabajo en sus manos que parecían perdidos. Para Maya, parecían estar tan agobiados por el alcance de sus responsabilidades que sus pasos se volvían más pesados de lo habitual, sus hombros unos centímetros más encorvados. Algo siniestro yacía en la imagen de coches asociados con emergencias poblando cada rincón de la ciudad.

El cielo, extendiendo sus últimos minutos de amanecer, desplegó nubes pesadas, apropiadamente ominosas, profetizando lluvia. La garganta de Maya se sentía seca y áspera, su cabeza pulsando con el fuego de una noche sin dormir y el sabor de la catástrofe.



Maya nunca antes había visto el hospital tan abarrotado, aparentemente al borde de estallar. Imaginó las paredes pulsando y

doblándose, casi como un tejido vivo, tratando de acomodar la cantidad de víctimas del terremoto.

El bullicioso ruido la inquietaba, su intensidad mostrando una forma de unión. Aunque la sala de urgencias solía estar llena de lloros, dolor y ansiedad, ahora parecía una experiencia completamente nueva. Estas personas sufrían por la misma razón, su dolor como hilos invisibles que los unían a todos. Maya dejó su bolso a un lado y se cambió al uniforme del hospital.

Ocupada discutiendo la forma en que despacharían las ambulancias, Maya vislumbró a una policía que era trasladada.

—Golpeada por escombros —le aclaró su colega al pasar.

Un sentimiento que no había experimentado hasta este momento formó un nudo espeso y apretado en la boca del estómago, una emoción que identificó a regañadientes como miedo intenso. Sabía que su familia estaba a salvo. Su edificio había resistido situaciones mucho peores, su robusta arquitectura manteniéndolos seguros. Y había recibido todos sus mensajes de preocupación por ella. No podía saber si Elle estaba a salvo, ya que probablemente estaría de servicio lanzándose a la carnicería, y eso era lo que la asustaba. La conciencia de que Elle existía en la misma ciudad donde había ocurrido el mismo terremoto masivo que había causado tanta muerte hacía que Maya se sintiera enferma. La completa impotencia de no saber si Elle estaba a salvo en este preciso momento la inundó como una ola helada de ansiedad.

La amo.

El equipo finalmente subió a la ambulancia, dirigiéndose hacia la zona más afectada donde había sido enviada la mayoría del personal de su hospital. Trabajarían estrechamente con los bomberos para rescatar a las personas de los edificios derrumbados, la mayoría de sus propios hogares.

—Qué terrible destino —dijo Maya en voz alta, dirigiéndose más al espacio frente a ella que a cualquier miembro del equipo en particular—, estar sepultado dentro de tu propio hogar...

Asintieron con gravedad, y el conductor aceleró, sintiendo el mismo peso de la tragedia sobre su espalda.

11

ELLE

La segunda hora de la evaluación del área estaba llegando a su fin, y todavía no podían ponerse de acuerdo sobre cómo rescatar a las víctimas o realizar la búsqueda de la manera más efectiva. Elle, completamente fuera de su elemento, no podía ofrecer nada más que seguir el plan de operación una vez que se estableciera. Ramirez, Hunter y Thompson habían estado discutiendo el asunto con varios técnicos y trabajadores de emergencia, aparentemente sin mucho progreso.

La situación parecía sombría, y todos los bomberos parecían ver el reflejo de sus pensamientos en los rostros de los demás, desgastados y atormentados por la falta de sueño y la abundancia de destrucción presenciada.

A Elle le parecía casi inapropiado cómo el día simplemente continuaba su curso como si nada hubiera ocurrido. Las nubes rodaban sobre sus cabezas, pero el sol también se había despertado, dándoles un color brillante y angelical. Las aves habían comenzado su caza, volando en amplios y pacíficos círculos. Todo en la naturaleza le parecía a Elle tan imperturbable, como si el propio desastre no hubiera venido estrictamente de la naturaleza. Había personas apenas aferradas a sus vidas bajo los escombros de los

edificios, y los capitanes no podían ponerse de acuerdo sobre una forma segura de rescatarlos. Los ojos de Elle se sentían hinchados y doloridos, pinchados por la luz del día. No muchos bomberos hablaban. El ambiente general de duelo se apoderaba de sus conversaciones.

—Ya sabemos qué vamos a hacer —Thompson se dio la vuelta para informar al equipo—. Veinte minutos y estaremos listos para la extracción.

Los perros de búsqueda comenzaron a ladrar, contribuyendo a la atmósfera sombría. Kaia Montgomery dio un paso adelante.

—¿Es un... rescate o... recuperación? —le preguntó a Hallie Hunter en voz baja y Elle alcanzó a escuchar.

—Rescate, por lo que sabemos. Hay un vacío significativo dentro del edificio derrumbado que creemos contiene personas vivas —explicó Hunter, y hubo un momento íntimo entre las dos.

Así que entrarían. Sería de alto riesgo, Elle lo entendía. Las ambulancias llegaron una por una, preparándose para apoyar a los bomberos y recibir a las víctimas. Los equipos médicos emergieron al estacionamiento. Elle recorrió con la mirada entre la multitud, escaneando cada rostro y conteniendo inconscientemente la respiración. Necesitaba saber si Maya estaba bien. Sus uñas se clavaron en la piel de sus palmas, más profundo, más profundo, más profundo...

Ahí estaba. La cabeza dorada de Maya se asomó por un segundo por encima del brazo de su colega. ¿Era ella con certeza? Elle siguió mirando, conteniendo el pánico creciente en su pecho. Pero sí, Maya emergió de entre la multitud, ahora de pie al frente, con su uniforme verde de médico de campo esperando instrucciones. Sus ojos marrón oscuro estaban serios. Por un momento, Elle existió solo mirando la silueta de Maya contra el telón de fondo de todos los demás médicos, y eso era su latido, su respiración, su pensamiento.

Sin embargo, pronto Maya la notó. Sus miradas se encontraron, y aunque estaban lejos una de la otra, podían verse claramente: ambas permanecieron inmóviles, abrumadas por el alivio y alguna débil sensación de comprensión. Principalmente alivio. Shock e incredulidad. La respiración de Elle se negaba a mantenerse

tranquila. Sus brazos comenzaron a temblar, su pecho de alguna manera se tensó más. Antes de darse cuenta, su visión se nubló por las lágrimas que caían por sus mejillas.

Maya se movió del lugar donde había estado parada. Corrió, y Elle no tenía idea de qué hacer, así que simplemente se quedó en el mismo lugar, observando cómo Maya se separaba de su grupo y corría hacia ella.

Su abrazo fue tan rápido como un relámpago e igualmente vigorizante. Elle no sabía cómo, pero de repente estaba sosteniendo el cuerpo cálido y vivo —¡*vivo*!— de Maya en sus brazos, apretándolos a su alrededor. Maya colocó una mano contra la parte posterior de su cabeza y la acercó.

—Superaremos esto —la voz de Maya llegó a sus oídos en un susurro, y luego Maya se fue de nuevo, de vuelta con su equipo.

Trabajarían hasta que el agotamiento las golpeara. Trabajarían una al lado de la otra, el susurrado *superaremos esto* como una promesa silenciosa uniendo sus esfuerzos, borrando cualquier cicatriz que existiera entre ellas durante esta crisis, uniéndolas como dos ciudades brillantes contra un río negro de peligro.

Era hora de que Elle entrara en los escombros acompañada por otros trabajadores de emergencia y los perros de búsqueda entrenados para encontrar personas enterradas. Los ingenieros y comandantes se situarían en la base de rescate establecida justo a la vuelta de la esquina, monitoreando el rescate y guiando al equipo. Elle se concentró en su respiración, que se volvía demasiado superficial con facilidad, traicionando sus sentimientos. Este era el mayor desastre que jamás había presenciado, y entrar en un edificio derrumbado no era algo a lo que estuviera acostumbrada, aunque parte de ser bombera era esperar lo inesperado.

Elle era una de las mejores en su trabajo, y no podía permitir que las preocupaciones personales sobre Maya nublaran su juicio profesional.

Comenzaron a levantar los escombros de una capa del edificio, enviando cámaras y cavando más profundo en la ruina, con los perros olfateando y caminando cuidadosamente alrededor. La sensación familiar de profunda concentración invadió la mente de

Elle, y solo los sonidos de sus diversos dispositivos y el fuerte latido de su propio corazón permanecieron, nadando en la ahora tranquila corriente de sus pensamientos.

—¡Hemos encontrado a alguien!

El grito atravesó su cerebro. Rápidamente enviaron la cámara hacia abajo, persiguiendo la voz del superviviente. Todo se convirtió en tiempo entonces. El tiempo era su suministro más preciado frente a lesiones desconocidas, sed y un número desconocido de víctimas aún no encontradas. Elle participó en la remoción del bloque de cemento que les impedía llegar a la víctima. Se sentía calcáreo cuando perforaron las herramientas en él, y tuvieron que tener cuidado de no romperlo y hacer que cayera sobre él. Su voz amortiguada se hizo más clara, y pronto lo vieron.

Algo en Elle tembló cuando vio al hombre, cubierto de polvo y todavía en peligro, con los ojos cerrados por la repentina inundación de luz.

—¿Está herido? —preguntó el capitán, pronunciando cada palabra con cuidado.

—Mi pierna está atrapada —respondió él.

El sol brillaba despiadadamente sobre el grupo de rescatadores que retiraban escombros de la pierna del desafortunado hombre. El aire se volvió denso por la concentración mientras luchaban, decididos a salvar una vida. Consiguieron deshacerse de las piedras. Elle sintió ríos de sudor deslizarse por su espalda debido al duro trabajo, con la camiseta interior pegada a su piel húmeda. De niña, solía pensar que en momentos de intensa determinación dejaría de sentir los detalles minúsculos de su cuerpo: ni picores, ni comezones, ni otras molestias. Con el tiempo, descubrió que incluso durante la acción más intensa seguía sintiendo todo, solo que no importaba. Se fundía en la ola general de sensaciones que tenía que ignorar activamente.

Lo tenían. Finalmente, consiguieron sujetar a la víctima y llevarlo hacia el equipo médico. Elle fue una de las dos personas que lo entregaron al equipo de Maya, donde rápidamente lo hidrataron, atendieron y pronto lo enviaron al hospital. Maya le dio a Elle un sutil asentimiento, que Elle interpretó como un *buen trabajo*, lo que

hizo que sus labios se curvaran en una sonrisa imperceptible. Era bueno tener a Maya cerca, la constante confirmación de que nada malo le había sucedido.

Había muchas más personas sepultadas en el lugar, y los bomberos se turnaban para entrar, escuchando los consejos de ingenieros y arquitectos, llevando los perros, permitiendo que las cámaras entraran en todas las partes inaccesibles de la estructura derrumbada. Algunas personas fueron encontradas muertas y se dejaron para ser recogidas después de que sacaran a todos aquellos que pudieran salvarse.

Se estaba haciendo evidente que la operación del complejo de apartamentos llevaría mucho más tiempo del previsto inicialmente debido a algún error respecto al número de víctimas en el interior. Le pidieron a Elle que se quedara haciendo horas extras, y su equipo trabajó sin descanso para sacar a cada persona con vida. Cuando llegaron a la estructura del cuarto piso, los oídos más sensibles captaron una serie de voces procedentes de algún lugar cerca de los pies de Elle. Rápidamente dejaron que las cámaras siguieran el sonido, y descubrieron a una familia de tres personas.

De nuevo, los rescatadores aceleraron el ritmo y emplearon todos los dispositivos disponibles para ayudar a sacar a la familia. Pronto, sus voces dejaron de sonar amortiguadas y ahora podían escucharse claramente debido a un pasaje desbloqueado entre ellos.

—Daos prisa, por favor. ¡Nuestra hija tiene mucha fiebre!

—Priorizaremos llegar hasta vuestra hija, entonces. Vosotros dos saldréis justo después de ella —gritó la capitana Hunter a través de la abertura.

Cavaron y maniobraron, finalmente sacando a la niña. Entraba y salía de la consciencia y fue rápidamente llevada al hospital. Cuando el equipo logró sacar a la pareja, la luna ya brillaba intensamente sobre sus cabezas, acompañando a los padres al hospital, siendo conducidos para reunirse con su hija y sanar.

Elle nunca había estado tan agotada, con las rodillas cediendo y los pies pulsando de dolor. La capitana Hallie Hunter se acercó a ella, dándole una palmada en el hombro. —Rodríguez. —Miró a Elle sin esforzarse en ocultar su propio agotamiento en un gesto de

camaradería—. Tómate un descanso. Ve a casa y preséntate en el lugar mañana, ¿hmm? —Asintió, dejando a Elle sola.

El equipo de Maya también se preparaba para ser relevado. Estaban recogiendo su equipo y preparándose para volver al hospital, reemplazados por otra ambulancia. Maya hizo un gesto a Elle para que se acercara, parada a un lado del vehículo. Elle se aproximó, con pasos pesados que arrastraban por la tierra. Cara a cara, ninguna de las dos sabía qué decir después de lo que acababan de ver y vivir. Los labios de Maya temblaron de esa manera dolorosamente familiar que presagiaba lágrimas. Elle no pudo hacer otra cosa que extender los brazos en señal de invitación, un silencioso gesto a su camino compartido como reconstructoras de la ciudad y una esperanza silenciosa de que el objetivo común forjara un nuevo vínculo entre ellas, más fuerte que antes. Mantuvo los brazos abiertos todo el tiempo que tardó Maya en aceptar, porque sabía que Maya lo haría. Estaba escrito en su rostro, en su lenguaje corporal y en sus ojos. Por un momento permanecieron separadas, luego Maya se dejó caer en los brazos de Elle. Elle sintió una vez más como si estuviera sosteniendo algo precioso, una pieza brillante del mundo, y lo que es más, podía ofrecerle consuelo. Su camiseta interior estaba empapada de algo diferente del sudor: Maya comenzó a temblar silenciosamente, estremecimientos delicados no muy distintos al susurro de las hojas, y sus cálidas lágrimas empaparon la ropa de Elle.

—Estaremos bien —susurró Elle—. De verdad que sí.

Aunque sabía que Maya no lloraba solo por eso. Hay solo cierta cantidad de destrucción que uno puede presenciar sin sentir que una parte de uno se rompe. Hay solo cierto trabajo de rescate que uno puede hacer antes de sentirse derrotado. Pero sentirse derrotado no ayudaría a nadie, y todavía había personas por salvar. Elle apartó suavemente a Maya de sí, sujetando firmemente sus hombros.

—Les ayudaremos, tanto como podamos. Descansa ahora. Ve a casa, ¿de acuerdo?

Luego se abrazaron una vez más, y Maya se fue, subiendo a la ambulancia con su equipo y alejándose. Los ojos de Elle se llenaron de lágrimas otra vez. Esta vez no estaba segura de si era alivio,

agotamiento, sobrecarga o algo completamente distinto. Su ropa olía horriblemente, y sabía que sería mejor descansar antes del siguiente día de trabajo, que sería igual de exigente. Reunió a otros bomberos que también habían sido despedidos por ese día y subió a su habitual asiento de conductor, pero el camino por delante parecía infinitamente agotador, y sus párpados se volvían peligrosamente pesados.

—¿Puede alguien cambiarme esta vez? —planteó la pregunta, mirando alrededor del coche.

—Puedo hacerlo yo —asintió O'Malley, saliendo para cambiar de asiento.

De camino a casa, Elle luchó valientemente para no cerrar los ojos. Pero al pasar por la ciudad desaliñada, no había mucho que quisiera mirar. Ya había presenciado suficiente durante ese día, y sabía que vendrían muchos más. Muchos edificios aún podían derrumbarse. La ciudad también se estaba vaciando. Muchas familias habían tomado a sus hijos y se habían marchado para esperar tiempos más seguros, para evitar mirar a la fealdad del desastre a la cara.

12

MAYA

—¿Estáis seguros de que estáis en un edificio seguro, todos vosotros? —Maya intentó hacer entrar en razón a sus padres por milésima vez, pero como de costumbre, no querían escuchar.

—Maya, el terremoto ya pasó. ¿De qué estás hablando?

—Sí, pero podría haber creado grietas en la estructura de vuestro edificio, y podría causar un derrumbe más adelante, incluso mañana, por lo que sabéis, si no lo hacéis revisar.

—Creo que sabríamos si nuestro edificio tuviera grietas —el padre de Maya sonaba tan insufrible como siempre—. Estamos bien.

—Por favor, hacedlo revisar —suspiró Maya.

Desde que sus padres habían vuelto a estar juntos, hablar con ellos resultaba incluso más inútil que cuando estaban separados. Tras unas breves despedidas, colgaron. La familiar sensación de vacío se agitó en su estómago, pero no tenía tiempo para eso. Tenía que llamar a su hermano, luego ir al trabajo, ir y presenciar una y otra vez cuán cruel podía ser la naturaleza en su imparcialidad.

—Colin —Maya pronunció su nombre, casi hambrienta de una conversación afectuosa.

—Hola *Mike*, ¿cómo te sientes? ¿Estás horriblemente sobrecargada de trabajo? —La voz de Colin contenía un cálido matiz de preocupación, muy diferente al tono frío y duro de sus padres que casi deletreaba *deberías avergonzarte de que tenga que preocuparme por ti*.

—Lo estoy, pero todos los equipos de rescate lo están ahora mismo. Volveré al terreno en unos veinte minutos. Aunque quería comentarte algo.

—Ten cuidado allí. No dejes que te lleven a una muerte prematura. ¿Qué ocurre?

—Necesito que compruebes si el edificio donde viven nuestros padres ahora sigue siendo seguro, porque no me escuchan sobre las posibles grietas que podría haber causado el terremoto. Y no puedo estar rescatando a mis propios padres de entre los escombros del edificio, ¿de acuerdo? Ya tengo bastante con eso —Maya había dejado que la irritación se filtrara en su voz, y cuando se dio cuenta, se sintió un poco avergonzada. No estaba molesta con su trabajo, solo con la terquedad de sus padres.

—¿Estás realmente bien?

—Estoy harta de que nuestros padres nunca me escuchen como si no supiera lo que estoy haciendo. Conozco bastante bien los desastres naturales —suspiró Maya.

—Hablaré con ellos. Mantente a salvo, y buena suerte con el rescate. Estás haciendo un trabajo importante allí.

Al colgar, Maya permaneció inmóvil un momento, simplemente escuchando su propia respiración. Elle probablemente estaría en la misma escena que ella, y una vez más trabajarían codo con codo. A Maya le gustaba esa perspectiva. Se sentía segura con Elle cerca, aunque a veces verla trabajar junto a los peligrosamente tambaleantes restos del edificio le provocaba agudas punzadas de ansiedad en el pecho. Sabían que podían confiar en el profesionalismo de la otra, y eso no cambiaría. Los nervios de acero de Elle eran contagiosos.

En el lugar, las ambulancias ya estaban alineadas, esperando recibir a las potenciales víctimas del segundo piso. Cuanto más bajo fuera el piso, más personas muertas encontrarían, aumentando lentamente la proporción de muertos respecto a los vivos. Y los muertos, lo sabía, tendrían que esperar hasta que ayudaran a rescatar a otros edificios. No podía imaginar cómo sería saber que alguien de su familia había muerto. Pero sabía que pensar en los muertos en esta situación no servía de nada cuando había personas todavía luchando por sobrevivir.

La chaqueta de Elle brillaba intensamente, con RODRIGUEZ reflejando rayos de sol entre las espaldas de los otros rescatistas. Los médicos esperaban a ser llamados ya fuera en caso de encontrar una víctima o de un rescatista herido.

De repente, Maya oyó ladrar a los perros. Se emplearon cámaras y herramientas de excavación para descubrir cuál había sido la razón de la excitación de los perros. Los bomberos se reunieron alrededor de la abertura, pero la excavación llevó largas horas. Luego los rescatistas se quedaron en silencio. Maya no podía ver la razón desde su puesto, y las conjeturas inundaron sus pensamientos. *Han descubierto cadáveres, pero esperaban encontrar supervivientes*, pensó repetidamente. Pero no. Elle llevaba a un niño hacia el equipo de Maya.

—Todavía respira, todavía respira —gritó, acostando cuidadosamente al niño en una de sus camillas.

Preparándose para llevarlo al hospital, evaluaron su estado: costillas fracturadas, posible neumonía, deshidratación severa... y eso probablemente no era todo. Maya permaneció en el lugar y entendió por qué el equipo se había quedado en silencio antes. El niño despertaría siendo huérfano.

Como pronto supieron, también sería la última persona rescatada del edificio.

Comenzaron a organizarse y reagruparse, esperando instrucciones. Maya se encontró intentando acercarse a Elle, buscando el consuelo que había experimentado la última vez contra su pecho, cuando no necesitaban hablar, solo respirar una contra la otra y sentir que la otra persona estaba viva.

—Hola —Maya se acercó al equipo de bomberos, saludando a Elle.

—Hola —Elle se acercó a ella, con suciedad y sudor mezclados en su rostro—. ¿Te encuentras bien?

—Todo lo bien que se puede —Maya asintió—. ¿Y tú? Fuiste quien encontró a ese niño pequeño, ¿verdad?

—Sí... Y sus padres... Bueno, nuestro trabajo es rescatar a los que podemos —sacudió la cabeza como intentando ordenar sus pensamientos.

—Está bien lamentarse. Solo somos humanos.

—Pero no durante el trabajo —Elle asintió.

—No, no durante el trabajo, supongo —se quedó en silencio un momento—. Espero que también hagamos juntas la próxima ubicación.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Elle sonrió ligeramente.

—Me gusta trabajar a tu lado —Maya le devolvió la sonrisa—. Eres una buena bombera. Me siento... segura.

—Como si fueras tú la rescatada —Elle se rio.

—¡RODRIGUEZ! —la capitana Ramírez gritó para finalmente captar la atención de Elle—. Nos trasladamos a otro derrumbe. Se dice que hay supervivientes en el lugar. ¡Vamos! —Y desapareció en el camión.

—Nos vemos —Elle apretó afectuosamente el hombro de Maya y fue a unirse a su equipo.

En efecto, el equipo de Maya fue asignado a la misma escena que Elle. Condujeron solo un momento, ya que los edificios estaban en el mismo barrio, el peor preparado para un desastre de este tipo. Sus edificios se vinieron abajo como si estuvieran hechos de papel, derrumbándose y atrapando a los ciudadanos que dormían. La mayoría del trabajo allí ya se había realizado, y los bomberos comenzaron sus consultas con especialistas respecto a los posibles supervivientes.

—Ya han pasado más de cien horas —dijo alguien—. Las posibilidades son escasas.

De cualquier manera, el rescate debía realizarse como una operación de salvamento hasta que pudieran estar seguros de que

no había nadie con vida entre las ruinas. Maya y sus colegas se sentían incómodos simplemente esperando, pero cada uno entendía que, al final del día, esa era su misión como apoyo a los bomberos. Espiaban el desarrollo de la muy lenta operación de búsqueda, sabiendo que esta vez, era mejor ser necesitados. Todos esperaban que se les necesitara, mientras observaban cómo las altas máquinas retiraban los escombros, desnudaban el edificio caído y abrían sus costillas. De vez en cuando, Maya veía el apellido RODRIGUEZ brillar en algún lugar de la familiar chaqueta.



—Edificio en la Avenida Terrence se derrumbó debido a las vibraciones posteriores al terremoto, necesitamos todos los equipos disponibles allí —sonó en las radios de todos.

Maya sabía que habría mucho que hacer ahora. Sin duda, mucha gente necesitaría cirugía en el lugar. Su ambulancia se apresuró a través de las calles llena de alarma y vigor.

En la escena, la policía intentaba hacer que la multitud congregada se dispersara. Muchos ojos estaban clavados en el sitio de la tragedia, dificultando el trabajo de escanear el edificio.

Esto era una tortura para Maya. Sabía que había gente en el edificio arrastrándose, sufriendo, esperando ayuda, pero no había forma de sacarlos antes de asegurarse de que la operación era segura. Así que todos esperaban hasta que el escaneo terminara, hasta que pudieran decirles dónde ir. El edificio solo tenía tres plantas, lo que suponía altas probabilidades de supervivencia.

Finalmente, los equipos de búsqueda entraron para rescatar a los supervivientes. Elle y otros bomberos excavaron entre los escombros ayudados por muchas herramientas automatizadas que facilitaban la búsqueda. Localizaron a alguien con vida en el tercer nivel del edificio, alguien consciente y gritando.

Una vez que la víctima fue sacada, Maya supo qué hacer. Trauma grave en la cabeza. Por fin tenía la oportunidad de ayudar a alguien directamente. La cirugía transcurrió sin problemas. La mujer era

joven y probablemente se recuperaría bastante rápido una vez que la enviaran al hospital. Maya se sentía cansada pero revitalizada. Qué buena sensación encontrar a alguien vivo, alguien con la suerte suficiente para ser rescatado justo a tiempo. La búsqueda continuó, llevando muchas más víctimas a ella y a sus colegas. Debido a la rapidez de su respuesta, parecía que la mayoría de los habitantes del edificio, si no todos, habían logrado salir con vida. El trabajo era difícil, pero para Maya, transcurrió en tal estado de concentración que ni siquiera se dio cuenta cuando su superior le hizo saber que su tiempo de operación había terminado y que debía descansar el resto del día.

De camino a casa, se sentía más optimista que en los días anteriores. Se sentía poderosa por ser capaz de salvar vidas, y ese era exactamente el sentimiento que la había empujado hacia esta carrera.

13

ELLE

El sol se ponía rápidamente, disminuyendo la visibilidad en la escena. Elle sintió que su mandíbula temblaba por la tensión de apretarla inconscientemente. Cada paso era una apuesta a esa altura, y habían entrado demasiado rápido para preparar arneses. Era una elección arriesgada, lo sabía, pero la capitana se sentía impotente ante el número de víctimas atrapadas en las capas superiores del edificio.

Estaban buscando supervivientes sin perros esta vez. Sería demasiado difícil subirlos hasta allí. Así que el grupo se movía con cuidado, sondeando cada posible espacio con una cámara. Estaban cansados, y Elle podía verlo. Una bombera, sin embargo, de alguna manera conservaba toda su energía. Era una incorporación a esta operación de otro departamento, y una cría, realmente, veintiuno o veintidós años, Elle no podía recordar. Su exceso de entusiasmo podría meterles en problemas, sin embargo. Los pasos descuidados podrían hacer que el edificio se derrumbara sobre alguno de los supervivientes.

—¡Eh, María! —intentó Elle llamarla—. María, ven aquí.

La joven rescatista se acercó rápidamente, repitiendo exactamente lo que Elle había temido.

—No puedes caminar así por aquí. ¿Quién te enseñó esto? —Elle se dio cuenta rápidamente de que María podría tomar la pregunta literalmente—. No, no contestes. Camina como lo hago yo, ¿de acuerdo? No queremos que colapse más.

—No sabía que lo estaba haciendo mal —respondió María con sinceridad, mirando a Elle—. Gracias.

Elle asintió, volviendo a su posición en la búsqueda. De vez en cuando oía un paso indiscreto y sabía exactamente de quién era. *¿Qué hace aquí?* Se enfadó. Ciertamente este no era lugar para novatos, incluso si la ciudad estaba desesperada por ayuda. No había forma de que esta chica tuviera experiencia previa en este tipo de campo, y ciertamente podría comprometer la misión.

Elle cogió la radio. —¿Capitana Hunter?

—Rodríguez.

—La bombera María Smith no está capacitada para esta operación. Es inexperta en este tipo de operación de rescate.

Hubo silencio en la línea. Quizás Hunter estaba preguntando quién era esta bombera Smith. Pero justo cuando Elle oyó que su radio se activaba de nuevo, el peor de sus temores se hizo realidad en un instante aterrador.

Muchos sonidos le llegaron aparentemente a la vez. Una piedra resbalando. Un grito. Un estruendo. Gritos desde abajo. Hunter ordenándoles por radio que bajaran de inmediato y pausaran la misión. La cabeza de Elle daba vueltas, tratando de seguirlo todo con un hilo de pensamiento, de atar de alguna manera la horrenda realidad en un lazo de comprensión.

Estaba de nuevo en tierra firme pero no recordaba haber bajado. Todo sucedía a su alrededor tan rápido. Había finas líneas de sangre seca en el pavimento junto al edificio. La luna asomaba su cabeza por encima de los edificios, y las frías sábanas de luz lunar hacían que todo en el entorno de Elle pareciera aún más absurdo.

—Rodríguez —la capitana Hunter quería continuar, pero la frase parecía atascarse en su garganta. Se acercó a Elle y la abrazó—. Nuestro departamento tendrá que hacerse cargo por completo ahora, el departamento de Smith tendrá que ocuparse de... la muerte.

Muerte resonó en la mente de Elle. —¿Qué muerte?

Hunter miró a Elle preocupada. —Estás en shock.

—¿Ha muerto María? —Elle sabía que alguien había caído, pero no sabía a dónde había llevado eso, o al menos su mente lo estaba bloqueando.

—Sí. Resbaló y desgraciadamente murió en el acto.

Una ola de algo que solo podría describirse como irrealidad invadió a Elle. El *deberías irte a casa por ahora, Elle*, sonaba como si viniera de detrás de una pared gruesa: distante, irrelevante. Qué pensamiento tan terrible que una bombera hubiera muerto realmente en esta misión. Sus pies se sentían pegados al suelo. Eso nunca le había pasado antes. Ningún bombero que ella conociera había muerto jamás, y definitivamente no justo delante de ella. Todos a su alrededor se movían apresuradamente de un lugar a otro, organizando otra operación de rescate o hablando de informar a las oficinas correspondientes sobre *la muerte*. Elle no sabía qué hacer consigo misma. Quería estar cerca de los otros que habían estado en el tejado, pero se dio cuenta de que eran del otro departamento, el que ahora estaba de luto.

Después de que pasara algún tiempo, no podía decir cuánto, se dio cuenta de que Hunter la había despedido por el día. Se sentía extraña siendo tratada de esta manera, como si tuviera derecho a llorar a una bombera de otro departamento a quien había conocido durante media hora antes de *la muerte*. Estaba en shock. Lo sabía. Pidió un uber, que tardó en rodear las barricadas. Tuvo que correr hacia él desde una larga distancia debido a la policía acordonando la escena.

Todavía llevaba su chaqueta de bombera, todo excepto el casco y las herramientas, de hecho. Parecía ridícula dentro del pequeño coche.

—¿Está todo bien, señora? —el conductor sonrió tímidamente en el espejo retrovisor.

Ella asintió, sin saber qué decir. Elle estaba nauseabunda y estaba concentrando todas sus fuerzas en no vomitar dentro del coche. La tarea sorprendentemente la ayudó a calmarse, el

pensamiento singular solo de *no vomites* mantuvo su mente en un flujo unificado.

Salió del coche frente a su casa, con las piernas débiles y sintiendo como si todo a su alrededor fuera irreal. Estando allí durante un tiempo, se dio cuenta de que no tenía llaves. Su bolso todavía estaba en la estación. Esto la abrumó por completo. La estación parecía tan lejana que ni siquiera sabía por dónde empezar.

Su teléfono sonó, sacándola del aturdimiento.

—¿Elle? —la voz de Maya era suave.

—Mhmm —asintió Elle.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? —una ligera preocupación surgió en el tono de Maya, pero se mantuvo firme y tranquila, y Elle deseaba que simplemente siguiera hablando, mantuviera el flujo de sus palabras como el constante subir y bajar del mar.

—Estoy de pie frente a mi casa.

—¿Por qué no dentro, cariño?

—No tengo mis llaves —la propia voz de Elle le sonaba como si viniera de un pozo profundo en la tierra, abstracta y temblorosa.

—¿Puedo ir a recogerte? Acabo de terminar por hoy, y siento como si algo malo te hubiera pasado.

—Algo malo ha pasado —asintió Elle—. *Algo muy malo ha pasado*.

—Voy para allá. Espérame. ¿De acuerdo? Ya voy.

Elle oyó el sonido de la llamada finalizando, y simplemente asintió al aire nocturno que la rodeaba. Cansada, se sentó en el césped frente a su casa. El rocío de la hierba le mojó los pantalones, pero eran tan gruesos que ni lo notó. Probablemente no lo habría notado de todas formas. La luna parecía gigantesca, tan irreal como toda la velada. Un coche aparcó justo delante de ella, y su luz tenía una dureza cegadora.



Elle estaba sentada en una esquina del sofá de Maya, vistiendo una camiseta de Maya y su ropa interior. Maya había metido toda la ropa

de Elle, excepto el grueso uniforme exterior, en la lavadora, que ahora la hacía girar en círculos interminables, burbujeante y húmeda.

Elle sostenía una taza de té de manzanilla con leche, y a través de la espesa niebla de la que no había logrado deshacerse, burbujas de nostalgia asomaban sus pequeñas cabezas para luego desaparecer de nuevo en las profundidades de la ansiedad.

—¿Puedo ayudarte? —Maya se sentó en el otro extremo del sofá, preocupada pero compasiva.

Elle negó con la cabeza.

—La oí gritar cuando cayó. Se llamaba Maria, y es mucho peor que supiera su nombre.

Maya asintió.

—Suena horrible.

—Es horrible. Tenía veintidós años, o quizás incluso veintiuno —Elle miró a Maya—. Nadie debería morir tan joven.

—No, no deberían —Maya extendió los brazos—. ¿Quieres acercarte?

Elle asintió. Gateó hacia Maya, apoyando su rostro contra el pecho de Maya, acomodándose en su abrazo. Sus respiraciones pronto se unificaron, un constante fluir hacia arriba y hacia abajo, arriba y abajo. Elle sabía que no dormiría. Su cuerpo se sentía nervioso y tenso.

—Puedes ir a dormir —le dijo a Maya—. Gracias por esto.

—¿Te sientes mejor?

Mil pensamientos cruzaron por la cabeza de Elle, y sentía que, efectivamente, estaba recuperando la claridad mental. Sin embargo, sus pensamientos no eran agradables. Elle sentía como si hubiera habido una manera clara de evitar el accidente. También se sentía fuera de lugar en su dolor, ya que no había conocido a la bombera. Decidió guardarse esos pensamientos para sí misma, sin agobiar a Maya con ellos. Necesitaba volver a encauzarse y regresar al trabajo.

—Necesito volver al trabajo.

El abrazo de Maya se estrechó a su alrededor.

—Elle, no tienes que ir a trabajar de inmediato.

—Pero tengo que hacerlo. Eso es exactamente lo que ocurre. Ni siquiera era de mi departamento, y todos ellos estarán trabajando mañana —Elle giró la cabeza para mirar a Maya—. Eso es lo que significa tener este trabajo durante una crisis.

Maya apartó el pelo de la cara de Elle con un gesto suave, y Elle se sintió derretir en esta amabilidad recién establecida. Permanecieron en silencio un rato, simplemente apreciando sus respiraciones mezclándose.

—¿Puedo decirte algo serio? —preguntó Maya en voz baja después de un tiempo.

—¿Qué es?

—No fue culpa tuya que la chica cayera.

Elle se removió en el sofá, levantándose rápidamente. Su ritmo cardíaco se aceleró, y trataba de no gritar.

—No me digas eso —miró a Maya intensamente—. Agradezco que me hayas traído aquí y todo, pero no finjas saber lo que pasó.

Maya se sentó en silencio, su pecho subiendo y bajando al ritmo de sus respiraciones rápidas.

—No quiero discutir contigo —dijo después de un momento.

—Entonces no mientas —espetó Elle, sentándose en medio del sofá—. No mientas, porque fue mi culpa. Vi que no estaba preparada, y debería haberla bajado antes. O debería haberla vigilado más de cerca. Pero avisé a Hunter demasiado tarde, y ahora se ha ido.

Suspiró profundamente y añadió:

—Pero ya no importa, ¿verdad? Se ha ido. Necesito cargar con esta culpa hasta el final, pero es algo con lo que debo lidiar yo sola. Espero que su familia esté bien.

Maya permaneció inmóvil.

—Eso es estúpido. Sé que no lo están —añadió Elle, sintiendo que su discurso se volvía más errático y sin sentido. Ya no sabía qué había querido decir. Solo sabía que no quería ahuyentar a Maya. Realmente la necesitaba cerca—. Maya —dijo en un susurro, porque su garganta se había estrechado—. ¿Podrías acercarte otra vez?

Y lo hizo, abrazando a Elle de nuevo, uniendo sus respiraciones.

—¿Te gustaría ir a mi dormitorio? —preguntó Maya después de un rato.

Elle asintió.

—Pero también puedo dormir en el sofá, si lo prefieres.

—¿Por qué iba a preferir eso? —sonrió Maya.

—Bueno, no sé. Todavía no sé qué piensas de mí ahora.

Maya miró a Elle, comprendiendo.

—Creo que esa es una conversación para otra noche.

Y Elle lo entendió.

Se quedaron dormidas rápidamente, ambas agotadas y contagiadas por la febril atmósfera de duelo. Duelo por Maria, y duelo también por todas las víctimas, anónimas para sus mentes pero aún portando el peso de la muerte consigo, el silencioso espesor de la tragedia en el aire. Su sueño fue del tipo más profundo, el tipo que experimentan los niños. El tipo que los cuerpos que anhelan restauración tejen por la noche, cubriendo las mentes de los inquietos con una espesa red de sueños, imágenes elaboradas que estiran y tiran de la mente, el tipo que uno olvida por la mañana tan pronto como una ventana se interpone en el camino.



Elle se presentó en la estación luchando por controlar el desorden de su estado. Llegó tarde con la ropa de ayer medio seca y las conversaciones de ayer en la mente. Pronto se dio cuenta de que todo parecía desencajado: tanto los bomberos como los capitanes parecían igualmente distraídos, superando algún caos interno.

Corrían rumores sobre la bombera fallecida, varias hipótesis y habladurías, difundidas por aquellos ausentes de la escena que se habían enterado a través de las noticias y el boca a boca. Aquellos que habían estado en la escena intentaban acallar los rumores, intentaban tragarse su propio dolor como una píldora sin agua que ayudara a bajarla. Elle entendió que su trabajo se iba a volver aún más difícil de lo que había sido antes.

Notó que un grupo de sus amigos hablaba en voz baja alrededor de la esquina.

—He oído que era la hija de fulano de tal, y que así es como consiguió estar en una misión de tan alto riesgo tan pronto...

Elle se acercó a ellos por detrás y dijo:

—Johnson, siempre tienes tanto sentido, ¿verdad? Estoy segura de que tiene todo el sentido que un padre haga que su hija participe en situaciones donde es más probable que muera. ¡Qué inteligente por tu parte decir eso!

Se estaba precipitando, pero extrañamente estaba disfrutando de la descarga que esto le proporcionaba.

—Es solo lo que he oído por ahí —Johnson se encogió de hombros.

—Entonces no repitas mierdas aleatorias que oyes —Elle no había terminado—. Es ofensivo hablar así de los muertos, así que si no tienes nada respetuoso que decir, preferiría que te quedaras callado.

—Jesús —suspiró Haley, poniendo esencialmente el último clavo en su ataúd.

—¿Por qué coño me pones los ojos en blanco? —la cara de Elle enrojeció.

—Yo no he...

—¿Sabías que era más joven que tú?

Haley claramente no lo sabía. Su rostro se congeló y lentamente negó con la cabeza.

—Sí. Significativamente más joven, como veintiún años. Murió en el acto. Así que cállate sobre ella. Simplemente cállate. No quiero oírte...

—¡Rodríguez! —la voz de Ramírez cortó la discusión.

—¿Sí, capitana? —Elle se dio la vuelta para mirarla.

—Ven conmigo a mi despacho, ahora.

Elle asintió y dejó a Haley y al grupo sin decir otra palabra. Obedientemente siguió a Ramírez hasta el despacho, cerrando la puerta tras ella como se le indicó. No sabía qué esperar y tampoco le importaba mucho. Su mente estaba tan alterada que apenas podía

comprender las consecuencias de nada. Se sentaron una frente a la otra.

—¿Por qué estás empezando peleas con tus compañeros bomberos? —Ramírez comenzó sin rodeos, como era su costumbre.

—No estaba empezando una pelea, capitana —afirmó Elle—. Estaba intentando evitar que se propagaran rumores maliciosos.

—La gente siempre hablará, Rodríguez. Déjalos hablar. Tenemos cosas más importantes...

—¿Más importantes que respetar a los muertos en acto de servicio de nuestros compañeros bomberos? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero valientemente intentó mantener su voz entera.

Ramírez entendió algo entonces, algo que aparentemente había faltado antes. Asintió lentamente.

—Tú estabas allí, ¿verdad?

—¿No lo sabías? —Elle sintió que la ira y la irritación se extendían por todas sus extremidades.

—No. Me había ido cuando ocurrió el trágico accidente. ¿Pero tú seguías allí?

—Yo... —Elle sintió que su garganta se tensaba de nuevo, pero continuó—. Fue mi culpa que ella cayera.

—¿Qué quieres decir? —Ramírez se inclinó hacia Elle—. ¿A qué te refieres exactamente?

—Vi que no estaba bien preparada para esa situación, y llamé a Hunter demasiado tarde. Podría haber vigilado mejor.

Ramírez la detuvo rápidamente, levantando la mano.

—Elena, tienes que dejar esto. Lo que pasó, pasó. Es una realidad horrible, pero ocurrió. Sabes que realmente no es tu culpa. Hiciste más de lo necesario al informar a la capitana de tus sospechas. Es todo lo que podías haber hecho.

Se levantó de su silla, y Elle la siguió rápidamente.

—Pero ahora necesitamos volver al trabajo, chica —dijo en un tono más amable—. Todos necesitamos volver al trabajo.

Al salir del despacho, Elle pasó junto a Haley sin decir palabra. Pronto, se convocaría una reunión para establecer un nuevo plan de acción respecto a las estructuras todavía afectadas por el terremoto. Sentarse en una reunión era lo último que Elle sentía que querría

hacer. Estaba inquieta, sus huesos picaban por el movimiento, por la acción. Su nebulosa mente de cuatro horas de sueño pedía aire fresco. Todos se estaban volviendo locos con el esfuerzo y, sumando el dolor, Elle podía ver que sus fuerzas disminuían. Pero no había nadie más que pudiera reconstruir la ciudad. Nadie más podía hacer su trabajo, aunque los departamentos de todas las ciudades vecinas estaban siendo enviados a Phoenix Ridge día tras día. Tendrían que establecer un sistema de cooperación.

Durante la reunión, sus pensamientos saltaron brevemente a la noche que pasó con Maya. Apenas la recordaba, como a través de la niebla. Los sonidos de la lavadora dando vueltas a su ropa, el aroma del té de manzanilla con una generosa porción de leche, los latidos constantes del corazón de Maya contra su cara. Se sentía afortunada de que Maya todavía se preocupara tanto por ella. O tal vez no era *todavía*. ¿Quizás habían comenzado a preocuparse la una por la otra de nuevo?

—Rodríguez, concéntrate —la capitana Hunter la llamó de vuelta a la reunión. Su mirada, sin embargo, era amable. Su parte compartida en la tragedia las había acercado silenciosamente, un hilo de comprensión que las unía.

Elle asintió y permaneció atenta durante el resto de la reunión. Había que enviar un equipo para asegurar un conjunto de edificios al borde del derrumbe y ayudar a evacuar de forma segura a los habitantes.

~

Sabía que la tarea era simple, pero Elle no podía detener su miedo. Sabía que tenía que tragarse ese sentimiento, consumirlo y no volver a sacarlo, pero cuando sus manos temblaban, resultaba difícil. Incluso mientras conducía, se sentía mal. Su cuerpo se negaba a realizar sus tareas habituales, lo que dificultaba concentrarse en la carretera, pero tenía que hacerlo. Estaban muy cerca. Todo requería un esfuerzo para Elle, pero se sabía fuerte. Confiaba en poder manejarlo.

Los tres edificios habían sido construidos según las antiguas normas de seguridad y ahora eran increíblemente inestables debido a las grietas causadas por el terremoto y las vibraciones posteriores. Todavía aparecían aquí y allá por toda la ciudad. No habían pasado ni veinte horas desde el accidente. Elle seguía pensando, seguía contando el tiempo. ¿Para qué? No podría decirlo.

Enormes brazos de máquinas se colocaron para ayudar a sostener los edificios, su imponente tamaño eclipsando todos los camiones de bomberos alrededor. Estas máquinas serían de alguna ayuda, aunque no podían mantener unidos los edificios desde el interior, que era ahora la principal preocupación.

Los equipos de rescate recibieron información de que la escalera en un edificio estaba dañada, dejando atrapados a algunos residentes en el interior. Los bomberos se estaban preparando para entrar, incluida Elle, cuando un gran trozo de pared cayó justo al lado de ellos.

—Joder —Elle se quedó paralizada, mirando el fragmento de pared que yacía peligrosamente cerca de ella. Se produjo un gran revuelo, los capitanes ordenaron a los bomberos retroceder.

—Esto es demasiado peligroso —la capitana Hunter negó con la cabeza—. No vais a entrar.

El equipo se detuvo, y todos retrocedieron a una distancia segura del edificio que se derrumbaba. Era una carrera contra el tiempo una vez más.

—Vamos a evacuarlos por las ventanas —afirmó la capitana Ramírez—. Necesitamos preparar las escaleras de los camiones. Todos los conductores, subid a los vehículos.

Elle escuchó y se metió en el camión. Tendría que pasar mucho tiempo maniobrando para conseguir la posición perfecta. La gente tendría que bajar por la escalera. Esperaba que todos pudieran hacerlo.

Ramírez le daba instrucciones, qué ventana apuntar, a qué distancia. Elle forzó la vista, mirando hacia atrás y a los lados con una intensidad que nunca había tenido que emplear antes. Su conocimiento del vehículo tras tantos años de conducción tenía que

dar sus frutos. Y lo consiguió. Detuvo el camión. La escalera comenzó a extenderse hacia la ventana del tercer piso.

Una mujer joven con un niño atado a su espalda empezó a bajar. El niño lloraba con fuerza, y el sonido reverberaba en el edificio cercano, creando un ambiente aún más tenso. Pero la mujer finalmente llegó a salvo al pavimento. Los médicos la atendieron rápidamente, no porque estuviera herida sino por el shock que todos los habitantes habían sufrido. Elle mantuvo la escalera extendida hasta que todos los residentes del tercer piso estuvieron a salvo en el suelo. Se acurrucaron bajo las mantas proporcionadas por los médicos y observaron cómo su casa se agrietaba, sostenida por garras mecánicas. ¿Qué ocurriría una vez que las máquinas fueran retiradas?

El segundo piso fue evacuado con el mismo éxito, y el primero se alcanzó con una escalera normal apoyada contra el edificio. Todos fueron evacuados con éxito, y la cuestión de qué pasaría con el edificio encontraría su resolución.

—Habrá que destruirlo —comenzó a explicar uno de los ingenieros a la multitud aterrorizada—. Tenemos que hacerlo antes de que se derrumbe y cause más daños.

El equipo de Elle se movía para ayudar al siguiente de los tres edificios, pero no pudo evitar escuchar. Esta gente había pensado que tuvieron suerte al escapar de la primera oleada del terremoto, y ahora se enteraban de que su hogar debía ser destruido.

Qué tiempos. Negó con la cabeza, uniéndose al resto del equipo.

Los siguientes edificios fueron rescatados de manera similar. Elle giraba y movía la cabeza para maniobrar el camión, la gente bajaba por las escaleras, y el día se acercaba a la noche. Mientras el sol comenzaba a ponerse, y Elle permanecía sentada tras el volante esperando a que las víctimas descendieran por la escalera, pensó en la familia de María. María recibiría un funeral con todos los honores, con camiones, aparatos, orquesta y todo. Algunos familiares vendrían del extranjero, niños que probablemente nunca la habían conocido y que no sentirían la pena que sus padres tendrían que soportar durante toda la ceremonia.

—¡RODRÍGUEZ! —Hunter apareció de repente en su ventanilla, sobresaltándola.

—¿Qué ocurre, Capitana?

—Llevamos cinco minutos intentando comunicarnos contigo. Esto es inaceptable. ¡Contrólate y sal del camión!

—Sí, Capitana —Elle salió del camión.

Su cara ardía. Nunca había fallado en algo tan simple como escuchar instrucciones, y el sabor de la vergüenza en su lengua era tan nuevo para ella como irritante. O'Malley la reemplazó como conductor. Durante todo el camino de vuelta, Elle sintió su corazón latir en su garganta. No podía entender qué le estaba pasando, por qué esta debilidad no desaparecía.

—Necesitas controlar esto, Rodríguez —Hunter tocó la espalda de Elle en un gesto que Elle supuso pretendía mostrar comprensión, aunque principalmente transmitía lástima—. Es difícil para todos los que estuvieron allí, pero aún tenemos trabajo que hacer.

—No sé de qué está hablando, Capitana —dijo Elle fríamente. Estaba harta de esta situación y de las miradas compasivas de Hunter.

—Creo que sí lo sabes.

El resto del camino de vuelta al parque de bomberos transcurrió en silencio.



De vuelta en casa, Elle finalmente pudo cambiarse, y el aroma de la ropa limpia le hizo sentirse más limpia, más completa. Quería comprobar la cobertura mediática sobre la muerte de María, pero cambió de idea. No necesitaba ver lo que otros estaban diciendo. Ella había estado allí. Sabía todo lo que tenía que saber, y ahora simplemente tenía que olvidarlo todo.

Encontró una botella de whisky en la nevera. *Perfecto*, pensó mientras se acomodaba en su sofá. Sus extremidades se sentían pesadas y doloridas, como si la gravedad se hubiera duplicado y la

mantuviera pegada al lugar. El hielo en su vaso crujió, un sonido familiar y solitario, y finalmente, de verdad se sintió en casa.

Hasta que su tono de llamada atravesó el silencio. Dejó que el timbre agudo y constante resonara por la casa durante un rato. Se hundió más en el sofá, sabiendo que tarde o temprano tendría que contestar, pero *aún no*.

El timbre cesó.

—A la mierda —gruñó Elle, levantándose para ir hacia el teléfono. Era Maya. Elle decidió devolverle la llamada.

—Hola —dijo cuando Maya contestó en cuestión de un segundo.

—Hola —escuchó la voz ansiosa, aunque cansada, de Maya—. Quería preguntarte cómo te sientes después de lo de ayer.

—¿Estás en el trabajo?

—Estoy en un descanso, pero sí, trabajaré hasta tarde.

Elle exhaló, pensando cuánto deseaba ser completamente honesta con Maya y, por otro lado, lo débil que eso la haría sentir. No sabía cómo mantener esta conversación.

—Entonces, ¿cómo estás?

—Tuve un poco de tensión con Hunter hoy —admitió Elle a pesar de sí misma.

—Oh, lamento oír eso. ¿Qué pasó? —La voz de Maya era tan paciente que los propios pensamientos de Elle se volvieron menos confusos y enredados. Se sintió lista para contárselo todo.

—Supongo que estoy... no estuve muy atenta hoy. No sé por qué no puedo controlarme. No escucho bien a la gente y me distraigo constantemente.

—Elle, esto es serio. No puedes estar trabajando en este estado, ¿lo sabes?

Elle negó con la cabeza violentamente.

—No, no digas eso. Mañana estaré mejor.

—Oh, cariño —suspiró Maya. Elle se sintió extraña, escuchando todas estas expresiones y palabras dirigidas a ella nuevamente, como si hubieran retrocedido en el tiempo, como si los años pasados no hubieran ocurrido—. No es tu culpa sentirte así. Es una reacción completamente normal. No puedes controlarla.

Elle se sentó, sin saber qué más decir. Sentía como si hubiera caído en arenas movedizas de las que nadie podría ayudarla a salir. —Me gustaría simplemente olvidarme de todo esto, volver a como estaba antes.

—Te sentirás mejor con el tiempo, pero ahora necesitas tomártelo con calma.

—No puedo, Maya. Tengo que trabajar. No recibo un trato especial, no fui la única que estuvo allí.

—Bueno, no importa. Ahora mismo eres un peligro para ti misma y para los demás —la voz de Maya se volvió repentinamente severa —. Tienes que tomarte un descanso.

—¿Qué acabas de decir? —Elle estaba conmocionada.

—Eres una bombera brillante, Elle, y la persona más fuerte que conozco. Pero lo que pasó te ha traumatizado y no puedes concentrarte. ¿Acaso no es eso mortal en tu tipo de trabajo?

Elle dio varios tragos de whisky. Sabía que Maya tenía razón, y sabía que discutir con ella sería completamente inútil. Pero también sentía que admitirlo, reconocer que no podía trabajar, la pondría en una posición imposible, amenazando todo aquello por lo que tanto había luchado.

—No quiero discutir contigo —dijo en voz baja.

—No quiero que sigas teniendo miedo de parecer débil. Tener problemas no es ser débil, Elle, ignorarlos sí lo es. Pensé que ya lo habrías entendido a los treinta años.

—Lo que sea. Si no puedo abrirme contigo, solo dilo —soltó Elle en la conversación con descuido, sintiendo que esperar un buen resultado de esta charla sería como lanzar un dado de seis caras y rezar por sacar un siete.

—Eso es manipulador.

Se quedaron en silencio. Elle temía esa palabra, tenía miedo de parecerse a su padre, de comportarse como él. Sabía que a veces podía hacerlo, y sabía que lo estaba haciendo ahora.

—Lo siento. Tienes razón.

Maya suspiró. —Sé que este es un tema delicado para ti. No quiero que sientas que me estoy extralimitando o que intento dar la impresión de que lo sé todo. Pero esta situación ahora mismo es

seria, y sé que tú también lo ves. Por favor, piénsalo y habla con tus superiores si es necesario. Tengo que irme ya.

Después de despedirse de ella, Elle se sintió completamente agotada. No había mucho que sintiera que pudiera hacer aparte de terminar su bebida e irse a dormir. En un momento como este, nadie tomaría en serio las preocupaciones de Maya. Todavía estaban en medio de sacar a la ciudad de los desastrosos efectos del terremoto y necesitaban a todos los bomberos disponibles. Además, ni siquiera había conocido bien a María. Ni siquiera era de su departamento. No tenía derecho a este dolor.

El diario yacía en el borde de la mesa de café, mirando fijamente a Elle. Sentía que no había palabras que pudiera escribir allí para ayudarse a sí misma ahora, nada que pudiera consolarla excepto fingir que nada había sucedido. Un poco mareada, fue a darse una larga ducha, sintiendo el agua golpear su espalda en agradables chorros. Sintiéndose pura de nuevo. En casa, sentía que nada tenía que ser real. Todo lo relacionado con el mundo exterior se desvanecía en la oscuridad.

Empezó a pensar en su relación con Maya en los últimos días. Cuán preocupada y cariñosa había sido Maya, y con qué naturalidad. Deseaba que pudiera ser así no solo en tiempos de crisis, que pudieran llevarlo desde este momento difícil hasta la vida normal. Sobre todo, deseaba poder cuidar de Maya también en este momento, en lugar de lo que había estado sucediendo durante los últimos dos días. Pero, por otro lado, sabía que siempre se sentiría mal recibiendo ayuda.

Al ver su cama, recordó la noche anterior en casa de Maya. Los repetidos sonidos de gritos y golpes contra el pavimento la habían despertado durante toda la noche, haciéndola sudar y desorientándola. Intentó pensar que sería diferente en su propia cama, que pasarían. Cerrando los ojos, ya sabía que eso no sería cierto, pero el agotamiento en su cuerpo la arrastró al sueño de todos modos.

14

MAYA

Dos días después de su conversación telefónica con Elle, Maya fue llamada a otro lugar del desastre. Uno de los edificios del centro comercial se había derrumbado parcialmente tras pasar inadvertidas unas grietas en la estructura de su primera planta. Era la mayor tragedia de la ciudad después del propio terremoto, con un número estimado de cientos de víctimas atrapadas dentro de la estructura aplastada.

Se convocaron todas las unidades de bomberos y médicas disponibles para la misión de rescate, siendo el tiempo su recurso más preciado. La rápida respuesta de la ciudad hacía que las posibilidades de supervivencia de las víctimas fueran altas, y Maya, atravesando la ciudad a toda velocidad en la ambulancia, estaba más concentrada que nunca.

La escena parecía apocalíptica. El gran edificio estaba inclinado y destrozado, y las unidades de rescate eran tan pequeñas en comparación que parecían hormigas hormigueando alrededor de su base. Todos sabían que el rescate llevaría semanas y consumiría la mayor parte de los recursos de emergencia de la ciudad. El equipo de Maya fue colocado, como solía ocurrir, en colaboración con el departamento de bomberos de Elle.

Pronto, la ambulancia comenzó a recibir las primeras víctimas, personas cercanas a las salidas cuyo rescate no implicaba el riesgo de entrar en la estructura que se desmoronaba. Maya atendió a decenas de víctimas de traumatismos. Ella y sus colegas se apresuraron a operar y trasladarlos a los hospitales más cercanos. La ropa de Maya pronto quedó manchada con la sangre de múltiples personas mezclándose en la tela. Su rostro goteaba sudor bajo el sol abrasador, pero el rescate avanzaba con eficiencia. Los ingenieros estaban examinando el edificio con la esperanza de entrar pronto, sabiendo que una decisión equivocada al respecto podría costar la vida de los rescatistas. La atmósfera estaba tensa.

La rotación de ambulancias no era ideal. Significaba que a veces faltaba el equipo necesario para ciertas lesiones y el personal tenía que esperar unos minutos. Los hospitales cercanos habían comenzado a instalar una base provisional en los terrenos cercanos al lugar. Aun así, a veces tenían que llevar a alguien a un hospital real si la situación era crítica. El desinfectante escaseaba, y los médicos temían que pronto se enfrentarían a problemas. Maya admitió a otra víctima de trauma, sabiendo que tendrían que esperar para llevarlo al hospital, por lo que era su trabajo estabilizar su estado lo mejor posible. Dentro de la ambulancia, carecía de enfermera. Luchaban sin la tercera persona, pero Maya siguió adelante, desesperada por salvar al hombre, que estaba en estado grave. Se retorcía de dolor, pero ella sabía que pronto terminaría, si tan solo tuviera un par de manos más. Pero no importaba. Logró suturarlo y su estado mejoró considerablemente, lo suficiente para que pudiera esperar el transporte en el espacio de la ambulancia.

Fuera del vehículo, Maya notó que el equipo de rescatistas se preparaba para entrar. Estaban discutiendo la estrategia. Era un equipo de seis personas más perros. Los ojos de Maya pasaron ávidamente de un rostro a otro, buscando lo que más temía. Y allí estaba. El corazón de Maya se le hundió hasta el estómago. Elle era una de las rescatistas que iban a entrar.

Otro cirujano la llamó para que le asistiera, y tuvo que obligarse a apartar la mirada del grupo. Entró en la ambulancia, sintiendo los fuertes latidos de su corazón, notando cómo sus dedos se le

entumecían. La persona en la ambulancia tenía una fractura en la caja torácica, y necesitaban otra opinión con respecto a una decisión difícil. Maya dio lo mejor de sí, analizando el estado de la víctima y discutiéndolo con sus colegas antes de asistirlos en la operación. Pero su mente se sentía nebulosa, desconectada.

No podía dejar de pensar en los problemas recientes de Elle y en la operación de alto riesgo en la que estaba a punto de embarcarse. O tal vez ya lo había hecho. Maya no lo sabría. Salió corriendo de la ambulancia una vez que ya no era necesaria, buscando cualquier pista sobre cómo iba el rescate. Parecía ir bien, según lo planeado. La capitana estaba en la radio con el equipo en un profundo estado de concentración.

Entonces sucedió.

Algo salió mal. De repente, las personas que monitoreaban a los rescatistas en el interior se miraron entre sí, estresadas. Maya podía sentir en su pecho que algo terriblemente malo ocurría con Elle. La capitana Hunter gritaba *evacuar el edificio*, y Maya sentía como si estuviera bajo el agua, cada sonido y sensación apenas podía alcanzarla, resonando en sus oídos.

Hunter le dijo a alguien que estaba a su lado:

—Tienen problemas para salir.

Las peores pesadillas se estaban haciendo realidad para Maya. No podía hacer nada más que esperar a que el equipo saliera, comprobar el estado de Elle por sí misma, ver si su cruel premonición había sido correcta y si Elle estaba herida. Hunter estaba dando instrucciones a los bomberos en un tono de tranquila urgencia. Enviaron cámaras adicionales al interior con la esperanza de localizar al equipo. Dos de los perros de búsqueda salieron corriendo de las ruinas.

—¿Habéis seguido a los perros? ¡Ya han salido! —alzó la voz Hunter a través de la radio. Después de un momento, repitió la respuesta—. No, los han perdido.

Todos estaban al borde de sus asientos, mordiéndose las uñas y sudando de estrés. Seis personas que habían enviado no podían salir del edificio aún inestable. La atención de todos estaba dirigida a

sacarlos, temiendo que pudieran haber desestabilizado la construcción, y que enterraría vivos a los rescatistas también.

—Los tenemos en cámara —gritó uno de los técnicos—. Sabemos dónde están.

Todos exhalaron el aire que habían estado conteniendo, esperando que a partir de entonces fuera fácil.

—Hay dos heridos —continuó.

—Saquémoslos lo antes posible. —Hunter comenzó a discutir la salida más segura con el equipo de bomberos y técnicos, comunicándolo todo al equipo del interior por radio.

Durante todo este tiempo, Maya permaneció inmóvil, absorbiendo cada nueva información como una bala que le quemaba el pecho.

Alguien apareció por la abertura. Los bomberos corrieron para ayudarlos a salir. Tan pronto como la primera mujer salió completamente, la siguiente la siguió, y entonces Maya la vio. Llevada por otros dos bomberos, Elle estaba inconsciente y ensangrentada. La visión de su cuerpo inerte retorció el corazón de Maya, impulsándola a actuar. Corrió a buscar camillas y, sosteniéndolas con un médico de urgencias, corrió para atender a Elle. Estaba en estado crítico con sospecha de lesión cerebral traumática, además de una hemorragia grave en el muslo. La mente de Maya trabajaba a doble velocidad. Necesitaban una transfusión de sangre para Elle URGENTE, además de llevarla a una mesa de operaciones para evaluar y estabilizar la lesión en su cabeza.

—Necesitamos sangre, AB negativo, rápido —gritó Maya al otro médico.

—¿Estás segura de que es ella...?

—¡SÍ, consíguelo YA!

Maya sujetó a Elle a la mesa de operaciones de la ambulancia, preparada para realizar esta cirugía por su cuenta si nadie más aparecía lo suficientemente rápido. Afortunadamente, no fue el caso, y pudo iniciar todo correctamente. Entonces un mareo se apoderó de ella. Era Elle a quien estaba a punto de abrir la cabeza, cortar y coser, ver su cráneo dañado. Pero si buscaba un reemplazo, perderían un tiempo del que Elle realmente no disponía. No. Tenía

que seguir adelante. Fingiría que era otra persona. Tenía que hacer esto bien. El daño la dejó atónita. Sería una de las cosas más difíciles que había hecho jamás, y todavía estaban esperando la sangre. No podía comenzar a operar sin ella.

Furiosa, salió de la ambulancia buscando al médico.

—¿Dónde está la sangre? Tenemos que empezar a operar y no tenemos nada para ella —gritó, completamente al límite.

—Estoy trabajando en ello, pero no tenemos ese tipo aquí.

—Entonces, ¿dónde está la O negativo?

—Estamos escasos, así que pensé que podría...

—No hables. Consígueme la sangre. Ya no tenemos nada en la ambulancia.

Volvió adentro para comprobar el estado de Elle. La situación era crítica y necesitaba el nuevo suministro de sangre. Por fin, el médico regresó con bolsas de sangre.

—¡Por fin! —Maya comenzó a trabajar rápidamente.

Tenía que suministrar al sistema de la ambulancia la nueva sangre y hacer que fluyera hacia Elle para que pudieran comenzar a operar sin riesgo de que se desangrara. Llegó el momento en que la vida de Elle dependía completamente de la habilidad de Maya como cirujana. Trabajó incansablemente sin ninguna sensación del paso del tiempo, sabiendo que mientras aplicara todo lo que sabía, Elle tendría una oportunidad de sobrevivir.

Alejándose de la mesa y dejando que los técnicos de emergencias médicas se la llevaran y la trasladaran al hospital, Maya se sentía como en un trance. Temblorosa, salió afuera, sin estar segura de si iba a vomitar o a desmayarse.

—Dra. Monroe, ¿no va a subir? —Fleur señaló la ambulancia, animándola.

—Todavía tengo trabajo aquí...

—Dra. Monroe, suba a la ambulancia. Debería quedarse con ella.

Maya comprendió y volvió a subir al vehículo. Acarició la mano de Elle, aterradoramente flácida, decorada con rayas de sangre seca. Mientras la ambulancia aceleraba entre el tráfico, con las sirenas sonando, pensó lo aterrador que debió haber sido para Elle ver un edificio desmoronarse sobre su cabeza, sentirse atrapada entre sus

muros derrumbados. No podía obligarse a mirar su rostro durante mucho tiempo. Sabía que no podía derrumbarse completamente ahora. Tenía que mantenerse fuerte, pero la visión de Elle atada a la mesa de operaciones e inconsciente estaba cerca de ser demasiado para su mente.

El hospital estaba hasta los topes, abarrotado. Dijeron que no podían admitir a otro paciente traumático. El equipo estaba furioso al escuchar que había habido un caso tan terrible de mala comunicación y mala organización. Les habían indicado que el hospital estaba disponible. Tuvieron que dar media vuelta y conducir hasta el siguiente más cercano. Los nervios de Maya pudieron con ella, y vomitó en una bolsa de plástico.

El siguiente hospital admitió a Elle. Maya corrió con el equipo del hospital, inconsciente del tiempo y el espacio, consciente solo de la ardiente necesidad de estar cerca de Elle.

—¿Qué está haciendo, doctora? —Las enfermeras la miraron, irritadas y sorprendidas.

—Es mi pareja —logró decir.

—Nosotros operaremos. Tiene que dejarla ahora. —La enfermera la tomó de la mano, sacándola de la habitación.

Maya sabía que tendrían que arreglar la cabeza de Elle mucho más allá de lo que había hecho en la ambulancia, pero la idea de dejarla ir, de permitir que fuera tratada por otros cirujanos, la aterrorizaba. Se sentó en la sala de espera, sintiendo que su cuerpo pasaba por mil etapas de pánico.

Las horas pasaron, pero ella permanecía inmóvil. No podía volver al trabajo, no ahora. No sería capaz. Lo único que podía hacer era esperar. Esperar hasta que terminaran la cirugía. Esperar hasta que Elle despertara.

—Dra. Monroe, ¿dónde está? —Su superior la llamó, sonando también al límite.

—Lo siento, mi pareja sufrió una lesión grave. La operé y ahora está en el hospital. No puedo irme.

Él no tuvo más remedio que dejarla tranquila. Este no era un estado en el que rescatar a personas. Ella tenía que asegurarse de que la persona que más le importaba realmente sobreviviera. En

esas horas, supo que Elle era la persona más importante del mundo para ella. Lo supo por la forma en que su pecho se apretó como para aplastar su corazón cuando la vio ser sacada del edificio. Nunca olvidaría eso.

Llegó la noche, y la cirugía había terminado. La primera, de todos modos. Sabía que tendrían que operar a Elle muchas veces para recuperarla. Las enfermeras le impidieron correr hacia la habitación. *Necesita descansar. Necesita descansar*. Le dieron a Maya una manta y se quedó dormida.

15

ELLE

Las punzadas de dolor llegaban a ella en oleadas al principio. La blanca espuma de una sensación que hacía rechinar los dientes la bañaba y luego la abandonaba por un momento. En esos intervalos, experimentaba una avalancha de recuerdos, algunos recientes, otros olvidados hace tiempo, desenterrados de debajo de montones de otros más relevantes.

Después de una agotadora ola de dolor en sus sienes, se sintió transportada a una playa abandonada por su consciencia. La arena blanca le hacía cosquillas en los pies, las olas del océano iban y venían en un susurro constante. La imagen le trajo mucho consuelo, recordando las tranquilas horas de la mañana, el crujido de las paredes de la tienda cuando se escabullía para correr por la playa, iluminada por el sol temprano, lamida por las lenguas de las olas.

Durante mucho tiempo, no se sintió como una persona, sino más bien como un río de recuerdos. Los acontecimientos de su vida no parecían tener ninguna conexión entre sí. De hecho, ni siquiera se le ocurría intentar buscar una. En cambio, de manera similar a los sueños, la transportaban de un lugar a otro sin ningún propósito claro, y lo único que podía hacer era aceptarlo como su realidad, observar cómo lo que ya se había desarrollado lo hacía de nuevo. Su

mente existía como una eternidad. No había principio de ese estado en su memoria, y como no podía recordar ningún otro estado de ser, no tenía razón para esperar un final.

Algunas escenas en las que se veía inmersa la inquietaban, mientras que otras le aportaban consuelo. Un agotador deslizamiento de dolor desde su cabeza hasta sus piernas paralizó los pensamientos de Elle por un momento, pero pronto dejó de importar. Sus manos estaban firmemente apoyadas contra una superficie de madera. Su voz parecía elevada, enfadada, pero no podía entender por qué. Una luz cálida y tenue caía sobre ella desde una lámpara del techo. Había otra persona en la habitación. Su voz estaba igualmente enfadada, como una tormenta golpeando las rocas en la orilla.

—¿Cómo has podido mentirme?

—Joder —Elle sintió que sus manos subían a sus sienes, masajeándolas. Se sentía estresada—. No significó nada, ya te lo dije. Estaba borracha. No significó nada.

—Para mí significó *algo*, Elle. ¿Eso aún te importa? ¡Y encima me mentiste directamente a la cara más de una vez!

Las piernas de Elle la llevaban de un lado a otro por la habitación. Era solo una espectadora, observando desde dentro de su cabeza. Las palabras salían por sí solas.

—¿Qué otra opción tenía? Podemos simplemente seguir adelante, fingir que no sucedió.

La otra persona negó con la cabeza. Elle podía ver lágrimas fluyendo por su rostro en pequeños regueros.

—Maya —dijo, acercándose a ella.

—No quiero estar con alguien que se toma tan a la ligera el faltarme al respeto. Si no puedes cumplir con acuerdos simples, eso realmente muestra tu egoísmo, Elle. Y sabes que puedes ser egoísta —Maya se fue a otra habitación, fuera de la vista.

Elle se desplomó en el sofá. Su suavidad contrastaba con el agudo nudo de sentimientos que se tensaba en su pecho. Se sentía atrapada dentro de sí misma. Quería escapar de ese lugar. Sentía que la situación no terminaría bien, que no se resolvería dentro de esa habitación, y eso le pesaba enormemente.

Pero entonces comenzó a alejarse, su conciencia derritiéndose en la familiar tela negra de terciopelo de la inexistencia, de la pausa en el pensamiento. El calor de su abrazo la reconfortó, la llevó lejos del dolor de su cuerpo, muy alto y lejos, dejando atrás su cuerpo, sus pesados miembros demasiado lastrados para que su conciencia los arrastrara consigo. Y entonces se hundió en un estado de no-ser, sin sueños ni recuerdos, sin pensamiento ni percepción. Solo quedaban los ritmos mecánicos del cuerpo, su constante subir y bajar con cada respiración y exhalación, y su incesante latido, nunca abandonando su marcha hacia adelante.



Oyó una mezcla de sonidos a la izquierda. Le llevó algún tiempo reconocer las cadenas de sonidos como voces, de varios tonos y ritmos. Durante un rato, le divirtió mantener los hilos de estas voces en su mente. Sin estar muy segura de lo que se suponía que debía hacer con ellos, los apretaba y estiraba, sentía la forma en que le llegaban. Algunos tenían una cualidad difusa, otros más tersos y aceitosos, algunos ásperos. Los sentía anidarse en su mente, resonar alrededor o sumergirse profundamente.

De sus redes emergió algo que reconoció solo después, cómo los hilos podían dividirse en trozos, pequeñas palabras. Descubrir las palabras le trajo mucha diversión, cada palabra llevaba consigo alguna imagen, como un tejido conectivo, como pegamento creando collages a partir de las imágenes.

Pronto, comprendió que los collages traían emociones consigo, o nuevos conjuntos de recuerdos. Como vagones, creaban oraciones, y las oraciones jugaban entre sí, chocaban unas contra otras como en un partido de fútbol. Convirtió el espacio de su mente en un campo de juego, observó los hilos de sonidos tejer palabras, palabras pegarse en frases, y las frases ser transportadas por trenes de pensamiento. A veces su comprensión se descarrilaba. A veces había demasiados sonidos para seguir. Con el tiempo, sin embargo, de la niebla emergieron conversaciones completas.

—¿Se recuperará completamente alguna vez?

—Los médicos no están diciendo nada definitivo todavía.

—¿Es cierto que su ex la operó?

Su ex llevaba algo muy emotivo. Sus pensamientos se agitaron con una nueva sustancia en ellos, creando patrones abstractos que pronto descendieron a la realidad de los recuerdos. Recuperó la figura de Maya de su memoria.

La imagen de la rabia en el salón regresó flotando, al igual que muchas otras. Un calor contra su pecho. Una voz tranquilizadora. Recordar a Maya trajo una repentina riqueza a sus pensamientos, cargados de sentimientos de varios sabores. Los recuerdos despertaron su mente, y pronto sucedió algo abrumador: recordó cómo levantar sus párpados, y una inundación de luz lastimó sus ojos.

—¡Dios mío, mirad! ¡Está despierta! —O'Malley señaló con el dedo a Elle, quien, por primera vez en días, recuperó la conciencia y ahora intentaba procesar lo que había sucedido.

—No señales con el dedo, es de mala educación —sonrió débilmente.

El grupo de bomberos estaba a punto de saltar de alegría al oír su voz. Comenzaron a hablar unos sobre otros, cada uno con una pregunta que hacer, cada uno queriendo contarle a Elle algo importante. Ella escaneó los rostros que saltaban a su alrededor y notó una ausencia significativa.

—¿Maya sabe que estoy aquí? —preguntó, con voz dolorosamente débil.

Sus amigos se miraron entre ellos, preocupados y susurrando. *Alguien debería llamar a la enfermera. No suena bien.* Johnson salió corriendo a buscar a alguien. La capitana Ramírez se acercó a Elle, tocando su mano con cuidado.

—Maya formaba parte del equipo que te trajo aquí —sonrió—. Se quedó en la sala de espera durante mucho tiempo antes de volver a sus obligaciones. La llamaremos para que venga en cuanto pueda, seguro.

Elle parpadeó, sorprendida.

—¿Cómo os conocéis vosotras dos?

—Nos conocimos aquí, de hecho, en el hospital visitándote —asintió—. Es una mujer muy agradable, Elle.

A Elle se le llenaron los ojos de lágrimas, así que giró la cabeza para no parecer dramática. Ramírez, con tacto, dio un paso atrás y miró hacia otro lado.

—Elle, tenías un aspecto horrible cuando te sacamos del edificio, en serio —dijo Haley, cerrando la puerta—. La enfermera viene de camino.

—Nos asustaste a todos —asintió Ramírez—. Debes de ser muy fuerte para haber sobrevivido a eso.

Todos estuvieron de acuerdo, mirando a Elle con compasión. Ella se sintió incómoda, casi compadecida, y quiso cambiar el tono de la conversación lo más rápido posible.

—Para ser sincera, chicos, me siento bastante mal. No podré ayudaros más, y la ciudad sigue siendo un desastre.

—Elle, nunca te tomé por alguien propenso a la autocompasión —dijo O'Malley en un tono burlón de sorpresa, pero rápidamente fue silenciada por una mirada crítica de Ramírez y el resto.

—Tienes razón —asintió Elle—. Es autocompasión. Pero también intento ser honesta.

—Tenemos muchos bomberos. Uno, incluso tan brillante como tú, no marcará tanta diferencia —dijo Ramírez de manera objetiva, pero su voz transmitía algo suave, algo que realmente tranquilizó a Elle.

Solo pudo decir *hmm* para afirmar las palabras de Ramírez. Pero temía que si dejaba salir las palabras de su boca, podría echarse a llorar de nuevo. La situación la abrumaba y se sentía débil ante ella, insegura de cómo reaccionar o afrontarla. No quería pedir a sus amigos que se fueran, pero la multitud alrededor de su habitación de hospital tampoco ayudaba.

Cuando un médico junto con una enfermera entraron y pidieron a todos que salieran, Elle se sintió inundada de alivio. Con el tiempo, un dolor creciente entró en su conciencia y su respiración se volvió más errática. Se fue cansando cada minuto más.

—¿Cómo se encuentra, señorita Rodríguez?

Lo que siguió fue agotador y largo, preguntas sobre la sensibilidad en varias partes de su cuerpo, el nivel de dolor y la

claridad de pensamiento, y Elle comenzó a sentirse interminablemente somnolienta, como si algo tirara de su manga y la arrastrara a un abismo de sueños, descanso, calma. El médico parecía preocupado.

—¿No siente eso, señorita Rodríguez?

—¿Qué? —preguntó, repentinamente despierta por la sensación nerviosa de que algo iba mal, basándose en la expresión del médico. Algo tenía que estar mal, y no sabía qué.

—Estoy tocando su pierna —explicó suavemente.

Elle miró hacia donde estaba su mano. Efectivamente estaba tocando su pierna, pero no podía sentir nada. Lo miró, aterrorizada, viendo toda su carrera disolviéndose justo delante de sus ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando él retiró su mano y apresuradamente tomó notas. Parecía compasivo pero se movía algo automáticamente, su compasión era una expresión entrenada y contenida. Elle no sabía qué pensar sobre ese tipo específico de frialdad.

—Sufrió una lesión cerebral grave. Se puede esperar cierta parálisis, incluso considerando los primeros auxilios rápidos que recibió. Trabajaremos en la rehabilitación, por supuesto.

—¿Entonces volveré a estar como antes? —disparó Elle, impaciente.

—No podemos saberlo con seguridad, señora. Por ahora, intente descansar lo máximo posible. Todavía está en las primeras etapas de recuperación —sonrió alentadoramente y salió de la habitación.

La enfermera le siguió rápidamente, después de mostrarle a Elle cómo llamar si necesitaba algo y proporcionarle un juego de botellas de agua nuevas. Tras conocer su estado, todo el cansancio abandonó el cuerpo de Elle. Se sentía nerviosa e inquieta, insegura sobre su futuro profesional y, sobre todo, perdida. Intentó recordar qué había llevado al accidente, pero no podía recordar nada más que una sensación abismal de estrés. Debió ser antes de que los escombros la golpearan. Empezó a temer que fuera su culpa, que debido a estar distraída, hubiera cometido un error, y por cortesía, ninguno de los visitantes se lo había dicho. El miedo se instaló en su estómago y permaneció allí hasta que sus pensamientos fueron

interrumpidos por el timbre de su teléfono en la mesita de noche. Sus vibraciones lo acercaban cada vez más al borde del mueble, así que finalmente, Elle lo alcanzó para cogerlo.

—¿Sí? —dijo, todavía completamente desacostumbrada al débil sonido de su voz.

—¿Elle? —La capitana Hunter, de todas las personas, definitivamente Elle no esperaba que fuera ella al teléfono—. ¿Cómo te encuentras?

—Eh... Bueno, difícil de decir —Elle se sentía sin preparación para describir su estado, aunque se dio cuenta de que tendría que soportar muchas conversaciones así en las próximas semanas—. No es una gran sensación estar aquí tumbada mientras todos vosotros seguís enfrentándoos a lo que queda de la destrucción del terremoto. ¿Cómo va, por cierto?

—Hmm... Conseguimos rescatar a muchas personas del desafortunado centro comercial. Ya sabes cuál. No te castigues. Sabes que es ridículo sentirse culpable. Nos las arreglaremos. Solo necesitamos que te tomes tu tiempo para sanar, y quizás también que tengas una buena charla con Maya.

—¿Cómo es que todos conocéis a Maya? —Elle podría jurar que oyó a Hunter sonreír mientras decía esa última parte. No tenía idea de lo que podría haber pasado durante esos pocos días que estuvo inconsciente.

—La conocimos en el hospital. Ella fue quien te cosió, por cierto.

—¿Qué? —Elle no podía creer lo que estaba oyendo.

—Sí, ¿no debía decírtelo? Ella estaba allí, te llevó en la camilla y te operó en la ambulancia. Te acompañó todo el camino, también. Realmente se preocupa por ti, así que no lo estropees, ¿eh?

—Bueno... Gracias por decírmelo —su voz se hizo un poco más fuerte con cada palabra, como si sus cuerdas vocales se estuvieran acostumbrando de nuevo a hablar—. ¿Y cómo está... la familia de la niña?

—Oh —Hunter bajó también el tono de voz—. ¿El de María? Fue un funeral precioso. Por supuesto que su familia está devastada, pero sabían el riesgo que conlleva este trabajo, Elle.

—Mmm —Elle deseaba desesperadamente sincerarse con Hunter sobre el recuerdo de aquel día y la culpa que le siguió. Aún se escondía en un rincón de su mente y todavía pesaba mucho. Quería conectar con alguien que también hubiera estado allí, y preguntarle a Hunter cómo estaba gestionando ella ese sentimiento. Elle respiró hondo y preguntó—: ¿Cómo te sientes tú al respecto, Hallie?

Hunter permaneció callada durante un rato. Elle solo podía oír los sonidos ocasionales de su respiración al otro lado de la línea. Disfrutó de este momento silencioso entre ellas, reconociendo el pesado tema que flotaba entre ambas, conectando sus mentes con una red de dolor, de algo sin resolver que silenciosamente conocía su lugar en la conversación. Cuando Hallie habló, su voz sonaba ligeramente ronca, más vulnerable de lo que Elle jamás la había escuchado antes.

—Siempre he conocido los riesgos de este trabajo. Durante mucho tiempo, pensé que tener una familia propia sería imposible debido a la naturaleza de mi profesión. Me ocupé de los nuevos reclutas, les inculqué los riesgos y la importancia de la atención al detalle y la comunicación, todo para que no fueran y se mataran —hizo una pausa, tomando una larga bocanada de aire antes de continuar—. Sabía todo eso, Elle. Y aun así... el día que María cayó, sentí como si de repente se abriera una puerta y me absorbiera sin posibilidad de retorno. Fue un shock para todos nosotros, y no hay vergüenza en tu dolor. Yo diría que es bastante esperable.

Elle asintió pensativa, agradecida por cada palabra que la calmaba como miel goteando. No había prisa ni impaciencia en la voz de Hunter, y se dio cuenta de que esto podría haber sido lo que necesitaba desde el principio.

—Creo que necesitaba hablar contigo, específicamente, sobre esto. Ya sabes, porque tú también estabas allí. Siento que aunque los demás tengan buena intención, hablar con ellos no me hace sentir tan tranquila como hablar contigo.

—Es comprensible —respondió Hunter.

—Todavía... me siento culpable por eso. Por no haber evitado que ocurriera, y ahora por sobrevivir a pesar de que las probabilidades eran escasas —Elle quería convertir ese sentimiento crudo en

palabras delicadas, envolver el dolor en papel de regalo y ofrecérselo a Hunter, esperando que ella misma desempacara esa sensación punzante.

—Es un sentimiento natural. Si te soy sincera, yo también lo siento, cada día desde el accidente —hizo una pausa—. Pero no hay nada que podamos hacer al respecto ahora, Elle, y darle vueltas a los "y si" no cambiará la situación. Solo necesitamos seguir adelante, ayudar a otros, enseñarles mejor, estar más atentos y permitirnos llorar en privado. Tendrás mucho tiempo para procesar todo ahora. Por lo que oigo, no saldrás de aquí pronto.

Elle estaba infinitamente agradecida por el suave cambio de tema. Había recibido toda la tranquilidad que podía pedir y se sentía un poco más cómoda con sus emociones aún a flor de piel. Entonces miró sus piernas, resignada.

—No sé qué va a ser de mí. No tengo sensibilidad en las piernas —dijo, suspirando.

—Joder.

—Sí. Hablan de rehabilitación, sin embargo, y dicen que es difícil saber cómo de bien me recuperaré todavía. Así que tal vez no sea tan malo... —dijo Elle con un poco más de esperanza en su tono de la que realmente sentía.

—Bueno, crucemos los dedos. Sabes que todos te apoyamos en la estación, Elle. Ahora tengo que irme, y seguro que tú también necesitas dormir un poco, pero si alguna vez necesitas algo de nosotros, sabes a quién llamar.

Al colgar, Elle sintió la necesidad de procesar toda la información que había descubierto gracias a Hunter. El hecho de que fuera Maya quien le había salvado la vida le pesaba enormemente, sabiendo lo difícil que debió ser operar a alguien a quien conocía, y nada menos que a la cabeza de Elle. Sentía la necesidad de hablar con ella, pero se sentía demasiado agotada por todos los encuentros del día para volver a coger el teléfono. Su cuerpo se sentía pesado, anhelando dormir.

Sus ojos comenzaban a cerrarse, pero algo le impidió quedarse dormida todavía. A través de las rendijas que quedaban de su visión,

vio un periódico sobre la mesita de noche. Curiosa, Elle lo cogió y estudió la primera página.

¡Otra bombera gravemente herida tras la trágica muerte de la bombera María Smith!

—Oh mira, mamá, he salido en los periódicos —murmuró Elle para sí misma.

El artículo tenía un tono sensacionalista, lleno de signos de exclamación y escritura especulativa. El periodista intentaba adivinar las lesiones de Elle, pero claramente no tenía fuentes fiables. A la izquierda había una foto del funeral de María. Elle se sintió extraña, al verse agrupada con María en la misma página. Suponía que había estado cerca de la muerte, pero habiendo sobrevivido, no sentía el peligro real que se había cernido sobre ella antes. Todo le había sucedido mientras estaba inconsciente de principio a fin, y sentía como si la casi muerte se le hubiera escapado por completo. No había experimentado ningún miedo por su vida, o al menos no lo recordaba.

Cuando se acomodó de nuevo en su cama preparándose para dormir, los recuerdos de ella y Maya tras la muerte de María vinieron a su mente. Recordaba lo gentil que era Maya, lo naturalmente cuidadosa. Esperaba que siguiera siendo así cuando volvieran a verse. Sabía que tendría que disculparse de una vez por todas, hacer borrón y cuenta nueva para que ambas pudieran reescribir su historia juntas. Las palabras adecuadas tendrían que llegarle de alguna manera para que Maya supiera cuánto le importaba.

Pensando en esto, sus ojos comenzaron a cerrarse, esta vez llevándola finalmente a las suaves sábanas del sueño. Esta vez no tuvo sueños, ni recuerdos reproduciéndose en su cabeza. Su cuerpo se sumió en un descanso reparador, cada tejido luchando por recomponerla.

16

MAYA

Después de la rápida conversación telefónica con Ramírez, Maya sentía como si todo su cuerpo estuviera constantemente pinchado por agujas, sin importar si estaba sentada, de pie, caminando o trabajando. Y tenía que trabajar. El constante flujo de ambulancias desbordadas de pacientes imponía océanos de trabajo sobre ella y sus colegas, decenas de horas extra, analgésicos, cafés negros, bebidas energéticas y Ubers de vuelta a casa. Se sentía desesperada por ver a Elle, pero tenía que esperar hasta el final de su interminable turno. Debía pensar en sus pacientes. Debía permanecer atenta durante la cirugía. A menudo, se sentía inhumana, sobrehumana en cierto sentido, existiendo solo dentro del marco de su trabajo. Pero eso tenía que romperse por Elle.

Finalmente, en los márgenes del amanecer, quedó libre para irse. Sus extremidades y espalda estaban increíblemente doloridas, pero el aire era fresco, ese tipo de frescura que solo el final del verano al amanecer puede proporcionar. No podía ir a ver a Elle a esta hora, naturalmente, pero tampoco podía obligarse a ir a casa a dormir, por miedo a quedarse dormida y perder el horario de visitas. Decidió conducir hasta una cafetería y esperar allí, quizás recoger un libro en

el camino, aunque sabía perfectamente que no tendría paciencia ni concentración para leer.

Condujo su coche por primera vez en días, sintiéndose extrañamente en paz, sabiendo qué hacer. Se aseguraría de que Elle recibiera los mejores cuidados, los mejores consejos, el mejor equipo de rehabilitación. Esta era una ventaja de ser médico que nunca abandonaría: siempre sabía qué era lo mejor para su familia, o al menos tenía las herramientas para aprenderlo rápidamente.

¿Era Elle parte de su familia otra vez? Maya no quería reflexionar sobre esa pregunta antes de tener la oportunidad de hablar con ella.

Conocía una panadería-cafetería que abría desde las 6 a.m. y dirigió su coche hacia allí. Normalmente estaba llena de empresarios preparándose para un vuelo de trabajo o casos desesperados de gente que había estado de fiesta toda la noche y buscaba un lugar donde sentarse con un café por la mañana. Le gustaba observarlos, a esas personas que claramente habían pasado la noche en vela pero definitivamente no por motivos laborales. Sus vidas parecían tan extrañamente separadas de la suya, tan completamente frívolas y ajenas. Incluso en la facultad de medicina, nunca podía permitirse ir de fiesta así. Algunos de los adolescentes, o personas de poco más de veinte años, estaban sentados en pareja, ostentosamente enamorados. Bebiendo de la misma taza, robándose pequeños besos. Por primera vez en años, sin embargo, Maya no se sintió hastiada al verlos. No había un toque de celos, solo un atisbo de calidez de reconocimiento. Sonrió para sí misma, pidiendo un café con lavanda.

Sentada con su bebida, Maya comprobó la hora. 6:36 a.m. Sintió que valía la pena arriesgarse y llamar a Colin. A veces él tenía que estar despierto a esta hora, así que quizás podría pillarle cepillándose los dientes o abrochándose la camisa. El constante pitido en la línea la hizo sentirse adormilada por un momento, la agotadora noche finalmente reclamando su mente, pero la voz de Colin rápidamente la devolvió a la realidad.

—¿Qué pasa? —dijo con un bostezo apenas disimulado.

—Esperaba que tuvieras un segundo para hablar, ¿quizás? —Dejó que su voz tomara su curso natural en lugar de fingir que no estaba

cansada, que no estaba preocupada y abrumada.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Toda esta situación me está pesando un poco, ¿sabes? Elle en el hospital y yo todavía teniendo que trabajar en vez de estar a su lado. Se siente mal. —Dejó escapar un suspiro silencioso, observando pasivamente a dos adolescentes sin dormir besándose en un rincón tranquilo. Al darse cuenta de que estaba mirando fijamente, apartó rápidamente la mirada—. ¿Qué piensas?

—Creo que deberías tomarte un descanso del trabajo y estar con Elle, ya que os habéis vuelto tan cercanas. Literalmente casi muere.

—No puedo simplemente *tomarme un descanso del trabajo*. Todavía estamos lidiando con las consecuencias del terremoto, y el hospital está más lleno que nunca. ¿Crees que puedo simplemente...?

—¿No te quedan días de permiso remunerado? —Interrumpió su espiral.

—Sí, pero...

—Bueno, entonces, ¿cuál es el problema? Deja de ponerte excusas y comprométete con la idea de que vosotras dos estáis juntas en serio. Ayúdala. Un cirujano menos durante dos días no cambiará el mundo —dijo Colin con un poco de exceso de confianza, pero Maya tuvo que admitir que tenía razón.

—Tienes razón. Tienes razón. No quiero dejar a mi equipo solo, pero dos días no harán daño.

—Ahí lo tienes.

—¿Cómo está Alexei? Siento no haber ido a visitarle desde hace tanto tiempo. —Maya sintió una punzada de culpa al pensar en su sobrino. Últimamente su vida había sido tan agitada que no había tenido tiempo para ver cómo estaba.

—Ah, no te preocupes. Está sorprendentemente bien, justo como dijiste que estaría. Ha vuelto al colegio, se recuperó en tiempo récord. Gracias a ti, Maya.

—Si no hubiera sido yo, habría sido otra persona. Lo sabes. Pero me alegra mucho oír que ha vuelto a su vida.

Después de intercambiar pensamientos sobre la casa de sus padres, y Colin enumerando cómo había ido la renovación, le

recordó a Maya que tenía que ir a trabajar. Apresuradamente, se despidieron, y ahora estaba sentada con un café frío en la mano, habiéndose olvidado de beberlo mientras hablaba con Colin. Su reloj marcaba las 7:40 a.m. Habían estado hablando durante una hora. Bebió de un trago el resto de su café, saboreando el jarabe de lavanda condensado en el fondo, luego se levantó y se dirigió a su coche. Era la hora. Por fin podría ver a Elle y, si todo iba bien, podría tener una conversación importante con ella.

El tráfico era ligero, y sentía como si su coche se elevara a través de los carriles recién trazados. La ciudad había tenido que reparar las carreteras agrietadas por el terremoto, y el asfalto fresco y suave se sentía celestial bajo las ruedas del coche. Sin baches en el camino, sin fricción áspera.

Cuando llegó al hospital, una sensación escalofriante le recorrió la espalda. Recordaba con demasiada claridad haber llevado a Elle al interior del vestíbulo, esperando y esperando en el sofá de visitantes, haciendo que su columna se volviera dolorida y que sus piernas sintieran picor por moverse. Ahora también tendría que esperar. El horario de visitas comenzaría en media hora, y una vez más tendría que dejar descansar su cuerpo contra uno de los incómodos sofás. Las revistas dispuestas para los visitantes hablaban de medicina, moda y cuidado infantil. También había algunos periódicos por allí, pero no le apetecía sumergirse en el abismo de descripciones del sufrimiento por toda la ciudad. Realmente deseaba que el terremoto pudiera abandonar ya su mente, las mentes de todos, que pudieran continuar con sus vidas como antes. Desafortunadamente, eso no sería posible durante muchos meses más.

—¿Dra. Monroe? —Una enfermera la llamó a la habitación de Elle, y Maya la siguió temblorosamente.

La habitación tenía la característica atmósfera de convalecencia hospitalaria. Las persianas estaban bajadas en las ventanas, y había botellas de agua alrededor de la cama y sobre la mesita de noche. Pero los ojos de Maya rápidamente se posaron en Elle. Su pecho subía y bajaba con el ritmo pacífico del sueño, tan vulnerable e inocente que Maya sintió deseos de besar la frente de Elle. Se sentó

en una silla colocada contra una de las paredes, siguiendo las instrucciones de la enfermera de esperar hasta que Elle despertara. Los ojos de Elle se movían frenéticamente de izquierda a derecha bajo sus párpados, lo que significaba que estaba en fase REM.

Maya no podía evitar mirarla y preguntarse, tratando de adivinar de qué podrían tratar los sueños. Rara vez recordaba sus propios sueños. Su sueño era o demasiado corto y ligero, o tenía que levantarse y ponerse en marcha demasiado rápido para recordar. Los sueños se evaporaban de su cabeza tan pronto como salía de casa. Pero estando en una cama de hospital todo el día, pensó, uno debe pasar mucho tiempo con sus propios sueños y recuerdos.

Después de un largo rato sentada leyendo los periódicos que quedaban y pensando en lo que le gustaría decir, Elle despertó. Sus ojos escanearon la habitación y, al encontrar a Maya, sus labios se extendieron en una sonrisa tan cálida que Maya no pudo evitar sonrojarse.

—Hola —dijo suavemente.

—Hola —La voz de Elle sonaba un poco áspera, pero Maya podía ver que estaba feliz de verla—. Ven aquí —extendió sus brazos, invitando a Maya a un abrazo.

No tuvo que repetirlo. Ni siquiera pasó un segundo antes de que Maya estuviera entre sus brazos, apenas conteniendo lágrimas de alivio—. Estaba tan, tan preocupada por ti —susurró.

Elle depositó un beso suave en su mejilla—. Lo sé. Me dijeron que me trajiste aquí cuando estaba inconsciente.

Maya la miró sorprendida—. ¿Quién te lo dijo?

—No importa —Elle sonrió, negando con la cabeza. Acercó el rostro de Maya al suyo, y compartieron un beso lento y tierno.

Maya sintió una gran necesidad de abrazar a Elle, sentir su cuerpo cerca y vivo, respirando, cálido y en movimiento. Nunca quería dejar de besarla, ni estar en sus brazos, pero sabía que tendrían que esperar para eso, que no podía cansar demasiado a Elle. Suavemente, se apartó, presionando un último beso en el rostro de Elle.

—¿Cómo te encuentras? —Involuntariamente escaneó los monitores junto a la cama de Elle, observando cómo cambiaban

ahora que estaba despierta, estudiando la actividad de su cuerpo en detalle. Pero quería estar presente, escuchar la voz de Elle y sumergirse en ella.

—Bueno, empezaré diciendo lo que no siento. No puedo sentir mis piernas.

Maya la miró seriamente—. Eso he oído —dijo. Sabía que había una posibilidad de recuperación, sin embargo, y sabía que trabajarían duro para que sucediera—. Pero tienes posibilidades de recuperarte.

Elle asintió. Maya podía ver que estaba asustada ante la realidad de no poder caminar y tener que cambiar su carrera. No insistió. Sabía que a Elle no le gustaba hablar de sus sentimientos, y no era necesario en este momento.

—Quiero que sepas que estaré a tu lado en cada paso del camino —dijo Maya con cuidado—. Si quieres que lo esté, claro.

Elle giró la cabeza, aunque tomó la mano de Maya—. Por supuesto. Creo que necesitamos hablar de algunas cosas primero, sin embargo. Necesito contarte algunas cosas, al menos.

—Te escucho —El corazón de Maya saltó a su garganta. ¿Elle estaba rompiendo con ella? No le gustaba el tono serio de la voz de Elle, ni la forma en que no miraba a los ojos de Maya, girando la cabeza. Mantuvo su mano en la de Elle, esperando que no pudiera sentir su acelerado pulso. Elle permaneció callada, poniéndola aún más nerviosa—. ¿Qué ocurre, Elle?

—Es... Es difícil para mí —Elle giró la cabeza para finalmente mirar a Maya. Tomó una profunda inspiración, y luego comenzó—. Te debo una verdadera disculpa, ante todo. Sabes que disculparme no me resulta fácil. De hecho, creo que esta será la primera vez en mi vida que tengo que hacerlo desde el fondo de mi corazón sin ser una cobarde. Pero espero que seas paciente conmigo.

Maya asintió, incapaz de hablar debido al creciente nudo en su garganta. Elle lo entendió.

—Gracias. He estado reflexionando mucho sobre mi pasado estos últimos días, y como sabes, trabajando en mis sentimientos durante los últimos meses. Pero aquí en el hospital, muchos recuerdos vinieron a mi mente, algunos que había olvidado, otros que había

ocultado a propósito. Pero tumbada aquí completamente sola, fue imposible no enfrentarse a ciertas cosas —Hizo una pausa, Maya podía ver que decir estas cosas requería mucho esfuerzo—. Pensé en cómo se desarrollaron las cosas entre nosotras, y en la forma en que me comporté.

Se tomó tiempo para mirar profundamente a los ojos de Maya antes de decir—: Me comporté de manera muy egoísta muchas veces, y nunca realmente afronté la forma en que te traicioné en aquel entonces. Necesito que sepas que lo lamento, realmente lo lamento, hasta el día de hoy, y siento lo que hice. Estar contigo fue el mejor momento de mi vida. Estar contigo ahora es vigorizante y preciado para mí. Nunca he sentido por otra mujer lo que siento por ti, no en todos estos años. Quizás sea diferente para ti. Quizás has conocido un amor más intenso. Pero para mí, siempre has sido tú. Así es como me siento, y eso es lo que necesitaba decir.

Tras decirlo todo, retiró cuidadosamente su mano, dándole a Maya tiempo para pensar. Maya se quedó completamente maravillada. Todo lo que había necesitado escuchar de Elle, todo lo que tenía en mente, acababa de ser expresado con palabras y servido en bandeja. Intentó componer una respuesta bien meditada, algo que estuviera a la altura de la intensidad de Elle, pero sus pulmones parecían tener mucha prisa y sus ojos se llenaron de lágrimas, difuminando todo y haciéndola sentir abrumada por emociones positivas.

—Elle, dame un momento, lo siento, yo... —Maya luchaba por articular las palabras—. Me alegra mucho oír esto. Estoy tan aliviada.

Elle sonrió.

—¿Aceptas mis disculpas?

—¡Sí! Sí, cariño, las acepto. —Maya tomó las manos de Elle esta vez, pero eso no era suficiente, así que se inclinó y le dio un beso. Lo que se suponía que iba a ser un beso corto rápidamente se convirtió en uno largo, entrelazado con la lengua, y tuvieron que recordar que, al fin y al cabo, estaban en un hospital.

—He estado esperando tanto tiempo para superar esto —añadió, todavía mareada por el beso.

—¿Y entiendes que nunca volvería a hacerte algo así?

—Yo... confío en ti, Elle. —Maya asintió. Su pecho palpitaba de emoción, y un sentimiento abrumador de esperanza anidaba seguro en su mente—. Entonces, ¿te gustaría... te gustaría que volviéramos oficialmente?

—Un millón de veces *sí*. Aunque no quiero que pienses que me disculpé solo para volver contigo. Si prefieres que sigamos siendo amigas, o cualquier otra cosa, estaré... sufriré, pero lo entenderé.

—No seas tonta. —Maya negó con la cabeza—. Ha sido la disculpa más sincera que he recibido nunca. Me encantaría que volviéramos. Creo que las últimas semanas me han demostrado eso más que nada. —Miró a un lado por un momento, sonrojada—. Además, quería decirte que no eres la única en sentir que lo que teníamos, tenemos, es especial. Yo tampoco he sentido por nadie lo que siento por ti, Elle.

Al escuchar eso, Elle pareció más relajada. La sonrisa familiar se asomó a sus labios, y se inclinó para susurrar algo.

—Vamos a celebrarlo.

—¿A qué te refieres? ¿No estamos celebrando? —Maya la miró sin entender. Elle parecía traviesa, sus ojos brillaban como los de un niño pequeño—. ¿Elle?

—¿Crees que podrías colar una bebida? —Guiñó un ojo.

—Elle, esto es un hospital, y has tenido una grave lesión cerebral. ¿Crees que como médica, yo traería alcohol? —Maya se rió ante la idea, despeinando el pelo de Elle—. Puedes sobrevivir sin él.

—Vamos, me estoy aburriendo mortalmente aquí. Quiero celebrarlo contigo. Espero que puedas quedarte un poco más —explicó inocentemente.

—Puedo traerte champán sin alcohol y quedarme toda la noche. ¿Qué te parece? —Maya se levantó del borde de la cama donde había estado sentada.

—Perfecto. —Elle asintió—. Pero, ¿qué quieres decir? ¿No estás trabajando?

—Me he tomado unos días libres —explicó Maya—. Dos días para pasar tiempo contigo y hacer que sea un poco menos aburrido aquí, espero. —Miró alrededor—. El color blanco por todas partes es realmente espantoso, ¿eh?

—La verdad es que me estoy volviendo loca por eso. No creo que pueda mirar nada blanco durante el resto de mi vida. —Se rieron un poco, disfrutando de esta atmósfera relajada después de sus tensas confesiones—. Si nos vamos a vivir juntas, nada puede ser blanco, Maya.

—De acuerdo, ya veremos. No pienso renunciar a mi piso. Acabo de comprarlo.

—Pero yo tengo una casa.

—¿Qué tal si tenemos esta conversación en otro momento? —Maya se inclinó para darle otro beso a Elle y fue cálidamente recibida por sus labios—. Voy a buscar ese vino.

Una vez de vuelta, abrieron la botella y fingieron como si realmente las estuviera achispando, volviéndose cada vez más creativas en sus formas de imitar un estado de embriaguez. También hicieron uso de los juegos del hospital, abandonando rápidamente pasatiempos sofisticados como el ajedrez o incluso las damas en favor de los juegos claramente destinados a familias con niños pequeños.

A veces hacían tanto ruido que una enfermera tuvo que entrar, recordándoles que respetaran a los demás pacientes y guardaran silencio.

—Me siento como una niña pequeña —dijo Maya, ahogando una carcajada. No podía recordar un momento en el que hubiera reído tanto—. Debería saberlo mejor. Soy médica.

—Lo superarán. —Elle colocó el pelo de Maya detrás de su oreja —. Sin embargo, tú no superarás esto. —Y se comió el último hipopótamo de Maya, haciéndola perder el juego.

—Que te den. —Maya se levantó bromeando como si se fuera.

—Podemos jugar otra vez. Seré más suave contigo. —Elle lo abrió de nuevo, haciendo espacio en la cama.

Después de un tiempo, Elle empezó a mostrarse visiblemente somnolienta. Maya no pudo evitar pensar que era bastante adorable, la forma en que bostezaba incontrolablemente y dejaba caer sus párpados casi por completo sobre sus ojos adormilados.

—¿Te gustaría ir a dormir? —sugirió Maya, después de otra serie de bostezos muy contagiosos.

—Venga ya, no soy una niña pequeña —dijo Elle en un tono fingidamente ofendido.

—Déjame reformularlo. Me gustaría ir a dormir —se corrigió Maya—. Estuve despierta toda la noche anterior.

—Oh. —Elle asintió—. Claro, entonces. ¿Vas a tomar *el sofá*? —Señaló la silla de aspecto muy incómodo.

—Con mucho gusto. —Maya suspiró—. Me conseguiré algunas almohadas y una manta. ¿Me esperarás?

—Muy graciosa.

Pero Elle, de hecho, no esperó. Cuando Maya regresó después de pedirle almohadas a la enfermera irritada, vio que su querida ya se había alejado a algún lugar lejano bajo una espesa capa de sueño profundo. Se acomodó silenciosamente en la silla, desconcertada sobre dónde poner sus piernas para no verse demasiado ridícula pero también para poder quedarse dormida, al menos por un momento. La manta era un poco áspera y bastante cálida, pero no podía estar más feliz. Estaba de vuelta con Elle sin comprometer sus límites, sin hacer el ridículo. Estaba de vuelta con Elle en sus propios términos, habiendo escuchado una de las disculpas más hermosas de su vida. Sincera y hecha con esfuerzo. Mirando de vez en cuando a Elle dormida, pronto ella misma se quedó dormida, sin ser consciente de lo dolorida que estaría su espalda al día siguiente.

~

—Elle, cariño —sacudió delicadamente el brazo de Elle, lamentando tener que despertarla, pero también increíblemente emocionada. Tocó su brazo otra vez—. ¿Elle?

—Quizás deberíamos esperar, ya sabes, parece estar profundamente dormida —sugirió Colin, cambiando su peso de un pie a otro, visiblemente nervioso.

—Quizás —Maya miró a Elle con pesar—. Pero tendrás que irte pronto. Realmente quería que vosotros dos hablarais de nuevo —sonrió.

—¿Quién es? —la voz de Elle interrumpió su conversación. Se removió en la cama sin abrir los ojos, su voz aún llevando pequeños granos de sueño. Suspiró, luego se preparó para volver a dormirse, arropándose con las sábanas.

—¿Elle? —dijo Maya suavemente—. Colin ha venido a visitarte.

Elle abrió los ojos esta vez. Miró a Colin de arriba abajo y su rostro se iluminó. —¡Colin! Ven aquí, necesito un abrazo —dijo, casi riendo.

—Hace tanto que no nos vemos —Colin se acercó para abrazarla, torpemente cuidadoso, como si no supiera si rompería algo. Maya siempre encontró enternecedora la forma en que se comportaba en los hospitales, andando con pies de plomo—. Siempre estuve deseando que vosotras dos volvierais juntas —susurró a medias.

—¡Eh! Eso no es algo que se diga para apoyar —le reprendió Maya, uniéndose al abrazo.

Se sentía completamente en paz, teniendo de nuevo a Elle y a Colin con ella, se sentía lista para darle a Elle todo su apoyo en el proceso de rehabilitación. También se sentía lista para enfrentar el trabajo de nuevo, sabiendo que siempre tenía a Elle para apoyarse y regresar. Finalmente se soltaron, más que felices por la reunión.

—Cuéntamelo todo —dijo Elle primero—. ¿Cómo va todo? ¿Qué pasó después de tu boda? Ahí es cuando dejé de seguir los acontecimientos. —Maya podía ver que estaba hambrienta de detalles y se alegró de poder reunir a los dos de nuevo.

Cuando Maya y Elle estaban saliendo, Elle se había llevado muy bien con Colin. Pronto, Maya comenzó a descubrirlos quedando sin ella cuando tenía que quedarse en la facultad de medicina hasta tarde, y su amistad floreció rápidamente. Luego, Colin se fue a estudiar, y la ruptura entre Maya y Elle obviamente mantuvo a Elle y Colin más distanciados. Ver reavivarse su amistad se sentía bien, aunque un poco nostálgico para Maya, recordándole un período de sus vidas ya muy lejano.

—Bueno, mi hijo Alexei ya está crecido. Deberías conocerlo definitivamente. Os llevaréis muy bien, estoy seguro.

—Me encantaría. —Elle asintió vigorosamente—. Lo recuerdo como un niño pequeño.

—¿Te lo ha contado Maya? —Colin miró hacia Maya en una forma de pregunta silenciosa—. ¿Elle lo sabe?

Maya negó con la cabeza. —No creo.

—Oh, hace algún tiempo, el autobús escolar de Alexei tuvo un accidente, y fue salvado por nadie menos que la propia Maya. —Asintió—. No puedo imaginar lo aterrador que debe haber sido operar a alguien que conoces.

—Sí, ella tiende a hacer eso mucho, ¿verdad? —Elle le guiñó un ojo a Maya pero no dijo nada más sobre ser salvada—. Es una cirujana realmente buena, y no puedo dejar de estar orgullosa de ella —le dijo a Colin como si Maya no estuviera en la habitación con ellos.

—Está bien, parad. Es solo mi trabajo —protestó Maya—. A ti tampoco te gusta que la gente se te acerque diciendo que eres una heroína y todo eso, ¿verdad?

—Oh, me encanta. —Elle se rio—. Soy una narcisista. ¿No lo sabías?

Ella y Colin se rieron. Maya solo podía mirarlos y sentir que su pecho se calentaba. —Somos el estereotipo, Elle —dijo después de un rato—. Somos las tías lesbianas.

—No preferiría ser otra cosa —le dijo Elle cálidamente.

—¿No preferirías...? —preguntó Maya, pero la pregunta escapó a la atención de Elle.

A veces se sorprendía imaginando escenarios sobre los que no se sentiría lo suficientemente valiente como para preguntarle a Elle, definitivamente no tan temprano en su relación recién renovada. Pero la imagen de ella, Elle y un niño a veces se colaba en su mente. Era una idea distante y abstracta, y sin embargo. Tenía miedo de que Elle nunca lo consideraría seriamente, así que prefería pensar en ello como algo abstracto y extravagante, un capricho que nunca consideraría hacer realidad. Sacudió la cabeza, queriendo estar presente en el momento.

—Elle, espero que vengas alguna vez a una barbacoa o algo así. ¿Sigues siendo buena con la parrilla? —preguntó Colin.

—Bueno, tan pronto como pueda caminar —respondió Elle en broma, aunque Maya pudo ver que el pensamiento atravesó su

alegría y le recordó su miserable situación.

—Mierda, lo siento, lo olvidé. —Colin se rascó la cabeza torpemente—. Estoy seguro de que te recuperarás, sin embargo. Tu cuidado estará bajo el ojo vigilante de Maya, y ella no permitirá que nadie te engañe.

—Entonces tú no me engañes diciendo cosas que pueden no hacerse realidad. —Elle lo miró seriamente—. Aunque me muero por conocer a Alexei. Tan pronto como salga de aquí, deberíamos planear algo juntos. Y sí, soy *increíble* cuando se trata de hacer barbacoas. —Su expresión se suavizó con una sonrisa juguetona.

Una vez que Colin y Elle se despidieron, Maya salió para acompañarlo fuera del hospital.

—Me alegro de que vosotros dos sigáis llevándoos tan bien —dijo con orgullo.

—Sí, ella no ha cambiado en absoluto. —Sonrió—. Me alegro mucho de que hayáis vuelto a estar juntas. Parece que encajáis muy bien la una con la otra.

—Tienes razón, como siempre.

Fuera de la puerta les esperaba una mañana fresca. Nubes perezosas se extendían por todo el cielo azul brillante, y Maya pensó en el otoño que se acercaba. No podía esperar para verlo. El otoño en Phoenix Ridge era la estación más hermosa con su alfombra de hojas doradas decorando las calles, el sol otoñal brillando a través de las ramas desnudas de los árboles. No podía esperar para experimentarlo de nuevo con Elle a su lado, haciendo juntas todas esas cosas empalagosas de pareja en su tiempo libre.

Maya y Colin se abrazaron para despedirse y él se marchó, buscando su coche, habiendo olvidado de nuevo dónde lo había aparcado. Ella le observó caminar por el aparcamiento, divertida y con cariño. Nunca recordaba dónde dejaba su coche. A veces, pensaba, hay personas que no cambian y no tienen por qué hacerlo.

Al volver al interior del hospital, sabía que pronto tendría que despedirse de Elle y estaba intentando alejar ese momento de sus pensamientos tanto como fuera posible. No podía estar de acuerdo con Colin respecto a Elle; Elle había cambiado, para mejor. Ahora estaba más dispuesta a hablar de sus sentimientos con Maya, más

abierta a mostrarse vulnerable con ella que cuando habían estado juntas antes. Eso la hacía sentirse orgullosa. Elle estaba preparada para trabajar en sí misma y cambiar por Maya, esforzándose de verdad por estar con ella.

—Hola de nuevo —entró en la habitación donde Elle la esperaba —. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo?

Elle no tenía buen aspecto. Sus ojos miraban nerviosamente alrededor y parecía estar brillando de sudor. Maya se detuvo en el umbral, preocupada.

—Me siento estresada por algo, muy estresada. ¿Te parece que he olvidado algo importante? —miró a Maya—. Me hormiguea el pecho.

Maya se acercó, queriendo consolar a Elle. Las lesiones cerebrales podían causar oleadas aleatorias de estrés, y sabía lo frustrante que sería para Elle descubrir que se sentía así sin una razón real. Se sentó en el borde de la cama, tomando la mano de Elle.

—Todo está bien. No has olvidado nada —acarició los nudillos de Elle con sus dedos—. Puede que empieces a sentirte así a veces sin ninguna razón real. Quiero decir, hay una razón, pero es física. Es por tu lesión, y puede joderte así de vez en cuando.

Elle intentó respirar hondo, pero su respiración pareció desmoronarse en algún punto del camino hacia sus pulmones. Cerró los ojos.

—¿Y qué puedo hacer cuando esto ocurra?

—Cualquier cosa que harías normalmente cuando estás estresada. Cualquier cosa que te ayude a relajarte —Maya continuó hablando con voz suave—. También puedes pedirle al enfermero un sedante. Pueden darte eso.

—Hmm... —Elle la miró—. En un momento, quizás. ¿Puedo besarte?

Los labios de Maya se extendieron en una pequeña sonrisa.

—¿Es eso lo que haces cuando estás estresada?

—Siempre —dijo Elle, atrayéndola para un beso.

Sus labios se encontraron con ternura, explorándose lentamente, tomándose su tiempo para saborear el beso. Maya pudo sentir cómo

Elle se relajaba un poco, y puso una mano en el cuello de Elle, queriendo acercarla más. Permanecieron así por un rato, simplemente respirando la existencia de la otra, olvidando de nuevo que estaban en un hospital.

—Cariño, nos estamos olvidando de nuevo de dónde estamos —Maya se apartó lentamente, dejando un beso en la frente de Elle.

—Solo tú puedes llamarme cariño sin que suene extraño, ¿lo sabías?

—Bueno —Maya sonrió con picardía—. Me aseguraré de hacer uso del privilegio.

Compartieron el desayuno del hospital, y luego siguieron prolongando el momento de separarse. Su tiempo juntas se sentía agradablemente pegajoso, como la miel durante el verano, brillando al sol y haciendo que los dedos de los niños se peguen entre sí. Maya se sentía impotente para alejar sus extremidades del hospital, sentía como si pudiera hacer que los minutos duraran más si tan solo lo intentaba.

—Maya, deberías descansar de verdad antes de volver al trabajo, ¿sabes? —Elle seguía diciendo mientras jugaba con el pelo de Maya —. De lo contrario me preocuparé por ti.

—Me iré —suspiró—. Es solo que no quiero dejarte de nuevo, te he echado tanto de menos, y finalmente estás despierta.

—Volverás a visitarme pronto —Elle levantó el rostro de Maya para encontrarse con sus ojos—. ¿Lo harás, verdad? ¿Me visitarás muy pronto?

—Por supuesto —Maya tomó las manos de Elle entre las suyas—. Y asegúrate de mantenerme informada sobre tu tratamiento. Consúltame todo, ¿vale?

Elle gruñó. Maya sabía que se sentía tratada como una niña por la petición.

—¿Vale? —repitió—. Es importante, quiero que obtengas opiniones de todos los especialistas posibles, y eso me incluye a mí.

—Sí, supongo —dijo Elle, pero luego hizo un esfuerzo para añadir —: Gracias. Estás siendo de ayuda, lo sé. Gracias.

Maya besó su frente de nuevo, deleitándose en poder hacerlo. Ahora tenía la licencia para besar su frente de nuevo por tiempo

indefinido. Eso le daba ganas de reír y hacerlo una y otra vez.

—Estoy tan feliz de estar contigo —confesó, prolongando el momento en la cama de Elle.

—Yo también estoy feliz de estar contigo. Espero estar contigo fuera de este hospital pronto. ¡Ahora vete! Recoge tus cosas, Maya —se rio—, también tienes que cuidar de ti misma.

Maya asintió, comenzando a recoger sus cosas. Durante las últimas veinte horas había logrado mezclar todo con las cosas de Elle, abandonadas en varios lugares alrededor de la cama. Le hacía feliz sentirse tan cómoda con Elle como para mostrarle su desorden, dejar que sus cosas cayeran y se perdieran. Sabía que las encontrarían de nuevo, juntas.

Habiendo recogido todo, era hora de irse. Se quedó de pie junto a la cama, incapaz de decir adiós.

—Nos veremos pronto —dijo, tranquilizándose más a sí misma que a Elle.

—Tenemos que hacerlo —Elle asintió—. Pero también tienes que cuidar de nuestra ciudad. Puedo esperar un poco.

—Está bien. Está bien. No seas tópica —Maya se rio—. Pero tienes razón. Todavía hay mucho que hacer... Esperemos que pronto dejemos atrás toda esta avalancha de tragedias causada por el terremoto.

—Esperemos —Elle estuvo de acuerdo.

Compartieron un abrazo de despedida demasiado largo, y después Maya finalmente emprendió su camino. Se sentía afligida por tener que dejar a Elle, con el corazón roto mientras se dirigía al coche, pero la idea de quedarse dormida en su cama le parecía irresistiblemente deliciosa. Durante demasiadas noches había prescindido o renunciado al sueño, o había dormido en la silla del hospital, y ahora la idea de su colchón a medida y el ligero edredón de verano que la envolvería con suavidad la llamaba.

Por el camino, pensó en llamar a sus padres con el pretexto de informarse sobre el progreso de las reformas de su edificio, por supuesto, pero realmente por alguna otra razón que no tenía clara. A veces sentía el impulso de hablar con ellos en momentos de alegría o logro, como si quisiera decir: *¡Mirad! La vida que trajisteis*

al mundo no es tan mala después de todo. Quizás era por una mezcla de gratitud y deseo de compartir su alegría. Qué extraño, pensó, haberse distanciado de quienes la trajeron aquí en primer lugar, de quienes le habían dado la oportunidad de experimentar toda la riqueza de la vida. Pero entonces, tal vez los que compartían estas alegrías y la riqueza de la vida eran los que más importaban.

Bostezó al entrar en su apartamento. Sus grandes ventanas dejaban entrar gruesos rayos de sol, y pensó en cómo pasaría el día antes de irse a dormir temprano. No podía permitirse dormir durante el día a menos que quisiera que su ritmo circadiano quedara completamente arruinado. El sol era tan tentador que decidió dar un paseo por el parque cercano. Sus senderos siempre estaban repletos de gente, y le gustaba observarlos. Mirar aquí y allá, ver a las abuelas empujando los carritos con sus nietos, a las parejas jóvenes paseando a sus perros, o a los niños pequeños aprendiendo a caminar, riéndose y cayendo en los brazos de sus padres.

Sí, iría al parque, dejaría que el sol empapara su piel y recordaría que todo entre ella y Elle iría bien a partir de ahora, siendo su lesión el único obstáculo apremiante. Dejó su bolso y fue a cambiarse a ropa fresca. Incluso al borde del otoño, se sentía primaveral, renacida en la ciudad de su pasado. Pensó en los lugares que podían cambiar de piel como una serpiente, sacudirse las escamas de los recuerdos y habitar algo nuevo, algunos rincones esperanzadores del futuro donde todavía hubiera espacio para cosas por venir.

Se preparó un té verde antes de salir, observando cómo el vapor se evaporaba hacia el techo. ¿Necesitaría dejar su piso para vivir con Elle? No quería ser la que hiciera sacrificios otra vez. Se prometió a sí misma que pensaría bien el asunto y le haría saber a Elle su preferencia, sin avergonzarse ni despreciar sus propias opiniones. Sabía que Elle lo aceptaría, esforzándose por encontrar algo que les conviniera a ambas. Dio largos sorbos al té, sintiendo cómo le calentaba el estómago. Luego dejó la taza vacía y salió a saborear el sol.

17

ELLE

El dolor se elevaba a través de sus extremidades, llevando su mente a un lugar lejano y brillante, irreal por la intensidad de las sensaciones. Sentía ganas de llorar, pero no le salían lágrimas de los ojos. Solo podía susurrar «Joder, joder, joder», pero su fisioterapeuta ya estaba acostumbrada a sus vulgaridades a estas alturas. Elle apreciaba sus nervios de acero y su enfoque sin tonterías, ocultos tras interacciones amables y serviciales.

—Lo estás haciendo genial, Elle —Michelle sostenía sus pantorrillas en sus manos—. Solo un poco más. ¡Tú puedes! ¡Ahí está!

—Eres una sádica, Michelle. Eres una sádica —dijo Elle entre dientes mientras intentaba con todas sus fuerzas mover la otra pierna. Su cuerpo se sentía rígido y desacostumbrado al movimiento después de semanas tumbada en la cama del hospital.

—Quizás, pero al menos estoy consiguiendo resultados —dijo Michelle con buen humor—. Vale, tomemos un descanso.

Durante las últimas semanas, Elle había estado dando lo mejor de sí en las sesiones de fisioterapia. Cuando los médicos le informaron que había un atisbo de esperanza de que pudiera volver a caminar, Elle puso toda su fuerza en lograr ese objetivo. Sus

sesiones eran agotadoras y largas, pero el trabajo estaba dando sus frutos. Podía dar algunos pasos, aunque su cerebro le gritaba que no lo hiciera, aunque sus piernas ardieran. Michelle era colega de Maya y prácticamente la mejor fisioterapeuta de la ciudad. A menudo empujaba a Elle hasta sus límites, pero siempre sabía cuándo parar. Su relación se había fortalecido con el tiempo, y Elle era cada vez más capaz de confiar en el criterio de Michelle.

—¿Deberíamos terminar por hoy, entonces? —dijo Elle, sintiéndose como un desastre sudoroso y jadeante.

—Creo que sí. ¿Cómo te sientes? —Michelle le dio unas palmaditas en la espalda a Elle mientras recogía sus cosas.

Elle se subió a su silla de ruedas, secándose la cara. —Sudada.

—¡Eso es bueno! Es como hacer ejercicio. Cuanto más esfuerzo pongas, más obtendrás. Estás haciendo verdaderos progresos, Elle.

—Todo gracias a ti —dijo simplemente.

Charlando, salieron de la clínica. Elle todavía se estaba acostumbrando a estar en una silla de ruedas. El mundo a su alrededor se veía muy diferente desde esa perspectiva, y recorrer las calles en posición sentada aún la desconcertaba a menudo. No podía conducir, lo que le apenaba enormemente, y tenía que pedir Ubers que fueran accesibles para ella, lo que a menudo significaba esperar más tiempo de lo habitual. Debido a todos los obstáculos, no le gustaba salir sola. A veces un grupo de sus amigos venía a visitarla y salían con ella. Tenía que tener cuidado de no beber y elegir lugares que fueran accesibles para sillas de ruedas. La incapacidad para caminar le abrió los ojos a muchos problemas en los que no habría pensado de otra manera. Al principio, su casa no era accesible para sillas de ruedas, así que ella y Maya tuvieron que instalar una rampa. Intentó subir las escaleras por su cuenta muchas veces, pero se cansaba a medio camino.

Se sentía extraña por el hecho de que sus piernas fueran completamente capaces de caminar, pero su cerebro no supiera cómo usarlas. Era como si hubiera vuelto a ser un bebé, incapaz de subir las escaleras y teniendo que depender de la ayuda de otros.

Por otro lado, esta experiencia le había hecho pedir ayuda tantas veces que finalmente había tenido que aprender a aceptarla. Se

había vuelto más cómoda pidiendo ayuda, aunque todavía le disgustaba enormemente y preferiría sufrir. Todo le llegaba poco a poco. Aceptar ayuda y poder volver a caminar, sabía que lograría ambas cosas. Especialmente teniendo a Maya a su lado. Su relación había florecido a pesar de la carga de trabajo que tenía Maya, y Elle apreciaba cada momento que podían pasar juntas, sin importar lo breve o escaso que fuera.

Salió de la furgoneta, agradeció al conductor y subió hasta su casa. Curiosamente, desde que había regresado del hospital en silla de ruedas, la señora Dumas se había mantenido callada a su alrededor. Sin discusiones ni descortesías, ni una sola cosa murmurada entre dientes. Quizás pensaba que, al final del día, los bomberos sí merecían el sueldo que recibían.

Si yo fuera ella también me sentiría tonta, pensó Elle.

Los hijos de la señora Dumas también parecían más educados, y toda la situación hacía que Elle se riera un poco cada vez que los veía regresar del trabajo, cortando el césped o cualquier otra actividad familiar en la que participaran mientras se aseguraban de que todo el vecindario los viera. A veces sentía lástima por la señora Dumas. Su marido casi nunca se encontraba haciendo el trabajo con los niños. Siempre era ella sola.

La casa de Elle permanecía tan vacía como siempre. Se estaba hartando de la soledad, del espacio que no compartía con nadie. Se sentía mal tener toda la casa para ella sola. Innecesariamente grandiosa. Pensó en venderla, en sugerirle a Maya que se mudaran juntas a algo que construirían ellas. Tener un hogar, como una pareja de adultos de verdad. No podía esperar a ver a Maya de nuevo y discutirlo con ella, hacer algo con todo este vacío. Se suponía que la visitaría por la tarde, pero el día se estiraba como caramelo caliente, con la luz dorada del sol de la primera hora de la tarde.

El teléfono de Elle sonó.

—¿Sí, capitana Ramírez? —dijo con un tono demasiado alegre. Vivía para estas llamadas telefónicas, enterándose de cómo le iba a la brigada, de lo grandes o pequeños que eran los progresos. Sentía

como si una parte de ella descansara allí en la estación, aunque no pudiera volver a ella.

—Hola, Rodríguez.

Escuchó la voz familiar y no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo va tu fisioterapia?

—Va tan rápido como puede. Lo cual no es muy rápido. —Elle suspiró—. ¿Cómo está el equipo?

—Todos te echan de menos. Especialmente en el camión. Ya sabes que O'Malley nunca será tan buena conductora como tú lo eras. —Ese *eras* hirió el corazón de Elle. Tenía que acostumbrarse a su vida actual, pero una parte de ella todavía anhelaba la emoción de la acción.

—Eso es evidente —bromeó—. Espero poder volver algún día.

—Todos lo esperamos. —Ramírez hizo una pausa por un momento, y Elle sintió que tenía algo en mente. Pero a Ramírez no se le podía presionar, y sabía que eventualmente se lo diría. Descansaron en silencio en la línea durante un rato, disfrutando del momentáneo silencio cómodo.

—Escucha —comenzó Ramírez—. Tengo una oferta para ti.

—¿Ah, sí? —El interés de Elle se despertó—. ¿De qué se trata?

—Creo que te vendría bien hacer algo de trabajo. Sé que debes estar aburridísima ahora mismo, con la rehabilitación como única cosa en tu mente. Una mujer puede volverse loca así, así que pensé en hablar con mis superiores.

—¿Y?

—Tengo un trabajo para ti. Un trabajo de escritorio, pero es todo lo que puedo ofrecerte por ahora. Una vez que te pongas de pie, literalmente, podrás unirte a nosotros de nuevo como bombera. —Ramírez parecía orgullosa de su sugerencia, esperando emocionada a que Elle hablara.

—¿Un trabajo de escritorio? ¿Qué tipo de trabajo de escritorio?

—Gestión de talento. Te encargarías de los recién llegados a nuestra brigada. ¿No es emocionante? ¿Juzgar a la gente como trabajo? Creo que serías perfecta para ello. Hablando más en serio, tus logros y años de experiencia te convertirían en un valioso activo.

Elle se sumió en sus pensamientos, nunca había considerado trabajar en un puesto de oficina. Definitivamente nunca había considerado escuchar tal oferta de Ramírez, pero bueno, todo cambia, y nada debería sorprenderla a estas alturas.

—Le agradezco la oportunidad, Capitán, lo pensaré. Le haré saber mi decisión en los próximos días. ¿Le parece bien? —No sonaba convencida, pero sus palabras eran sinceras. Quería considerarlo justamente, y confiaba en que Ramírez sabía lo que decía.

—Sé que es definitivamente un cambio respecto a lo que estás acostumbrada. Pero a veces los cambios son buenos, no lo olvides. Puede que aprendas algo nuevo, así que piénsalo y no dudes en hacérmelo saber. Te apoyaré sea cual sea tu decisión.

—Gracias, Capitán —Elle se sonrojó ligeramente, nunca sabía qué decir ante tal sinceridad por parte de Ramírez. Desde su lesión, su relación se había vuelto mucho más afectuosa.

Al colgar, Elle sintió que la impaciencia trepaba de nuevo por su espalda. Sentía un impulso tan fuerte de hablar de todo con Maya, pero aún quedaban tres horas hasta que pudiera llegar a casa de Elle. Quería hacer algo activo mientras esperaba.

De su armario de la cocina, sacó el viejo libro de recetas de su madre. Aunque sus relaciones habían sido tensas durante mucho tiempo, había algo tierno en este libro con aroma a especias que contenía las recetas que Elle recordaba de su infancia. Decidió preparar la cena para Maya.

Hojear el libro le dio mil ideas y rápidamente se sintió abrumada sin saber qué elegir. ¿Una enchilada? ¿Una tostada? Recordaba todas las cenas familiares con cuencos feos y platos de olor delicioso. Sus propios platos eran bonitos, pero hacía tiempo que no cocinaba. Ya se le ocurriría algo.

El plan por el que se decidió fue enchilada de langosta como plato principal y quesadillas de verduras como entrante. Tenía que ponerse manos a la obra, ir a comprar y empezar a cocinar, o se quedaría sin tiempo. Salió de casa, agradecida por tener una tienda multicultural justo al lado.

La primera parte de su compra fue rápida: cebollas, pimientos, jalapeños, maíz, tomates, concentrado de tomate, cilantro, alubias, queso y guacamole. Tenía que conseguir la langosta en algún sitio, pero no tenía ni idea de dónde encontrarla en su barrio. Casi podía oír la decepción en la voz de su madre si descubriera que Elle no cocinaba para sí misma. Su madre había intentado criar a su hija para que fuera fuerte, pero no fuerte como tradicionalmente son los hombres —ocultando sus emociones y exhibiendo fuerza física—. Quería que Elle supiera cuidar de sí misma y no depender de nadie. Le enseñó a cocinar, a coser y a encontrar sin esfuerzo su camino en la gran ciudad, todo acompañado de las quejas infantiles de Elle. Por desgracia para su madre, el padre de Elle siempre había sido la influencia más fuerte, sus maneras moldeando a su hija más de lo que la enseñanza de su madre nunca pudo.

Finalmente encontró un mercado de pescado. Moverse en su silla de ruedas aún la retrasaba considerablemente, aunque su técnica estaba mejorando. Compró una langosta grande y luego se cuestionó el haber elegido un plato con langosta.

¿Estaba intentando impresionar? Probablemente.

De vuelta en casa, se dio cuenta de que no tenía tiempo que perder. Tenía que poner todas sus habilidades culinarias medio olvidadas en la cena, trabajando incansablemente. Intentó estar de pie la mayor parte del tiempo, apoyándose contra las encimeras de la cocina, pero cuando era necesario, recurría a su silla de ruedas o a un taburete. Pronto la cocina se llenó con los aromas de su comida casera, y empezó a sentirse muy nostálgica. Compartir esto con Maya sería un gesto de vulnerabilidad.

Las enchiladas estaban bien colocadas en el horno cuando sonó el timbre. Elle quiso correr hasta la puerta, pero los esfuerzos de cocinar la habían agotado, y tuvo que quedarse en la silla, rodando hacia la puerta.

—Buenas noches —Maya sonrió, entrando. Enseguida comenzó a olfatear el fragante aire—. Elle, ¿has estado cocinando? —Se volvió hacia Elle, sorprendida.

—Nos he preparado la cena —dijo Elle con orgullo—. Y lo que es más, estuve de pie casi todo el tiempo.

—¿Estás de broma? ¡Eso son noticias fantásticas! —Maya se inclinó para un beso rápido, y Elle pudo oler su hermosa fragancia floral mezclada con los restos de olor a hospital.

—Sí, sentémonos, sin embargo. La comida está lista —se sentó en una de las sillas del comedor. Desde su lesión, prefería sentarse con Maya: en mesas, en sofás o en la cama. Así no se sentía extraña estando más baja que ella, como tenía que estar cuando se sentaba en la silla de ruedas y Maya estaba de pie.

Maya se sentó frente a ella, claramente emocionada. A Elle le encantaba verla así.

—No recuerdo la última vez que cocinaste para mí, Elle. Esto es increíble, estoy hambrienta. Cuéntame todo sobre la comida, sin embargo —dijo, cogiendo una quesadilla—. ¡Buen provecho!

Elle también cogió una mientras explicaba.

—En realidad, mi madre me dejó su libro de recetas familiar. No sé si recuerdas aquella vez que intentamos hacer un postre con él, pero fracasamos y nunca lo intentamos de nuevo.

—Hmm... No recuerdo el libro exactamente, pero seguro que recuerdo algunos de nuestros intentos fallidos de postres —Maya se rió, dando un bocado—. Esto está buenísimo. Muchas gracias, cariño.

—Te enseñaré el libro luego, si quieres. Está lleno de las cosas que comía de niña. Se siente bastante nostálgico cocinar con él, ¿sabes?

—¡Me encantaría verlo! —Maya asintió entusiasmada, terminando su segunda quesadilla.

Elle sonrió, recordando el plato de langosta.

—¿Estás lista para el plato principal? —preguntó, levantándose con cuidado y transfiriéndose a su silla de ruedas. Se agradecía a sí misma cada día por haber hecho su cocina grande.

—Dios mío, por supuesto —Maya también se levantó—. ¿Necesitas ayuda?

—No, no, está bien —dijo Elle apresuradamente, no queriendo ser percibida como débil.

—Déjame replantear la pregunta: ¿Puedo estar contigo en la cocina para no sentirme inútil? —Maya ladeó la cabeza, esperando la

respuesta.

—Claro. Vamos.

Tuvieron que esperar veinte minutos por las enchiladas, y mientras tanto, se ocuparon la una de la otra. Por fin estaban fuera del hospital, libres para besarse cuando quisieran, durante el tiempo que quisieran. Se sentía fresco y liberador, incluso juvenil. Fuera era otoño dorado, pero sus besos se sentían como primavera, floreciendo en lugares inesperados.

A Maya le encantaba robar la silla de ruedas de Elle e intentar rodar por la casa. Una vez chocó contra la mesa de café y derribó un pequeño jarrón de cerámica, lo que la asustó y luego hizo que se estrellara contra una pared. Esto les causó risas durante largas horas.

Sonó el temporizador.

—Vamos a sacar la comida —exclamó Elle, dándose cuenta de lo hambrienta que estaba. Al principio, pensó que no comería tanto por haber estado sentada en la silla todo el día, pero rápidamente aprendió que impulsarla con los brazos le costaba tanto esfuerzo, si no más, debido a la nueva naturaleza del movimiento—. Me muero de hambre, también.

—¡Vamos a sacar la comida! —aplaudió Maya—. Eres mi chef favorita.

—Tuya y solo tuya, cariño —rio Elle, sacando el plato caliente.

Se sentaron de nuevo y comenzaron a devorar el plato, sintiéndose como si poseyeran alguna llave secreta para la felicidad. Elle puso algo de jazz de fondo y se sintió bastante satisfecha consigo misma. Con el estómago lleno y de buen humor, su conversación tomó un rumbo más serio.

—He estado pensando mucho hoy —dijo Elle—. Sobre nuestro futuro, mi trabajo, la casa. Me gustaría hablar contigo sobre algunas cosas.

—Suenas tan madura —rio Maya—. Me haces sentir vieja, pero quizás eso sea bueno —La tenue luz de las lámparas del salón de Elle se reflejaba hermosamente en el cabello de Maya, y por un momento ella no respondió, solo se quedó contemplando la hermosa imagen de su chica.

—Primero, quería decir que me gusta la idea de vivir juntas. Estoy harta de vivir sola cuando estoy con la mujer de mis sueños. ¿Qué dirías?

—Sabes que a mí también me gustaría eso.

—Y sé que no quieres renunciar a tu apartamento a favor de mi casa. Sinceramente, yo no quiero esta casa. Quería sugerir que la venda, que me mude temporalmente a la tuya, y en el futuro podemos construir o encontrar algo más grande juntas. ¿Crees que podrías considerar eso? —Juntó las manos, curiosa por escuchar lo que Maya diría.

—Me gusta esa idea —sonrió Maya—. Podemos considerar una casa juntas más adelante —dijo pensativamente.

—Genial, entonces lo investigaré. No puedo esperar a mudarme y estar contigo a tiempo completo —Elle suspiró aliviada. Todo iba de maravilla, y la velada no podía ser más perfecta para ella—. También recibí una llamada de Ramírez hoy.

—¿Qué dijo? —preguntó Maya, apilando los platos para ayudar a limpiar.

—Me ofreció un trabajo de oficina.

—¿Ah, sí? —Maya la miró con cuidadosa curiosidad—. ¿Qué sería, y qué piensas al respecto?

—Gestión de talento. Básicamente encargarme de reclutamiento, etc. Estoy pensándolo —Bajó la mirada—. Probablemente no podré volver a mi antiguo trabajo durante años. Tendría que recuperarme por completo. Y necesito un trabajo, así que estoy pensando en aceptarlo.

—Esa es una idea muy sensata. Creo que Ramírez realmente se preocupa por ti —dijo Maya mientras llevaba los platos a la cocina.

—¡Deja de limpiar! ¡Eres una invitada! —le gritó Elle.

—No soy una invitada cuando soy tu pareja. Si tú preparas la comida, yo limpiaré. No te preocupes —Volvió para besar la cabeza de Elle—. Creo que sería bueno al menos ver si te gusta el trabajo en el departamento. Quizás te sorprenda.

—Quizás —Elle se encogió de hombros—. ¿Cómo va tu trabajo?

—Agotador. El flujo insano de pacientes finalmente se detuvo, y estamos de vuelta a lo habitual. ¿Deberíamos ver algo en la tele?

—Claro —Elle aceptó con entusiasmo.

Pusieron una película francesa, pero ninguna de las dos estaba concentrada en ella. Maya comenzó a besar sigilosamente el cuello de Elle, y Elle contraatacó, besando su cara.

—¿Qué estás haciendo, amor? —susurró, acariciando la espalda de Maya.

—Nada —dijo Maya dulcemente—. Solo estoy muy feliz de estar aquí contigo —Besó los labios de Elle, recorriéndolos pacientemente con su boca.

Pronto, estaba sentada encima de Elle, bloqueando completamente la pantalla. Sus manos se deslizaban arriba y abajo por el torso de Elle, de vez en cuando acariciando sus duros pezones.

—Bonita película —bromeó Elle, agarrando las caderas de Maya —. Te he echado de menos.

—Lo sé —asintió Maya—. Deberíamos haber hecho esto antes.

Maya mecía hermosamente sus caderas contra Elle, y Elle alcanzó para quitarle la camiseta a Maya. Estaba ansiosa por ver su torso desnudo, sus hermosos pechos moviéndose en armonía con su cuerpo. Una vez que la camiseta desapareció, el cabello recogido de Maya cayó, cascada sobre sus hombros, llegando hasta sus pezones en mechones dorados.

—Eres tan hermosa —susurró Elle—. ¿Te lo he dicho alguna vez? —Se levantó para alcanzar la cara de Maya y depositar un beso en sus labios. Su lengua entraba y salía juguetonamente.

—Muchas veces —rio Maya, quitándose la falda. Se quedó solo en ropa interior.

—Pero, ¿te lo he dicho *realmente*? —bromeó Elle, tocando los pezones endurecidos de Maya, llevando sus manos hasta sus bragas. Sus dedos comenzaron a hacer círculos alrededor del clítoris de Maya a través de la fina tela, tomándose su tiempo.

—Dímelo otra vez —sonrió Maya con picardía, quitándole la camiseta a Elle—. Y yo te diré lo hermosa que eres *tú*. Tan hermosa que quiero desnudarte y besar todo tu cuerpo.

—Nadie te lo impide —dijo Elle, desabrochando sus pantalones de lino, que en sí apenas suponían una barrera. A través de la tela

podía sentir los cálidos muslos desnudos de Maya, agradecida de poder sentir sus piernas. Sus pantalones pronto cayeron al suelo.

—Maya, necesito saborearte con mi lengua —susurró Elle en su oído, deslizando las manos por la espalda de Maya y llegando a su trasero. Maya comenzó a bajarse la ropa interior, provocativamente, sensualmente, irritantemente despacio. La boca de Elle se hizo agua cuando la pequeña prenda de ropa finalmente cayó al suelo.

Maya se puso de rodillas y se acercó a la impaciente boca de Elle. Al principio fueron despacio. Elle sabía que a Maya le gustaba más cabalgar sobre su lengua y estaba preparándose para eso. Los muslos de Maya en sus manos se sentían perfectos, suaves y tersos, exactamente lo que había estado anhelando. Pronto, Maya comenzó a gemir, esos dulces y silenciosos primeros gemidos que deleitaban a Elle, y continuó a su ritmo favorito, sabiendo exactamente qué hacer y sintiéndose bendecida por saberlo. Cuando sus gemidos se hicieron más fuertes, Elle succionó un poco el clítoris de Maya y sintió que ella estaba cerca, pero quería prolongarlo, así que volvió a deslizarse arriba y abajo, con los gemidos eternamente creciendo en volumen.

Cuando Maya llegó al orgasmo, se acostaron una junto a la otra, jadeando. Su descanso no duró mucho, sin embargo, porque pronto Elle sintió los dedos de Maya alrededor de su sexo, recorriendo sus muslos, rogando que se abrieran. Elle no podía negarse. Le encantaba que la provocaran de esta manera, y más que nada le encantaba demostrar lo ansiosa que estaba por ser follada. Sabía muy bien que Maya también se excitaba con esto, con ver a Elle retorcerse bajo su tacto.

—El sofá no es lo más cómodo, ¿verdad? —dijo Maya, con sus dedos peligrosamente cerca de la entrada de Elle.

—Mmm, está bien —Elle lo descartó, impaciente.

—¿Por qué no vamos a tu cama? —Dos dedos de Maya se deslizaron dentro, haciendo círculos perezosos—. Creo que estaríamos más cómodas, amor.

—Pero está arriba —se quejó Elle, sin querer pasar por la dificultad de subir hasta allí. Necesitaría ayuda y no quería que eso arruinara el ambiente.

—Elle. —Maya se acercó más a ella, besándole suavemente el cuello—. Siempre te ayudaré sin cuestionarlo. Lo sabes, cariño. Te quiero.

Elle la miró fijamente, escuchándola decir *te quiero* por primera vez en siete años. Su corazón se detuvo por un momento. No podía entender con qué naturalidad había escapado de los labios de Maya. Le cogió las manos, riendo—. No puedes decir algo así mientras estás dentro de mí. —Negó con la cabeza.

—Hablo en serio. —Maya miró sus dedos, ruborizada—. Perdona por eso. Quiero que entiendas que hablo en serio. Te quiero, Elle.

Elle la acercó más, besándola apasionadamente.

—Yo también te quiero —por fin se sintió lista para decir, mirando a los ojos de Maya, segura de la fuerza de sus sentimientos. Volvieron a besarse—. Te quiero cien veces. Vamos arriba. —Asintió hacia la escalera.

—Sí. —Maya se levantó, ofreciéndole apoyo a Elle.

El trayecto escaleras arriba resultó sorprendentemente sencillo. Elle podía apoyarse fácilmente en Maya y se alegró de haberlo sugerido una vez que se tumbaron en su cama. La suavidad les produjo un mareo de placer, y el fresco edredón se sintió como una salvación contra su piel acalorada.

Los dedos de Maya eran fuertes y precisos como siempre, y trabajaba sobre el cuerpo de Elle con no menos maestría que un escultor creando una escultura clásica, atenta a cada delicado detalle y pliegue. Sus cuerpos se movían en deliciosa armonía, y sus jadeos eran música para los oídos de ambas. Cuando Elle llegó al clímax, permanecieron un rato en brazos de la otra, respirando sobre la piel de la otra y disfrutando de su terrenal enredo de cabello caótico y extremidades pegajosas por el sudor.

Sin que ninguna lo notara, la noche envolvió las ventanas alrededor de la casa, proyectando su hechizo sombrío y emotivo sobre la atmósfera. Elle pensó que la casa no estaba tan mal cuando Maya estaba en ella, que realmente podría vivir en cualquier casa mientras permanecieran juntas.

—¿Deberíamos poner algo de música? —preguntó cuando el silencio a su alrededor se volvió un poco demasiado intenso.

—Claro. —Maya asintió—. ¿Qué escuchas últimamente?

Elle se levantó, agarrándose al borde de su tocador con espejo. Sus piernas se sentían rebeldes, pero quería practicar tanto como pudiera. Sabía que no se trataba de los músculos cansados sino de su cerebro, y su cerebro le parecía más maleable que sus extremidades.

—Principalmente rap jazzístico tranquilo —dijo, poniendo su lista de reproducción favorita y dejándose caer de nuevo en la cama, tumbándose boca arriba, mareada por el esfuerzo de estar de pie.

—Sabes —Maya se acercó más a ella, los ritmos de la música envolviendo difusamente su voz suave—. No deberías esforzarte demasiado cuando estás recuperándote. También necesitas permitirte tiempo para descansar.

—Pero no es mi cuerpo el que está realmente cansado. Es mi cerebro. Y siento que puedo doblarlo un poco más a mi voluntad. —Elle bostezó.

—Tu cerebro es parte de tu cuerpo —se apresuró a recordarle Maya—. Y puede cansarse igual que cualquier músculo o extremidad. El descanso te hará bien de vez en cuando.

—Lo que tú digas. —Elle rodó sobre su estómago, dando a Maya el centésimo beso de la noche—. Tú eres la médico.

Rodaron por la cama, cómodas en la presencia de la otra. Sus confesiones de amor aún ocupaban partes de la mente de Elle, y seguía siendo algo muy reciente. Comenzaron a besarse de nuevo, sus lenguas nunca cansadas de explorar la boca de la otra, sus abrazos sintiéndose tan eléctricos como siempre.

—Quiero follarte otra vez —susurró Maya al oído de Elle—. ¿Puedes soportarlo?

—¿*Que si puedo soportarlo?* —Elle se rió—. Nena, aceptaré todo lo que me des.

Excitada, Maya abandonó la cama. Esperando a que volviera, Elle sabía lo que le esperaba. Se derritió solo con pensarlo. Sintió las manos de Maya en su nalga, sumergiéndose entre sus muslos desde atrás.

—Ah, mira qué mojada estás. No puedes esperar, ¿verdad? —Maya sonrió, con su arnés completamente puesto—. Quiero hacer

algo muy íntimo.

—¿Ah, sí? —Elle la miró, esperando.

—Sí, quiero tomarte así —dijo Maya, tomando a Elle en sus brazos.

Se tumbaron abrazándose estrechamente, y Elle no podía recordar la última vez que habían tenido sexo en una verdadera posición del misionero. Sus rostros cerca uno del otro se sentían como la experiencia más íntima de la Tierra.

—¿Te gusta esto? —preguntó Maya, empujando un poco más fuerte dentro de Elle. Sus caderas se movían con un ritmo calmado y constante, sin querer llevar las cosas demasiado rápido, demasiado agresivamente.

—Me encanta —susurró Elle, gimiendo suavemente.

Se movieron entrelazadas de esta manera durante lo que pareció el tipo más dulce de eternidad, no la que se siente prolongada por la molestia, sino la que se siente tan dulce que cada segundo se adhiere como jarabe en un pegajoso día de verano, derritiéndose en minutos como un helado bajo los crueles rayos del sol. La piel de Maya brillaba por el sudor, y Elle no lo habría querido de ninguna otra manera que estar debajo de ella en ese momento. Sus alientos, hormigueantes por la dulzura del vino sin alcohol, se mezclaban, y Elle comenzó a anhelar un desahogo.

—Hazme correrme, por favor —gimió, humedeciéndose más al escuchar sus propias palabras existir en el espacio entre ella y Maya.

—Como desees —susurró Maya en respuesta.

A medida que su movimiento se volvía cada vez más dulce y agresivo, alcanzó a tocar a Elle simultáneamente. Elle no sabía qué le complacía más, el toque en sí, o la sensación de la mano de Maya conociendo cada rincón suyo de manera absoluta, completa, activa. Sus cuerpos se cabalgaban como olas de marea, acumulando placer y liberándolo en forma de gemidos cada vez más fuertes de Elle.

Cuando Maya la llevó al límite, se sintió como arrastrada por una cascada, fluyendo hacia abajo con el agua, acelerando peligrosamente pero aún dentro del flujo de sí misma. Sus frentes se encontraron, y experimentaron un dulce y merecido cansancio.

—¿Deberíamos ducharnos? —dijo Maya, descansando contra el torso de Elle.

—Deberíamos.

Ducharse era otro problema con el que Elle se había encontrado después de su lesión. Ahora en su baño había tres taburetes en todo momento, apoyándola en cada actividad que de otro modo requeriría estar de pie. Tenía que ducharse sentada y se sentía bastante peculiar al respecto.

Con Maya, sin embargo, todo se sentía fácil.

En la ducha, bromeaban, ayudándose a lavarse la espalda mutuamente, disfrutando del chorro de agua fresca que caía sobre sus rostros sonrientes. Elle no podía creer su suerte de estar con la persona que amaba de forma libre y alegre. Quería guardar cada momento en su memoria, reproducirlo antes de dormirse cada noche. Con Maya podía olvidarse de su lesión, podía olvidarse de la ansiedad por no volver a su trabajo. Lo único que importaba era que estaban (sentadas y de pie) juntas bajo la ducha, bromeando y derramando jabón con aroma a lavanda por todas partes.

—Deberíamos salir ya. Estamos desperdiciando mucha agua —observó Maya, mirando a Elle. Sus ojos brillaban hermosamente.

—Adonde tú vayas, yo voy —cantó Elle muy desafinadamente, pero no importaba. Ninguna de las dos sabía cantar muy bien—. Aunque vas a tener que ayudarme a levantarme —añadió con naturalidad.

Mientras se cepillaban los dientes, se miraban en el reflejo del espejo. Elle no sabía cómo era posible encontrar a alguien que se viera tan increíblemente hermosa simplemente cepillándose los dientes, desnuda excepto por una vieja camiseta. Prefería esta versión de Maya por encima de todas. Le encantaba cuando Maya se arreglaba con su maquillaje de buen gusto y su elaborado peinado, pero sabía que no había otra manera en que pudiera verse más bella que simplemente de pie, desnuda después de la ducha, cepillándose los dientes. Nada podía superar esa belleza simple e íntima accesible solo para Elle.

—Te echaré de menos en el trabajo —dijo Maya, después de escupir la pasta de dientes—. No puedo esperar a vivir contigo.

—Aún tendrás que trabajar cuando vivamos juntas. Lo sabes, ¿verdad? —se rio Elle—. A menos que queramos jubilarnos temprano y sentarnos todo el día en nuestro hermoso jardín cultivando tomates y escuchando música clásica.

—Hmm... —Maya miró a Elle con una sonrisa despreocupada—. Quince años más y tenemos un trato. Cultivaremos tomates y escucharemos música clásica en nuestro encantador jardín. ¿Deberíamos cultivar pepinos también?

—No sé cómo se cultivan los pepinos —admitió Elle—, pero puedo aprender.

Volvieron al dormitorio, Elle con la ayuda de Maya. Se estaba acostumbrando a aceptar la ayuda de Maya sin sentirse extraña al respecto, comprendiendo que solo era temporal, entendiendo que ella estaría dispuesta a hacer lo mismo por ella. La ventana del techo daba al cielo nocturno, sin estrellas debido a la contaminación lumínica de la ciudad.

—¿No es triste —Maya se sumergió en un abrazo con Elle, sus cuerpos manteniéndose calientes en el agradable aire refrescado por la noche, las ventanas de la habitación estaban ligeramente abiertas —, que no podamos ver ninguna estrella desde aquí? Me encanta Phoenix Ridge, pero a veces desearía vivir en algún lugar lejos de la ciudad, en algún sitio remoto donde el cielo siga siendo hermoso.

—Es un poco desalentador —coincidió Elle, añadiendo—: Pero ¿no crees que es hermoso a su manera, el hecho de que hayamos construido nuestras propias estrellas y hayan eclipsado el cielo? Estamos viviendo entre ellas ahora. —Sonrió ante la idea—. Somos nuestras propias pequeñas estrellas parpadeantes.

—Es una bonita manera de verlo. —Elle sintió a Maya asentir contra su pecho. Era tan agradable sentirse tan cerca que no tenían que buscar las reacciones de la otra, solo sentirlas contra su piel.

—Tengo una pregunta —dijo Maya después de un rato—. ¿Tuviste sueños durante tu coma? Nunca te lo pregunté, pero lo pensé bastante.

Elle se tomó su tiempo para pensar. —Sí —respondió—. Consistían principalmente en recuerdos remotos que flotaban difuminándose entre sí. Fue una experiencia extraña, aunque muy

pacífica. Podía sentirme flotando por mi mente, nunca en control, simplemente llevada por sus corrientes.

—¿Recuerdas algo específico? —preguntó Maya.

—Recuerdo un recuerdo del mar. Era muy pacífico. Lo había olvidado por completo hasta entonces. Cuando era pequeña, mi familia y yo solíamos acampar en la playa durante muchos días en verano. Cuando tenía seis o siete años, comencé a escabullirme de la tienda para caminar por la playa temprano por la mañana cuando mis padres aún dormían. —Elle pasó sus dedos por el pelo aún húmedo de Maya, deseando que pudieran visitar el mar juntas.

—Suena hermoso —dijo Maya con aire soñador—. Raramente sabemos qué les sucede a los pacientes durante un coma. Sigue siendo un poco un misterio. Algunos despiertan diciendo que no recuerdan haber estado en ningún estado de ensueño, mientras que otros despiertan diciendo que tuvieron pesadillas repetitivas. Me alegra que para ti fuera más bien tranquilo. La forma en que lo describes suena reflexiva.

—Lo era, en cierto modo. Me sentía completamente a solas conmigo misma. En el buen sentido. —Elle arregló las sábanas alrededor de ellas—. También soñé con nuestra pelea, la que terminó con nuestra relación anteriormente.

—Oh, lo siento. —Maya levantó la mirada para encontrar los ojos de Elle—. ¿Cómo te hizo sentir?

—Creo que entendí tus emociones mejor que nunca. En los sueños, no recordaba completamente a las personas. No creo que supiera tu nombre cuando la escena se reproducía en mi mente, pero estaba muy en sintonía con los sentimientos flotando por la habitación. Eso me llevó a formular una disculpa apropiada para ti.

Durante un rato permanecieron calladas, sin saber qué decir. El pulgar de Maya trazaba el brazo de Elle, y Elle disfrutaba de la sensación ligeramente cosquilleante.

—Me alegra que al final nos haya unido más —dijo Maya finalmente, bostezando un poco—. Estoy agradecida por todo lo que nos ha traído hasta aquí. No cambiaría nada. Excepto tu lesión, por supuesto —añadió rápidamente.

—A la mierda mi lesión. Me recuperaré. —Elle besó la cabeza de Maya—. Me alegro de tenerte aquí. Creo que es el lugar perfecto para ti.

—Estoy de acuerdo —dijo Maya, bostezando de nuevo, y Elle podía sentir cómo se iba quedando dormida.

Pronto, sintió su pecho subir y bajar en el ritmo constante del sueño. Elle no quería seguirla, temerosa de perder la sensación de Maya dormida contra su cuerpo, envuelta en su edredón. La abrazó, mirando hacia arriba para ver el cielo sin estrellas a través de su ventana. De vez en cuando veía pasar un avión. Sabía que su casa estaba en alguna ruta de vuelo, con el aeropuerto al sur de la ciudad. No tenía sueño en absoluto, en cambio, se empapaba de la íntima noche, bañándose en la atmósfera tranquila. Intentó acompasar su respiración con la de Maya, conteniendo el aliento después de cada inhalación para igualarla.

Se sentía bien como observadora silenciosa, viendo las nubes moverse por el cielo, escuchando el pacífico silencio. Inspiración, expiración, intentaba seguir el ritmo del sueño de Maya. Cuando finalmente lo consiguió, el cielo se volvía más púrpura con cada nueva gota de luz solar, y sus ojos se cerraron con los primeros signos del amanecer.



—Levántate, cariño, el sol brilla y tendré que irme pronto —le cantó Maya a Elle, tocándole el hombro.

—Hola. —Elle se incorporó, ligeramente desorientada—. Pensaba que ya te habrías ido. ¿No dijiste que tenías turno temprano hoy? —Miró el reloj, que marcaba claramente las 8:20 de la mañana.

—Soy una mentirosa, sin embargo. —Maya se rio—. Empiezo más tarde. Trabajaré durante toda la noche. Te he preparado el desayuno, ¿puedes olerlo?

—¿Estás de broma? —Elle inhaló un tenue aroma a algo harinoso y dulce que subía desde la planta baja—. Te quiero, pero ¿qué demonios?

Le encantaba cómo las palabras *te quiero* podían brotar ahora cómodamente de su lengua, tan adecuadas y sin esfuerzo. Se puso algo de ropa que le llegó volando desde la parte superior del cajón, y luego dejó que Maya la ayudara a bajar las escaleras.

—¿Qué has preparado? —preguntó, impaciente.

—Crepes. Tenías todos los ingredientes, así que pensé *por qué no*. —Besó la frente de Elle—. Bon Appetit. Tenemos que comerlos rápido. Todavía tengo que pasar por mi casa antes del trabajo.

Se sentaron y comenzaron a montar sus crepes, con miel y crema de castañas, mermelada de higos y queso fresco. El dulce aroma decoraba toda la cocina, y Elle no podía creer que esta fuera ahora su vida. El crepe caliente casi se disolvía en su boca.

—Eres una maestra haciendo crepes —murmuró con la boca llena de comida.

—No exageres. —Maya agitó su mano—. Te lo merecías después de la cena magistral de ayer.

Maya terminó de comer y recogió los platos, luego comenzó a reunir sus cosas. Ambas sabían que no las recogería todas, y no importaría, porque volvería en nada. Esta comodidad las relajaba a ambas.

Con las comisuras de los labios aún llenas de mermelada, depositó un beso pegajoso en la mejilla de Elle.

—Tengo que irme. Lo he pasado de maravilla contigo.

—Espera un segundo. —Elle le quitó la mermelada con el dedo—. Ya está, *doctora*.

—Muy graciosa. —Maya puso los ojos en blanco—. Volveré contigo en un abrir y cerrar de ojos, ¿lo sabes?

—Lo sé. —Elle asintió.

—Ahora no te pongas creída. —Maya besó los labios de Elle con ternura. Se quedaron atrapadas en un abrazo por un momento, luego se separaron.

—Realmente tengo que irme. —Cogió su bolso y se puso el abrigo de otoño. En la puerta, se giró para añadir—: ¡Te quiero!

—Yo también te quiero —respondió Elle antes de que la puerta se cerrara.

EPÍLOGO

4 años después

—¿Quizás Teresa? —gritó Maya hacia la cocina desde donde le llegaban sonidos de aspiradora. La limpieza de primavera estaba en pleno apogeo.

La cabeza de Elle apareció junto al marco de la puerta. Frunció el ceño. —¿Teresa? ¿Como la Madre Teresa? ¿Estás de broma?

Maya se rio. —No te burles de mí. Pensé que sería bonito.

—¿Y el apodo sería Tess? No, no me gusta. —Habiendo expresado su opinión, Elle volvió a pasar la aspiradora.

Desde que Maya había entrado en su tercer trimestre, Elle tuvo que encargarse de todas las tareas domésticas, y lo hacía con gusto. A veces con un gusto cansado, pero gusto al fin y al cabo. Se propuso tener la casa lo más limpia posible para la primavera. La primavera y el final del embarazo de Maya, por supuesto. *Tendremos una pequeña bebé de primavera*, pensaba, emocionándose a menudo ante la perspectiva.

—¿Anna? —oyó desde el salón.

—¡No! Demasiado básico —gritó, negando con la cabeza. Ninguno de los nombres le parecía *correcto*. Ninguno sonaba lo suficientemente bien a sus oídos. El debate llevaba semanas.

—En un segundo me rendiré y te dejaré sola con esto —amenazó Maya desde su sitio en el salón. Estaba bromeando, pero había una nota de genuina irritación en su voz.

Elle apagó la aspiradora y salió de la cocina. Estaba lista para terminar con esto, para elegir el nombre perfecto. Era marzo, y el sol haría todo más fácil, o eso creía ella. Nada podía ser invencible durante la primavera. Su ligereza hacía que todo fuera igualmente ligero y dulce, fresco como las flores que decoraban sus ventanas.

—Muy bien, hagámoslo. —Se sentó junto a Maya, colocando automáticamente su mano con suavidad sobre el abultado vientre. A veces sentía piernas pateando furiosamente, y no podía contener su orgullo—. ¿Cuáles son nuestras mejores opciones, hmm?

Maya había esperado este momento todo el día. Sentía que Elle no entendía lo abrumador que era elegir algo que se convertiría en parte integral de la vida de su hija, posiblemente una parte integral de su hija.

—No *aprobaste* muchos de los que sugerí —miró a Elle acusadoramente—. ¿Qué tal si piensas tú en algunos? —Para suavizar la acusación, depositó un beso en la mejilla de Elle, entregándole el trozo de papel con los nombres anotados.

—Hm... —Elle frunció el ceño, repasando la lista y pensando en posibles añadidos.

No quería admitirlo ante Maya, pero la perspectiva de nombrar a la bebé la llenaba de un terror silencioso. Nombrarla significaba colocar la última pieza antes del nacimiento, haciéndolo más real que cualquier cosa anterior. Con un nombre, finalmente se convertiría en una persona.

Repasar los nombres a menudo le hacía pensar en sus antepasados, y también en los de Maya, en todos los que habían venido antes que ellas. El legado que estarían transmitiendo, algo antiguo y tierno, vivo. Intentaba recordar los nombres de sus antepasados tan atrás como podía, forzando su mente para alcanzar los nombres de personas separadas de ella por cientos de años. Al principio, pensó que sería honorable nombrar a su hija con algo tradicional y vincularla a la historia familiar de Elle. Pero ¿qué hay de

los antepasados de Maya?, ¿y por qué decidirían cargar a la bebé con la cadena del pasado?

—¿Qué estamos buscando en el nombre? —se volvió para mirar a Maya—. ¿Cómo quieres que sea?

—Esa es una buena pregunta —Maya asintió—. Supongo que no lo había pensado así. Déjame reflexionar. —Tomó la mano de Elle mientras se detenía a meditar la pregunta. Sus dedos se entrelazaron, un pequeño testigo de su intimidad habitual. Notar estos hábitos nunca dejaba de hacer sonreír a Maya—. Primero, quiero que ella no se sienta limitada por el nombre. ¿Sabes esos nombres como Rosa o Margarita? Son preciosos, pero creo que presuponen que la niña será dulce y femenina como las flores. Quiero que nuestra hija se sienta libre de expresarse como quiera sin que su nombre la limite de ninguna manera.

Elle sonrió. —Eso es muy considerado por tu parte. ¿Qué más?

—No quiero que tenga un apodo tonto asociado, como Tesi —se rio—. Aunque sigo pensando que Teresa es un nombre precioso. ¿Y tú? ¿Hay algo que te gustaría que el nombre fuera o evitara ser?

Maya se veía tan concentrada y tan hermosa que Elle no pudo encontrar otra respuesta en su cabeza más que inclinarse y besarla. La fragancia fresca de su pelo le hizo cosquillas en la nariz, y no podía imaginar una tarde mejor que sentarse en su propio sofá y considerar cómo nombrar a su hija que pronto llegaría. Maya se apartó suavemente, negando con la cabeza.

—Deja de distraernos —la reprendió—. Eres demasiado dulce. Necesitamos terminar esto. Todavía tendremos que acostumbrarnos al nombre.

—Oh, creo que tendremos tiempo de sobra para eso —sonrió Elle —. ¿Cómo se supone que me concentre cuando mi hermosa novia está sentada justo a mi lado, y sus labios saben mejor que nunca?

Maya se rio. —Elle, dices eso cada vez que nos besamos.

—Cada vez sabes mejor —Elle le guiñó un ojo—. Los nombres. De acuerdo. He estado pensando mucho en la tradición, desde que te quedaste embarazada. Hasta qué punto deberíamos honrar a nuestros antepasados, de qué manera, y todo eso. Sobre la

identidad de nuestra hija. Creo que el nombre está relacionado con eso.

—Entonces, ¿qué?, ¿quieres elegir algún nombre de uno de nuestros antepasados? —preguntó Maya.

—Mira, estaba pensando en eso. Pero luego, no creo que realmente encaje con quienes somos como pareja, ¿verdad? ¿Y quién va a ser más importante para nuestra hija que sus madres? Así que elijamos algo fresco que nos refleje como personas.

—Además, nuestros antepasados probablemente eran homófobos —Maya se rio.

—O quizás algunos de ellos estaban encerrados en el armario y obligados a esconderse toda su vida —reflexionó Elle—, y ahora honramos su vida celebrando abiertamente quiénes somos. Prefiero verlo así. Y aquellos que eran heterosexuales y homófobos, probablemente cambiarían de opinión si nos vieran ahora.

—Estás muy distraída hoy, de verdad —Maya besó la frente de Elle—. Volvamos a los nombres. ¿Qué piensas de Alex?

—¿Alex?

—Ajá —Maya asintió—. Es universal, corto y bonito, podría ser femenino o masculino, y creo que combina con nuestros nombres. —Después de un momento, añadió—: Y apellidos.

—Me gusta, Alex Monroe-Rodriguez —Elle tomó a Maya en sus brazos, emocionada—. ¡Creo que ya lo tenemos! Alex Monroe-Rodriguez, con un apellido compuesto tan largo, un nombre corto funciona perfectamente. Te quiero —meció a Maya en sus brazos de lado a lado, incapaz de soltarla.

El mundo exterior se veía brillante y saturado, la hierba alrededor de la casa resplandecía bajo el abundante sol, sus hojas verdes vibrantes e invitadoras, llevando las sombras de las nubes pasajeras aquí y allá. Era un precioso día de marzo.

—Entonces, ¿está decidido? ¿Su nombre es Alex? —Maya se liberó del fuerte abrazo para mirar el rostro de Elle. No podía esperar a ver a Elle como madre.

—Está decidido —Elle asintió, con la felicidad brillando en sus ojos—. ¿Deberíamos empezar a preparar la cena?

—¡Sí! —Maya se levantó emocionada, y una oleada de náuseas la invadió. No podía esperar a conocer a su hija, pero también necesitaba que este embarazo llegara a su fin por razones más egoístas—. La próxima vez tú serás la que se quede embarazada —amenazó.

Elle parecía petrificada. —Ni en un millón de años, cariño, no soy tan fuerte como tú.

—Claro —suspiró Maya. No se sentía particularmente fuerte, solo mareada y pesada.

Entraron en la cocina recién limpia. Su gran ventana dejaba entrar una inundación de luz solar, que brillaba sobre la superficie de las encimeras de madera clara y el suelo de piedra. Maya jadeó.

—Realmente te has superado a ti misma, Elle —dijo mientras besaba su cuello y alcanzaba a abrir la nevera—. ¿Qué se suponía que debíamos preparar?

—Pollo con jengibre y ajo con brócoli y salsa de chile y sésamo como plato principal, salsa de pepino y cebolla con verduras como entrante, martinis de lavanda como bebida —recitó en estilo militar.

Maya la miró con amor y una pequeña sonrisa. —¿Quién pensaría que te convertirías en toda una chef de casa? —Se acercó para besarla, y se unieron en un beso largo y sensual, lleno de amor y esperanza para los días venideros.

—¿Me dejarás cocinar ahora? —dijo Elle en un tono de voz serio, haciendo reír a Maya—. Aunque puedes quedarte en la cocina si quieres. Te traeré una silla.

Y se fue a buscar una silla del salón. Las horas que pasaban juntas en la cocina se habían convertido rápidamente en una de sus formas favoritas de pasar el tiempo, normalmente con Elle haciendo todo y delegando pequeñas tareas como pelar verduras a Maya. Les hacía sentir como una familia de verdad el sentarse en su propia cocina y preparar la comida juntas, y no podían esperar a que su bebé se uniera a ellas en el ritual. Elle regresó cargando la silla.

—Vamos a empezar —dijo, abriendo la nevera con un gesto grandioso—. El ave nos ha estado esperando en la nevera. Tú puedes mezclar la salsa, Maya.

Cocinaron y se movieron al ritmo del jazz suave, la fragancia del pollo asado se extendió en el aire y las contagió a ambas con un hambre poderosa. Maya mezcló valientemente todas las salsas y dips, sintiéndose útil y parte de la cocina. Elle disfrutaba presumiendo de sus habilidades cuando le explicaba a Maya el proceso de preparación del pollo.

—Elle, eso es asqueroso, no quiero escuchar eso —se quejó Maya, apartando la cara.

—No, pero no lo entiendes. Es muy satisfactorio, te enseñaré cómo hacerlo la próxima vez —bromeó Elle, sabiendo perfectamente que a Maya le daba asco el proceso de preparación de la carne. Aún así la comía, simplemente prefería no saber exactamente cómo había llegado a estar en su plato.

—¿No deberías poner la mesa fuera? No nos queda mucho tiempo.

—Cierto. Cierto —Y Elle salió de la cocina.

Su jardín era perfecto para cenas, y lo aprovechaban tan a menudo como podían. Cuando encontraron la propiedad, a solo veinte minutos de la ciudad, se enamoraron de ella al instante. Su jardín se extendía ampliamente, lleno de cerezos y arbustos de flores, un poco salvaje en su belleza. Elle quería cavar un estanque en algún lugar, pero nunca había tenido tiempo de hacerlo, así que después de un tiempo, todos se molestaban cuando ella empezaba a hablar de ello.

Siempre que el tiempo lo permitía, colocaban una mesa larga allí para los invitados y se deleitaban sabiendo que eran la mejor pareja anfitriona entre sus amigos.

—¿Qué mantel queremos, cariño? —gritó Elle desde el jardín. A veces se sorprendía a sí misma diciendo cosas así y se reía de su domesticidad, sonando como las parejas casadas que veía en la televisión cuando era niña. Ahora ella era una de ellas, y no cambiaría nada al respecto.

—¿El italiano?

—Perdona, ¿cuál es el italiano?

—¡El azul a cuadros! —Maya miró por la ventana—. ¿Te acuerdas? El italiano nos lo dio aquel verano.

—Oh... sé cuál es —mintió Elle—. ¿Puedes revisar el pollo? Debería estar listo.

Si pudiera, organizaría cenas todos los fines de semana. Parecía haber algo tan elegante en recibir a amigos en su casa y en el entusiasmo organizativo que precedía a la fiesta.

Sabía que una vez que Alex naciera, las cosas cambiarían. Su energía no les permitiría hacerlas con tanta frecuencia. Pero habría otras cosas emocionantes por venir.

—Elle, ¿debería verse así? —la voz preocupada de Maya le llegó desde la cocina.

—¡¿Cómo que así?! —La sangre de Elle se heló. Corrió hacia la cocina de inmediato—. ¿HAS QUEMADO MI POLLO?

El ave descansaba en su plato cubierto de negro carbón. Elle se sentó en la silla de la cocina, lamentándose.

—Oh no, lo siento mucho, cariño. No sabía que tenía que darme prisa con ello... —Maya tocó la espalda de Elle.

—Está bien —dijo Elle sin convicción—. Está bien. Podemos raspar un poco las partes quemadas. Estoy segura de que por dentro aún estará bueno. Está bien.

—Yo pondré la mesa, ¿de acuerdo? —dijo Maya, queriendo dejar a Elle a sus anchas intentando arreglar el pollo.

Poner la mesa era una de las partes favoritas para Maya. Había crecido en su maestría de las decoraciones, poniendo la mesa con flores y comprando hermosos cubiertos. Se sentía como si estuviera en un cuento de hadas, habiendo crecido en una casa que no podía permitirse nada de ese tipo, especialmente no un jardín. Puso flores de tinte azul en botellas de vino vacías, haciendo la robusta mesa tan hermosa como podía ser. Luego hizo espacio para velas, volviendo a la casa para buscarlas.

—¿Cómo va el pollo? —Puso su mano en la espalda de Elle, queriendo ser tan comprensiva como pudiera.

—No terrible —gruñó Elle como una escultora en medio de un flujo creativo—. Lo estoy arreglando.

Maya asintió, sin querer interrumpir, y fue a buscar las velas. Tenía una clara visión estética para la velada, quería que todo estuviera lleno de flores y cálida luz de velas, el fondo perfecto para

conversaciones encantadoras. Los montones de baratijas innecesarias en los cajones de su casa siempre hacían sonreír a Maya. Eran pequeños testigos insignificantes de su vida junto a Elle.

—Maya, ¡llegarán en veinte minutos!

—¡Casi estoy lista!

La luz exterior adquirió un tono más vespertino, las nubes bañándose en el naranja claro y rosa del atardecer que se aproximaba. La temperatura bajó un poco, haciendo que la perspectiva de una comida caliente fuera aún más deliciosa. Los primeros invitados comenzaron a llegar, entregando a Maya y Elle botellas de vino y besando sus mejillas.

—Os he traído algo estupendo —Fleur mostró sus dientes en una adorable sonrisa—. Es el mejor vino sin alcohol que he probado jamás —Le dio la botella a Maya y las dos compartieron un largo abrazo.

—Es tan bueno verte de nuevo —Maya finalmente la soltó—. Muchas gracias por el vino. ¡Definitivamente lo probaremos esta noche!

Pronto, los bomberos inundaron la pequeña verja del jardín, algunos acompañados por sus parejas. Elle abrazó a todos con fuerza, manteniendo conversaciones ligeras y guiándolos lentamente hacia la mesa. Puso música instrumental, descorchó el abundante vino y finalmente ordenó a todos que tomaran asiento porque ella y Maya llevaban un rato hambrientas y no podían esperar más para comer. El grupo se rio, admitiendo que ellos también habían estado esperando para probar la impecable cocina de Elle. Ella asintió agradecida y luego entró a buscar los platos.

—¿Necesitas ayuda? —Maya se giró, mirando en dirección a Elle.

—No, no, siéntate, yo me encargo —respondió Elle, apresurándose para conseguir todo.

—Se vuelve tan déspota en la cocina —Maya se rio con sus amigos una vez que Elle desapareció de su vista.

Elle pronto emergió de la cocina con los entrantes, bandejas de verduras y cuencos con salsas. Todos se lanzaron sobre ellos tan pronto como los colocó en la mesa. Ninguna conversación podía sobrevivir a la competencia con la comida. Los sonidos de mordiscos

y masticación llenaron los oídos de todos, y pronto la mayoría de las verduras habían desaparecido. El murmullo de las conversaciones se reanudó, aumentando poco a poco hasta convertirse en el maravilloso ruido del habla excitada.

—¿Habéis pensado ya en un nombre? —preguntó O'Malley.

—Sí, de hecho, decidimos hoy —Maya miró con amor a Elle, tomando su mano—. Se llamará Alex.

La reunión comenzó a aplaudir. —¡Qué bonito nombre! ¡Enhorabuena!

Sobrepasada por la emoción, Maya necesitó sentir los labios de Elle sobre los suyos. Se fundieron en un largo beso, olvidándose de los que las rodeaban.

—Vale, vale, chicas. No seáis tan asquerosamente dulces —Haley puso los ojos en blanco.

—Haley, déjalas en paz. Son maravillosas —Kaia sonrió, apoyándose en Hallie.

Elle se separó del beso. —Debería ir a por el pollo. Ya debería estar caliente —se levantó y corrió a la cocina de nuevo.

—Voy a ayudarla —Kaia también se levantó y siguió a Elle dentro de la casa.

El resto de la compañía bebió a sorbos su vino, disfrutando de los últimos rayos del sol vespertino. Maya se sentó observando en silencio a sus amigos durante un rato, deleitándose con la visión de todos ellos sentados en su jardín disfrutando de la comida de Elle y de la compañía mutua. Ni siquiera tenía que participar en la conversación para sentir su calidez, para sentirse incluida. Sabía que podía unirse en cualquier momento y la recibirían con gusto.

—Maya, ¿qué opinas del nuevo director del departamento? —Fleur se dirigió a ella.

—¿Quién, el joven? —Maya estudió el rostro de Fleur, intuyendo algo interesante—. No sé, creo que fue una elección extraña hacerlo director, pero supongo que es carismático.

—A Fleur le gusta —dijo Haley desde su rincón de la mesa—. Mucho.

—¿Oh? —Maya se rio—. ¿En serio?

La atención de todos se dirigió hacia ellas, hambrientos de cotilleos ligeros.

—Bueno —Fleur se sonrojó—, siempre y cuando no fuera poco profesional...

—Quiero decir —Hallie levantó las cejas—, no soy quién para juzgar, pero creo que no pasa nada.

Y con eso, finalmente llegó el pollo, transportado por Kaia. Detrás de ella caminaba Elle, llevando los acompañamientos. Ensaladas y patatas pequeñas. Todo tenía un aroma delicioso, llenando el aire con la promesa de comida nutritiva. Los pequeños *ah* y *oh* de aprobación fueron miel para los oídos de las anfitrionas.

—Vosotras dos nos estáis malcriando —O'Malley sacudió la cabeza.

—Solo lo mejor para los mejores —Maya le guiñó un ojo, más que lista para zambullirse en la comida.

El pollo se dividió rápidamente, y Elle observó con asombro cómo todos devoraban su comida. Pronto, las bandejas quedaron vacías y los pequeños platos estaban ocupados con tenedores y cuchillos bailando alrededor, de vez en cuando chirriando, haciendo que los invitados se rieran aquí y allá.

—Elle, esto es magnífico —Hallie levantó la cabeza de su plato, con los ojos abiertos de asombro.

—Gracias. Es una receta bastante simple —dijo Elle con humildad, aunque no se sentía humilde en absoluto. Se sentía orgullosa y satisfecha de poder alimentar tan bien a sus amigos, y en algún rincón de su corazón, sabía que también haría sentir orgullosa a su madre.

Cuando los cuchillos y tenedores finalmente se dejaron sobre la mesa, comenzó el tiempo para conversaciones serias y profundas, como en la mayoría de las cenas. Cuando las mentes estaban relajadas por el vino o, en otros casos, por el ambiente social de apertura y amor, comenzaron a surgir los temas que uno desea discutir solo con amigos cercanos. Todos se recostaron en sus sillas, respirando el dulce aire de la noche de finales de primavera.

—Llevo tanto tiempo queriendo preguntar —dijo Hallie a Elle, y todos escucharon atentamente—. ¿Cuándo piensas volver al servicio

completo en la estación? Te echamos de menos —Miró alrededor buscando confirmación en las caras de los otros bomberos.

—Sí, tiene razón. Nos lo hemos estado preguntando mucho —añadió Haley.

Elle sonrió, siempre honrada de estar en los pensamientos de sus amigos, sabiendo que ya no podía evitar el tema por mucho más tiempo. Buscó la mano de Maya bajo la mesa. Habían estado discutiendo esto entre ellas durante mucho tiempo, y ahora finalmente había llegado el momento de contárselo a sus amigos.

—No voy a volver a la estación —dijo Elle en un tono serio—. Me encargaré de la gestión de talentos a tiempo parcial. Me gustaría dedicar tiempo a criar a nuestra hija ahora, especialmente porque el trabajo de Maya ya es tan exigente.

La noticia creó un gran revuelo alrededor de la mesa, sus amigos se miraron sorprendidos. Elle sabía que la decisión sería controvertida, pero se sentía bien con ella y no tendría problemas para explicar su punto de vista. Maya estrechó su agarre en la mano de Elle, queriendo mostrarle su apoyo.

—¿Estás segura? —preguntó Hallie, levantando las cejas—. Eres una gran bombera, y habiendo recuperado completamente, además... Podríamos usar tus habilidades, y de todos modos solo puedes trabajar dos días a la semana.

—Estoy segura. Quiero dedicar mi tiempo a Alex, y debido a la lesión y a que no he trabajado allí durante mucho tiempo de todas formas, no siento que sea una gran pérdida. Seguiré siendo vuestra amiga, igual que ahora, pero siento que se está abriendo un nuevo capítulo en mi vida, y quiero recibirlo como corresponde.

—Creo que es una decisión muy responsable —asintió Fleur, sonriendo a Elle—. Estoy segura de que serás una gran madre.

—Gracias, Fleur —Elle le devolvió la sonrisa. Que le dijeran que sería una gran madre removió algo tierno en lo más profundo de su ser. Era un cumplido intenso para ella.

—No sé —Hallie parecía poco convencida—. Puedes ser una gran madre sin sacrificar tu carrera. ¿Y no quieres que tu hija crezca con este mensaje?

Elle se tomó su tiempo para reflexionar sobre la pregunta. —Creo que lo verá en el caso de Maya. Pero también quiero que sepa que está bien hacer de la vida familiar una prioridad. Estas cosas son igualmente importantes. Además, no es cuestión de que me vaya, sino de reincorporarme. Quizás sea una señal de que mi tiempo como bombera en activo estaba destinado a terminar.

—Nunca lo habría esperado —O'Malley negó con la cabeza—. Definitivamente no de ti. Pero si eso es lo que sientes que es el siguiente paso para ti, entonces te deseo buena suerte y siempre estaré ahí para apoyaros a las dos —miró a Elle y luego a Maya, sonriendo.

—La gente cambia —Elle se volvió para mirar a Maya y le guiñó un ojo—. De verdad que sí.

—Bueno, simplemente no dejes que Maya trabaje demasiado, ¿eh? —añadió Fleur, extendiendo la mano para tocar el hombro de Maya.

—Oh, nos aseguraremos de que no lo haga —dijo Elle—. Hemos estado pensando en hacer un largo viaje una vez que nuestra bebé haya cumplido su primer año.

Se sumergieron en discusiones sobre viajes y destinos preferidos y las aerolíneas favoritas de todos. Se intercambiaban consejos para viajar con niños pequeños, aunque nadie había tenido un hijo todavía. El ambiente era apacible, y queriendo terminar la velada con una nota encantadora, Elle se levantó con una sugerencia.

—¿Deberíamos hacer una pequeña fiesta de baile y molestar a nuestros ya muy molestos vecinos?

Todos aprobaron la idea, apartando la mesa y haciendo espacio para bailar. Elle eligió sus canciones de jazz favoritas y algunos éxitos vintage como Presley. Todos tuvieron la oportunidad de bailar lentamente en pareja o girar por la pista de baile, libres y despreocupados, como si no tuvieran que trabajar mañana, como si no tuvieran que abandonar el jardín en algún momento, el jardín paradisíaco sin frutos prohibidos. Maya se balanceaba de lado a lado, sintiéndose demasiado cansada para bailar, y Elle rápidamente se unió a ella para hacerle compañía, meciéndose junto con ella.

Los aromas del jardín florecían con más intensidad cada nuevo día, flores y árboles esparciendo sus fragancias por toda la casa. Vivir tan cerca de un pequeño fragmento de naturaleza llenaba tanto a Maya como a Elle con un inexplicable sentido de alegría. Habiendo crecido en una gran ciudad en apartamentos sin jardines o incluso balcón, sus únicas experiencias consistían en parques. Pero este pequeño jardín propio, hermoso y tranquilo, sombreado con árboles y lleno de arbustos, era un lugar tan diferente de los parques abarrotados que lo consideraban mucho más valioso que su casa. No podían esperar para criar a un hijo en un lugar tan entrañable.

La hora se estaba haciendo tarde, y aunque todos estaban llenos de un encanto inducido por el baile y no querían dejar a las anfitrionas en paz, se impusieron la realización de que tarde o temprano, el maravilloso momento tendría que terminar. Uno por uno, coche por coche, comenzaron a marcharse, prometiendo visitar tan pronto como se presentara una oportunidad.

—Cuidaos la una a la otra —Fleur las abrazó a ambas, tierna y amable como siempre.

Sus pasos sonaron con gracia sobre el pavimento de piedra antes de que la puerta se cerrara tras ella. Las últimas invitadas que quedaban eran Hallie y Kaia, que se acercaron para despedirse mientras se cogían de la mano.

—Todavía necesitaré tiempo para acostumbrarme a la idea de que te vayas permanentemente de nuestro equipo, no lo esperaba en absoluto, pero aquí estamos... Siempre pensé que volverías después de que tu lesión se curara —Hallie miró a Elle durante mucho tiempo, luego dirigió su mirada hacia Maya—. Pero sé qué milagro es estar profundamente enamorada, tan profundamente que una aprende a hacer sacrificios y cambios que parecen drásticos para el mundo exterior. Espero que sigáis siendo tan felices como parecéis serlo ahora —sonrió, apretando la mano de Kaia.

—Os deseo lo mismo —añadió Kaia—. Y que Elle vuelva o no, no cambiará nada sobre nuestra amistad. En todo caso, ¡simplemente tendréis que organizar más cenas! ¡O lo haremos nosotras! —Miró a Hallie, y ambas se rieron, porque ninguna de las dos se sentía particularmente apasionada por la cocina.

—Sí, contrataremos a Elle como cocinera, sin embargo —añadió Hallie—. Sería mejor para todos los implicados.

—Lo siento, chicas. Soy chef privada de un solo hogar —Elle negó con la cabeza—. Me temo que estoy ocupada —acercó a Maya y le besó la frente.

—Cuidaos, chicas —Hallie y Kaia se acercaron para abrazarlas y luego se volvieron para seguir a todos los demás a través de la puerta, riendo y bromeando entre ellas.

Elle y Maya se quedaron siguiendo con la mirada a los invitados, absorbiendo la hermosa visión de amigos saciados y riendo que abandonaban su jardín con promesas de volver en sus sonrientes labios. Miraron hacia arriba para ver las estrellas, aunque todavía atenuadas, mucho más visibles que en el corazón de la ciudad.

—¿Recuerdas cuando mirábamos el cielo en tu antigua casa, y las estrellas simplemente no estaban allí? —Maya acariciaba la espalda de Elle de arriba abajo, el suave masaje que sabía que Elle adoraba.

—Esa fue una de las noches con más suerte de mi vida —dijo Elle, sonriendo—. Entendí entonces que realmente tenías intención de quedarte, y que estaríamos verdaderamente juntas de nuevo para siempre.

—¿No me creíste antes? —Maya se rio—. Eso es grosero.

—Te creía. No sabía si creerme a mí misma... Si no lo estropearía más adelante o me asustaría. Pero esa noche comprendí que no permitiría que ocurriera nada semejante, y tú estabas ahí, cariñosa y amable y todo lo que siempre había deseado que fuera mi amor.

—No seas tan dulce —Maya se puso de puntillas para besar la mejilla de Elle, algo que requería un esfuerzo considerable en esta etapa del embarazo—. Ahora tenemos que limpiar este desastre.

Elle suspiró.

—Tenemos que hacerlo, ¿verdad? —Miró a Maya—. ¿Sabes qué? Yo lo limpiaré. Ve a darte un baño y relájate. Yo terminaré enseguida.

—Más bien terminarás a las cinco de la madrugada —Maya miró su reloj de manera significativa.

—Entonces terminaré el resto mañana por la mañana.

Besó los labios de Maya, deseando quedarse más tiempo en ellos, pero prometiéndose a sí misma comprometerse con la limpieza y terminarla rápidamente.

—Bueno, no voy a protestar —dijo Maya, volviéndose para regresar a la casa.

Los platos estaban apilados en la mesa abarrotada, las velas a medio consumir amontonadas en la superficie, y el mantel manchado de salsas. Elle suspiró. A todos les encantaba venir a comer, pero no muchos se quedaban para ayudarles a limpiar. Sonrió para sí misma con cansancio. Si seguían teniendo estas reuniones con tanta frecuencia, los invitados tendrían que empezar a participar también en los rituales de limpieza. Se sentía extrañamente en paz recogiendo los platos y llevándolos a la cocina, viendo gradualmente cómo la mesa quedaba limpia y el lavavajillas funcionando.

Hasta que oyó a Maya gritar.

—¡Elle! ¡ELLE! —Su voz retumbó desde arriba.

—¿Qué ha pasado? —Elle subió corriendo, aterrorizada por la ansiedad en la voz de Maya—. ¿Qué...

—He roto aguas —dijo Maya, de pie en el baño y con aspecto conmocionado.

—Joder. —Elle sintió que su pecho se tensaba por el estrés, pulsando en sus sienes—. Deberíamos ir al hospital, ¿verdad?

—Sí. —Maya asintió—. Sí. Vamos.

Los pensamientos de Elle corrían a la velocidad de la luz y se enredaban como resultado. Se metieron en el coche y se dirigieron rápidamente al hospital de Maya, donde conocía a las matronas y se sentía más cómoda.

—Esperaba que el parto comenzara con contracciones tranquilas y pudiera quedarme en casa —dijo Maya desde el asiento trasero.

—Está bien. Está bien —repetía Elle—. Todo saldrá bien. No importa cómo haya comenzado el parto, solo que termine bien. —Miró a Maya por el espejo retrovisor.

—¿Estás tranquilizándome a mí o a ti misma? —Maya rio débilmente, sintiendo que las contracciones aumentaban en intensidad.

—¿Estás bien? —Elle volvió a mirar hacia atrás.

—Estoy de parto, Elle. —Maya frunció el ceño—. Mantén los ojos en la carretera, ¿vale?

—Claro. Claro. —Elle agarró el volante con más fuerza.

En toda su carrera como conductora de bomberos, nunca había experimentado la cantidad de estrés que recorría sus venas como ahora mientras conducía por las calles nocturnas hacia el hospital con Maya. Las formas de las farolas y los coches que pasaban parecían borrosas en su determinación de llegar rápido, la concentración en la velocidad alejaba sus pensamientos de la ansiedad por el parto de Maya. Como bombera, había presenciado algunos nacimientos de emergencia, pero nada podría haberla preparado para experimentar a su amor al comienzo del parto, el viaje que sabía sería doloroso y agotador.

—¿Cómo estás? —preguntó de nuevo, esta vez manteniendo la vista en la carretera.

—Igual que antes. —La voz de Maya llegó a los oídos de Elle—. Jodidamente estresada, también.

Como médica, Maya sabía exactamente lo que estaba ocurriendo y ocurriría con su cuerpo, pero la experiencia en sí misma era diferente a todo lo que había experimentado antes. La sensación de su cuerpo poniendo todos sus esfuerzos en un solo lugar, una acción horriblemente difícil pulsaba a través de su mente, y estaba tan, tan contenta de estar con Elle en este momento. No querría a nadie más en el mundo para estar con ella en la sala de parto.

Al llegar al hospital, Elle se dio cuenta de que tendría que recomponerse y ofrecer su apoyo tranquilo como lo había hecho en el pasado. Las enfermeras las llevaron a una sala de parto a través de una serie de pasillos con olor artificial, paredes blancas lamidas por luces LED. Elle sabía que Maya estaría en las mejores manos, pero aun así no podía evitar sentir que esta era la situación de mayor riesgo de su vida, con las dos personas que más le importaban directamente afectadas: su amor y su hijo. Su corazón latía en su garganta, y cuando entró en la sala de parto, un sudor frío comenzó a correr por su espalda.

—Estarás bien. —Tomó la mano de Maya entre las suyas—. Estaré aquí todo el tiempo.

—¿Estás segura de que *tú* estás bien? —Maya miró a Elle con preocupación—. Pareces un fantasma.

—Querida, estoy a punto de desmayarme por el estrés, pero hoy no se trata de mí. —Elle levantó los pulgares, ya que no se le ocurría nada más que decir. Deseaba desesperadamente poder hablar con Maya y decirle cosas importantes, consejos valiosos o algunas palabras de aliento, pero su mente era como un relámpago, inmediata y abrumada de sensaciones, electrizante y bastante inútil.

Durante todo el parto, Maya tuvo libertad para moverse, y lo hizo, sintiéndose muy inquieta. Bromearon con Elle sobre que el bebé sería deportista, obligando a su madre a participar en sus formas hiperactivas. Maya no podía estar más agradecida por las pequeñas bromas. Cada vez que Elle hacía algún comentario desenfadado se sentía segura.

Sin embargo, cuando las contracciones se volvieron más intensas, Maya se acostó. Durante un tiempo, Elle pensó que no podía soportar estar en la habitación, pero tampoco podía salir de ella. Generalmente se sentía como si su existencia estuviera en un estado intermedio que solo podía terminar junto con el nacimiento, su estado de ser colgando del más fino de los hilos.

Sostuvo la mano de Maya. Maya apretó a Elle con tanta fuerza que la sangre dejó de fluir hacia sus dedos, y luego cuando ya no lo quería, Elle comenzó a pasearse por la habitación como loca, dando vueltas y ocasionalmente chocando con la matrona, irritada con ella.

La matrona seguía diciendo que Maya estaba haciéndolo muy bien y que no había complicaciones en camino, pero los pensamientos de Elle eran obstinados, o quizás era más su corazón, porque sus pensamientos mismos parecían elevarse a algún lugar inaccesible, dejándola solo con amor y ansiedad corriendo por su mente.

Empuja, empuja, que la matrona había estado repitiendo durante mucho tiempo se grabó en su cabeza, solo *empuja,* y el rostro de Maya se retorció de dolor, gemidos que sonaban a muerte, pero ella sabía que en realidad solo significaban vida, esperaba que solo significaran vida. Definitivamente solo significaban vida. Eso era lo que la matrona seguía diciendo.

—¿Cómo está? —le preguntó a una enfermera, con la cara blanca como el papel y brillante por las gotas de sudor, el pelo pegado a las sienes.

—Lo está haciendo genial, cariño. Realmente no hay mucho de qué preocuparse —la enfermera le dio unas palmaditas en la espalda a Elle—. Parece que eres tú la que está dando a luz.

Su intercambio fue interrumpido por un grito entusiasta.

—¡Mira, la cabeza! —la matrona lo señaló con su dedo para que Maya lo viera, pero Maya estaba demasiado cansada para mirar. Solo suspiró aliviada—. ¿Está viva? —la pregunta había estado dando vueltas en su mente todo el tiempo. Lo único que sentía además de la lucha y el dolor era la ansiedad. *¿Está viva?*

—¡Por supuesto que está viva! —la matrona pareció casi enfadada ante una pregunta tan tonta—. Claro que lo está. Te lo habría dicho si fuera de otra manera. Ahora empuja, empuja, mantente fuerte.

Mientras todos estaban ocupados, el amanecer se colaba lentamente por las ventanas de la sala de partos. Entre los suaves rayos de la luz temprana, el sonido que todos habían estado esperando llenó la habitación con una nueva vida gritando. La niña pequeña estaba llorando, y junto con ella, Maya y Elle. Cuando el cordón umbilical había sido cortado y la bebé secada con una toalla, descansó sobre el pecho de Maya, calmándose y respirando tranquilamente, haciendo pequeños sonidos que derritieron los corazones de todos. Elle abrazó a Maya, besando su cara sudorosa y tratando desesperadamente de no llorar, pero luego se dio cuenta de que este probablemente sería el mejor momento para hacerlo.

—¿Puedo cogerla? —preguntó, acariciando suavemente el cabello de la pequeña.

—Claro —Maya pasó delicadamente a la bebé envuelta en la toalla a los brazos de Elle—. Es perfecta —declaró Maya, mirando a su hija con amor, luego encontrándose con los ojos de Elle.

—Absolutamente lo es —Elle asintió, besando la cabeza de la recién nacida. Nada existía para ella en ese momento aparte de su hija y Maya—. Hola, Alex, encantada de conocerte.

Caminos plateados de lágrimas decoraban los rostros de ambas, felices y agotadas. Parecía apropiado que su hija viera el mundo al amanecer, recibida por un sol recién nacido que abrazaba las nubes con un suave resplandor rosado. Alguna que otra bandada de pájaros adornaba el cielo, y las calles estaban vacías, con solo los panaderos trabajando en su pan matutino. La pareja miró por la ventana el paisaje tranquilo, sosteniendo a su bebé y las manos de la otra, preguntándose cómo era posible que sus vidas pudieran contener tanta belleza.

NOTA DE LA AUTORA

¡Gracias por leer *Corazones Quemados*!

Espero que hayas sentido todo el fuego, la emoción y la historia no resuelta entre Elle y Maya. Fue un placer escribirlas, y me alegra compartir su viaje contigo. 💔🔥

¿Lista para más pasión en Phoenix Ridge?

👉 El **Libro 3**, *Besos Ardientes*, ya está disponible:
mybook.to/PRF3S

¿Y qué viene después?

🚨 Muy pronto llegarán en español dos nuevas series ambientadas en Phoenix Ridge:

Phoenix Ridge Medical 🏥
Phoenix Ridge Police 👮‍♀️

Con más mujeres fuertes, más drama, más escenas ardientes y muchos finales felices.

💌 Para no perderte nada:
📱 Sígueme en Instagram y TikTok → **@emilyhayesbooks**
📝 O suscríbete a mi newsletter (en inglés):
👉 https://www.subscribepage.com/emilyhayeslist

Gracias por leer y por formar parte de este viaje.

¡Nos vemos entre las llamas!

— **Emily**